

*Isabel Perfilio*

---

EL LIBRO AMIGO

---



Donación J. L. Trenti Rocamora	
Sig. top.	TB 140de-S-1

# EL LIBRO AMIGO

-----





ISABEL PERFILIO

*Dr. Cantarero  
27/11  
Cantarero  
F. Cantarero  
F. Cantarero*

# EL LIBRO AMIGO

MIS CUENTOS ---

MIS CRÓNICAS---

Y MIS FANTASÍAS



BUENOS AIRES

TALLERES GRÁFICOS DE LA  
PENITENCIARÍA NACIONAL

1911



## QUERIDOS LECTORES:

*Indudablemente no constituye este libro una obra de arte, ó como dicen los italianos un CAPO LAVORO. Bien lejos de eso, no es otra cosa que el fruto de mis esfuerzos realizados, tras perseverantes y afanosas inclinaciones; fruto que no tiene la pretensión de ser tan fecundante como yo me aventurara á desearlo, porque harto sé que ese es premio que alcanza sólo á los grandes maestros, ó lo que es mejor, á los HIJOS DEL GENIO.*

*Empero, al igual de Smiles, cuyas obras fueron todo luz y verdad, me permito ofreceros este libro como una primicia de mis trabajos intelectuales, y como un amigo, y el que no encarna en la tendencia que forma la base de todos sus escritos sino la idea de lo bueno y de lo justo, anhelando que si al acaso alguna vez os dignáis posar en él vuestros ojos, no me juzguéis con demasiada severidad y exigencia, porque tal debe hacerse con los CLÁSICOS, á quienes mucho se les puede pedir, y no conmigo que tanto necesito de vuestro estímulo.*

ISABEL PERFILIO.

---





## El patriotismo en los niños

---

El espíritu de la Patria bulle impetuosamente en el espíritu de los niños.

Los que vamos, como con el tiempo las aguas, clarificando nuestras ideas y nuestros sentimientos, podemos evidenciar con toda conciencia esta impresión, porque á través de la vida que hemos vivido, recordamos haberla experimentado.

Antiguamente, y hasta todavía hoy mismo, á pesar de ciertas modernas reglamentaciones, que—tal vez con razón—se oponen á la presencia de los niños al pie de la pirámide de Mayo al apuntar el sol del día patrio, era cuando se exteriorizaba á los ojos de todos la vehemencia del patriotismo infantil.

Mi niñez no está muy lejana; la nebulosa de los años no se ha interpuesto aún entre ella y el presente y es por eso que la cito, para atestiguar con cuánta emocionante grandeza se alberga el patriotismo en las almas infantiles.

Yo recuerdo que jamás dormía en la víspera del día de la Patria, temiendo que el sueño me impidiera cumplir el sagrado deber de dirigirme con todos mis compañeros al despuntar el alba, á saludar á los héroes de la Patria, á elevar mi pequeña, desentonada, pero entusiasta y amorosa voz en

las inmortales notas de nuestro Himno Nacional, á arrojar manojos de flores frescas y elegidas á los pies del monumento que los recuerda, en medio al estruendo de los veintiún cañonazos, y á las cadencias de las músicas militares que llenaban los aires con sus acentos conmovedores, á arrancarme de improviso del pecho mi nueva y joyante escarapela—acción casi de grande—y arrojarla como una ofrenda de cariño hacia lo alto del monumento glorioso. Yo recuerdo haber creído que el frío intenso que sentía en una de esas mañanas, se desvanecía de pronto ante el resplandor de gloria que irradiaba la sombra de los próceres de mi patria.

¡Con qué ardor pedíamos entonces—desde muchos días antes—á nuestros padres, que nos compraran un vestido lujoso! ¡Con cuánta inocencia pensábamos que no podíamos tributar nuestro respeto y nuestra veneración á San Martín, Belgrano, Pueyrredón, ó Las Heras, si no lo hacíamos dignamente ataviados, exigiendo que hasta nuestra camisita fuera bonita y nueva!

Después, al alejarnos en medio del rumor de las marchas y de los redobles del tambor, todos dirigíamos una meláncolica mirada hacia la sagrada pirámide, como quien comprende que se aleja de algo que ampara, que redime, que enseña.

Porque ante aquel lugar lleno de gente, como los templos ó sitios santos en los días solemnes, en el que alineados en orden de parada, veíamos muchos soldados y muchos oficiales con vistosos uniformes y galones dorados, lucientes espadas desnudas y kepíes de gala con plumachos que el viento hacía flotar al aire; la Bandera de la Pa-

tria enarbolada en lo alto, flameando majestuosamente de un lado á otro, ostentando sus hermosas franjas azules y blancas, en cuyo centro resplandecía—como irradiando sus rayos—el Sol de Mayo, nos parecía que veíamos desfilar todos los cuadros, todos los acontecimientos de la epopeya de nuestra historia, que teníamos grabados en la imaginación con tintes indelebles por las narraciones escuchadas de la boca de nuestros abuelos, de nuestros padres y de nuestros maestros: y entonces, nuestras almitas, nuestros corazones, estaban llenos de recogimiento, llenos de gratitud y de amor, porque ellos nos habían enseñado que así como había un Dios para todo el mundo, había magnánimos y generosos padres para cada patria y que estos nuestros padres habían derramado su sangre para darnos vida, libertad y honor.

Ellos nos habían inculcado esa fe, esa veneración con que en aquel augusto momento desfiliábamos ante su recuerdo.

¡Oh, alma infantil pura y generosa! Quizá se arraiga con más vehemencia en ti la idea de la Patria que el mismo amor á Dios, dos cosas muy grandes, que no podrán jamás ser separadas por las falsas filosofías del materialismo y la impiedad.

\*  
\* \*

Qué hermosa tesis para disertar sobre ella sería: «El patriotismo en los niños».

Pero, no es ese mi objeto, sino arrojar un poco hacia atrás—como lo estoy haciendo en este instante—el velo de la memoria y refrescar el recuerdo de muchas anécdotas emocionantes de nuestra historia, que me refirieron en la infancia,

en las que el patriotismo de nuestros niños vibra con perfiles de heroicidad.

¡Con cuánto recogimiento, con cuánto silencio, escuchábamos un día en la escuela á nuestra maestra algunas de esas narraciones!

Era un día medio borrascoso.

Un día de esos en que las perturbaciones de la Naturaleza—que observábamos á través de los cristales en el abrigo de la clase—nos hacen sentir más compañerismo en el alma, más bondad en el corazón, más protección para los demás, más cariño para los que nos rodean y más concentración de nuestro deber.

El cielo estaba completamente gris; por fuera zumbaba un viento como lanzado por las flautas de un órgano gigantesco pulsado por genios malignos, y una que otra gota gruesa y fuerte empezaba á regar el largo patio de la escuela. En mi grado había un gran silencio. Siempre las anécdotas históricas tenían para nosotros un interés extraordinario, algo así como si se tratara del relato de una lección sagrada.

Hoy, siendo ya grande, he escuchado incidentalmente muchas de esas mismas anécdotas y otras análogas, pero no he vuelto á experimentar esa gran emoción que sentía cuando las narraba el maestro.

Ese día nos hablaba de la acción heroica de un niño en medio de la sangrienta lucha que sostuvieron las fuerzas comandadas por el general Liniers contra los invasores ingleses.

Este niño, protagonista de ella, á quien Juan Martín de Pueyrredón llamara con justicia «el verdadero héroe de las jornadas», era José Montes de

Oca, más tarde el valiente comandante de Patrios, cuya figura se destaca en las etapas de la historia con alta y valerosa actuación.

Era el día 12 de agosto de 1806, en que tuvo lugar el sangriento prólogo de la Reconquista.

Los ingleses, al mando de Beresford, habían avanzado por el lado de San Isidro y de Quilmes, hasta los cantones de San Miguel y de Santo Domingo, pero bien pronto la ardorosa defensa de nuestros reclutas, tras dos horas de incesante fuego, los hicieron retroceder reconcentrando luego su acción hacia la plaza principal y hacia el fuerte.

En aquella jornada memorable en que diez y ocho cañones defendían las bocacalles, todo el pueblo disputaba á los invasores la integridad de la naciente ciudad con sin igual y ejemplar bravura.

José Montes de Oca, el pequeño héroe, viendo que por haber caído el cabo de uno de los cañones, iban los ingleses á apoderarse de él y á proseguir su marcha vencedora, se precipitó hasta cerca del artillero muerto, recogió la mecha que aún humeaba en el suelo, y disparando el cañonazo hizo sucumbir el último audaz avance de los asaltantes.

La tradición nos refiere elocuentemente, que al ser llevado el autor de este hecho por Pueyrredón ante Liniers, y como éste—con un acento naturalmente grave—le interrogara si era él, en efecto, quien había disparado el último cañonazo, contestó bajando los ojos y lleno de temor:

—Sí señor, yo fuí; pero, si he hecho mal perdóneme usted; no lo volveré á hacer.



¡Qué ingenuidades tienen los niños! José Montes de Oca—que acababa de salvar, tal vez, á su Patria y de gravar para siempre gloriosamente su nombre en la historia de ella—¡creía que había cometido una grave falta, y pedía perdón!

\*  
\* \*

El recuerdo de los niños que participaron activa y heroicamente en aquella lucha, es la nota emocionante de la rememoración de la misma.

Las mujeres, los hombres y los ancianos, coadyuvaron también, de una manera importante, al éxito de la defensa.

Las primeras arrojaban sobre los invasores, por las azoteas y balcones, cuanto á mano tenían.

Estas mujeres, madres en su mayoría, estimularon con ese grandioso ejemplo de patriotismo, el ardor de los infinitos niños que prestaron sus servicios en ese día glorioso.

Muchos de estos muchachos se hacían tomar prisioneros de los rifleros escoceses para despistarlos y extraviarlos con falsos informes; otros alcanzaban municiones en sus ponchitos; otros utilizaban éstos para tacos de cañón; otros se escondían detrás de los postes ó guardacantones para dar aviso y señales del arribo de los enemigos. Otros—ayudados por las mujeres y los ancianos piadosos—recogían tiernamente á los heridos y les prodigaban toda clase de cuidados.

Bajo la bruma de aquel día, que también era gris, el fuego de los cañones, el fragor de la metralla, el humo de la pólvora, los ayes de los heridos y de los agonizantes, y el rojo de la sangre esparcida, los niños mezclados á la gente del

pueblo, armados unos, y otros sin más que su entusiasmo y su denuedo, avanzaban frenéticos, amenazantes, hacia el enemigo.

Otros, más pequeñitos, y tan patriotas como sus hermanos, hacían toda clase de muecas y de burlas á los asombrados asaltantes.

Pocas naciones guardan en sus tradiciones históricas estos sublimes ejemplos de patriotismo infantil.

Hoy, gracias á San Martín, Pueyrredón, Liniers, Moreno, Belgrano y muchos otros héroes de la epopeya gloriosa de esta tierra, no son necesarios ya, y—¡loado sea Dios!—no lo serán jamás, estos alardes del patriotismo infantil: pero, si desgraciadamente llegaran á tener que renovarse, el espíritu de los pequeños derramaría sobre el campo de la guerra para estímulo y enseñanza de los grandes, el mismo ardor y entusiasmo de los niños de antaño, porque aún—¡y por siempre así sea!—ellos serán el alma inmaculada y pura de la Patria.

---



## La reconquista ó el enigma del remate

---

Por la amplia avenida de las residencias lujosas, nos conducía el automóvil á toda velocidad, como en impetuosa ráfaga.

Los palacetes parecían remolinear á nuestra vista. Los elevados plátanos con su verdoso y fresco follaje, los «olivos de Persia», con su plateada hojarasca, corrían á lo largo como poseídos de un vértigo.

Hacía un calor sofocante. El termómetro desde tres días atrás marcaba 28 á 29 grados, y la presión atmosférica se aumentaba cada vez más en su pesadez, como si fuera concentrando en sus entrañas de fuego toda la efervescencia del hálito ardoroso de la tierra para estallar de pronto en la tormenta.

Corría á esa hora de la siesta de aquel día realmente cálido del bochornoso estío, un soplo tan ardiente, que abrasaba como un vaho de fragua.

—Pues querido—dije á mi compañero, al par que me secaba con el pañuelo la frente inundada por la transpiración—francamente, que no podías haberme pedido mayor prueba de amistad que la de acompañarte en semejante día.

—Así es—respondióme—.Te agradezco el sacrificio, pues no dejo de reconocer que sería más

halagüeño estar tendidos con toda comodidad en nuestras respectivas casas, aligerando en lo posible los efectos del calor, y no exponiendo de tal suerte á nuestro organismo á ser el blanco de un *coup de chaleur* ó algo por el estilo que nos obligue á probar los tratamientos del parque sanitario de la Asistencia Pública.

—Creedme, querido Alberto, que si hoy tornamos ilesos, podremos afirmar á ciencia cierta que somos refractarios á los efectos del fuego, y que hemos pasado triunfalmente el bachillerato para salamandra.

—Tienes razón. Sólo un vehemente deseo, que puedo calificarlo de una necesidad, me ha inducido á efectuar este viaje que no tiene más aliante que estas ardorosas caricias con que nos halaga el día.

—Pero, yo creía que no tenías imperiosa necesidad de...—Así es; pero hay causas en la vida que sin ser imperiosas las considera el hombre como tales, sobreponiéndolas á su albedrío.

—¡Caramba! No me explico cómo estás con ánimo de filosofar. Por mi parte, te aseguro que me siento como en un baño de plomo derretido, de esos que dicen los predicadores que existen en el infierno.

El *chaffeur* goteaba sudor del mismo modo que si acabara de sumergir su rostro en una pila de agua, y hacía nerviosamente sonar á cada instante la ronca corneta anunciadora, que expandía su alerta grave é inarmónica por la desierta avenida.

Divisamos en lontananza, cual la mancha delatante de un crimen, el rojo cartel que moti-



vaba nuestro viaje, explicación y origen de la causa aludida por mi amigo.

A medida que avanzábamos se iban agrandando á nuestra vista cada vez más, los blancos caracteres impresos en la tela que hasta poco antes había achicado y hasta velado la distancia.

—Sí, amigo Carlos—exclamó de pronto mi compañero, aspirando con toda la fuerza de sus pulmones el aire y dando á su voz un acento de seguridad y firmeza como quien acaba de resolver un problema—:Estoy resuelto á sostener y superar la mayor oferta que se haga por esa regia mansión.

Y alzando hacia atrás el ala de su fino *panamá*, prosiguió:

—Su arquitectura sólida y de hermoso estilo Renacimiento, satisface en absoluto mi gusto en sus refinamientos de estética y confort. ¿No te parece que es una hermosa finca?

—En efecto, participo de tu misma opinión. Su adquisición es digna de un gusto refinado y selecto.

—Anoche me ha desvelado la idea de la compra de ella, y hoy estoy completamente decidido.

—¡Caramba! ... le dije—¿ha llegado hasta el punto de desvelarte la idea de esa compra? ¡No te creía tan nervioso!

Calló unos momentos, y luego, recostándose en el blando cojín de piel de Suecia del automóvil, exclamó:

—El hombre que se resuelve á adquirir una mansión donde aspire á vivir en consonancia con las exigencias de su clase y de su inclinación, debe hacerlo con criterio sensato y reposado. Atribuyo

á este paso el mismo interés que al de tomar esposa.

—¿Tomar esposa? . . . ¡Diantre! ¡Me sorprende el símil! ¿Qué analogía puede haber entre lo uno y lo otro?

—La estética, querido, y la sinceridad del afecto; pues así como ha de ser triste el desengaño de reconocer tras reposado estudio, la vulgaridad de estilo de la mansión que se adquirió como selecta, ha de serlo, igualmente, el encontrarse—una vez pasada la ráfaga ilusoria que nos vela la razón haciéndonos ver las cosas como á través de un prisma sonrosado—para siempre encadenado con una mujer que carece en absoluto de ideal, física y moralmente.

Sonreí ante la comparación, mientras él como inspirado en una causa secreta, continuó:

—No lo dudes, Carlos. Debe ser algo enormemente cruel. Sobre todo, lo último. Por eso considero que el hombre al elegir la que ha de ser la compañera de su vida (¡al fin origen y resorte de todos sus afanes!), debe hallarse en igual caso que aquel padre cariñoso que en el afán de halagar los infantiles caprichos de su chiquillo, penetra en un bazar á comprar una muñeca. Le presentan varias de extremada hermosura y su vista tiende siempre á buscar la más bella, pues tal es la influencia que hasta las muñecas ejercen con el soberano imán de la belleza. De pronto, y después de haberlas acariciado entre sus manos una por una—semejante al picaflor que vuela de flor en flor—se decide por una que le fascina. Llega á su casa. Ley natural es que el sér humano no se conforme sólo con la contemplación del objeto

que lo seduce, y, en consecuencia, el primer impulso del chiquillo entre su loca alegría, es manejar el resorte que lo hace accionar y aun hablar como se lo ha asegurado su papá: ¡Pero! ¡Oh, decepción! ¡El resorte está falseado!

Este apólogo final de mi amigo, provocó en mí, que le escuchaba atento, una sonora carcajada y entre el eco de ella le dije:

—Eso te prueba que es algo imposible hasta en la vida simulada, el que marchen al unísono las manifestaciones de la existencia física con aquellas que generan y regulan los resortes del alma.

—No es exacto eso que dices, Carlos. Pero, es menester no ofuscarse ni dejarse llevar por el primer impulso. Si el padre del chiquillo al parangonar la belleza de sus pretendidas muñecas, hubiera también puesto á prueba sus resortes, creedme que no se habría equivocado, ni hubiera hecho á su hijo víctima de tal desilusión.

—Tienes razón—exclamé—convencido por la lógica de mi amigo.

\*  
\* \*

El *chaffeur* acertó la velocidad del automóvil. Descendió rápidamente de su puesto—dejando á éste jadeante con los resoplidos de una bestia que acabara de terminar una vertiginosa carrera—y nos abrió la portezuela.

Habíamos llegado.

Una ráfaga perfumada llegó hasta nosotros, como dándonos la bienvenida.

«¡Judicial!» Esta triste palabra encabezaba el anuncio del gran letrado sostenido en los ba-

rrotes de hierro de la verja, á través de la cual —como un palacio ideal— veíase alzarse en el centro de magníficos jardines el altivo y suntuoso edificio de la quinta.

Un sentimiento de conmiseración corrió por todo mi sér en favor de los poseedores de aquel majestuoso palacio que tras breves instantes les sería arrebatado para siempre entre oleadas impetuosas de porfiadas ofertas; y, al mismo tiempo que posaba con arrobamiento mis ojos en sus altos torreones y que admiraba aquella obra primorosa y genial en que debió inspirarse el alma de algún talentoso arquitecto, pensaba (quizá bajo la influencia de la natural sugestión que ejerce sobre el espíritu del hombre lo grande y lo bello), que aquel palacio en su altivez parecía desafiar á los que pretendían poseerle.

—¡Qué hermoso es esto!—dije á mi amigo estrechándole el brazo.—¡Feliz de ti que te encuentras en circunstancias de'adquirirlo!

No contestó á mi exclamación con ese mismo entusiasmo que había manifestado momentos antes de llegar, y como sólo lo hiciera con un movimiento displicente de cabeza, me llamó grandemente la atención su repentino cambio.

Fijéme en él con sorpresa, tratando de escudriñar su alma, y me pareció notar que su semblante estaba demudado como si un sentimiento angustioso le preocupara.

No pudiendo atribuir ésto á otra causa que los efectos de esa conmoción intensa que se experimenta ante todo deseo ardiente de posesión, no di mayor importancia al caso y seguí embelesado contemplando el objeto de las ansias de mi

amigo, el que hubiera sido también de las mías, á no impedírmelo la impotencia de disponer de fondos, cosa que parece es un achaque hereditario y crónico en mi existencia.

La calle de la ancha avenida estaba atestada y obstruída de carruajes y automóviles, conductores de ricos y afanosos especuladores, ávidos de obtener, los más de ellos, á bajo precio, la pomposa finca.

Se translucía en todos los rostros igual avidez, igual afán. Sólo en el mío creo que, con perfecta razón, no se notaría nada, porque estaba bien lejos de hallarme en idéntica situación á la generalidad de los circunstantes, siendo mi papel el de simple testigo de la lucha incruenta que allí iba á desarrollarse.

Cada cual hacía comentarios á su modo y se deshacía en conjeturas animadas.

Reinaba en todos ellos igual expectativa, igual preocupación.

El rematador se hacía esperar y ya comenzaban á impacientarse y hacer suposiciones.

Caminaban de aquí para allá afanosamente y curioseándolo todo. Algunos se estacionaban en grupos, discutiendo violentamente á propósito de las probabilidades de éxito del remate.

—Apuesto á usted, amigo, á que no alcanza arriba de quince ó veinte mil pesos sobre la base—decía uno de los concurrentes á otro que se había situado frente mismo á la portada.

—¡No, hombre!... ¿Dónde va?... El martillo no baja por esta vez sino á la oferta mayor de doscientos mil pesos. Se lo aseguro. ¿No ve que los interesados acuden cada vez más, y, por lo general, son gente de riñón cubierto?



—Bah!... No todos entrarán en juego. La mayor parte son pichincheros. Los merodeadores de las pilchas ajenas están como siempre en mayoría.

—Pues, se convencerá usted.

—¡Mucho lo dudo!...

—Esto asumiré grandes proporciones—susurré al oído de Alberto con acento confidencial—. Prepárate á desembolsar más bien que el valor real de esa finca, el que marque un obstinado capricho. ¡Mira! ¡Mira! ¡Cuántos interesados!...

Pero... ¿Qué le pasaba á mi amigo que estaba mudo é impresionado? ¿Qué ideas le embargaban de tal manera apagando el fuego de su entusiasmo y sumiéndolo en una extraña y hosca abstracción? ¡Aquella mudanza repentina era realmente misteriosa é inexplicable! Empecé á observarle detenidamente. Con extrañeza vi que de cuando en cuando dirigía sus miradas—que ya no tenían el brillo reluciente del deseo, sino el fulgor pálido de un sentimiento secreto—hacia las ventanas del palacio, y luego que esto hacía, exhalaba un hondo suspiro, sin darse cuenta, quizá, de que le observaban y le oían.

—¿Qué te pasa?—le pregunté, entre sonriente y ansioso, dándole una palmada en el hombro—. ¿Qué es lo que te preocupa que no me contestas?

—¿Qué dices?... ¿Yo?... ¡No! No tengo nada. Pensaba tan sólo...—me respondió turbado y se pasó la mano por la frente, como quien pretende ahuyentar tristes pensamientos.

De pronto un coche de plaza se detuvo frente mismo á la quinta.

¡Era el rematador, que al fin llegaba!

Descendió del coche acompañado de su dependiente.

Agitáronse todos, cual se agitan los fieles en la iglesia al penetrar el sacerdote á celebrar la santa misa.

Dirigió el martillero una mirada á los concurrentes—como pretendiendo sondear los ánimos de los interesados—y luego, transponiendo la suntuosa portada y dirigiéndose á los grupos que aún estaban estacionados en las aceras:

—Pasen ustedes, señores—exclamó con grave y sonora voz.

Dejó Alberto que pasaran todos; y después —tomándome del brazo nerviosamente—me dijo: —Entremos.

En un artístico banco de mármol blanco que se hallaba en uno de los senderos del jardín, subió el rematador y dió comienzo á su misión

Como siempre—y es de práctica—inició su tarea con una serie de infinitas explicaciones y elogios en favor de la finca ejecutada.

—¡Señores!—gritaba. ¡Esta es la nota saliente del año en la larga estadística de los remates! ¡Quien adquiera esta soberbia mansión, nada superior le quedará que apetecer y será el héroe de la jornada en este día!

—¡Vamos á ver! ¡Atención! Señores: conocidas ya las condiciones de venta, admito solamente ofertas sobre la base establecida, que son dos terceras partes de su valor, observando á ustedes que se dará por nulo el remate si los interesados no hacen más que una oferta sobre la citada base.

El rematador levantaba cada vez más el eco de su voz.

—¡180.000 pesos! ¡Base judicial, y, por lo tanto, dividiendo de la tercera parte del valor de la regia propiedad!

—¡Doscientos!—gritó uno de los concurrentes.

Un murmullo general acogió la oferta, en tanto que el rematador dirigía una mirada furibunda al que acababa de pronunciarla, y le decía.

—¡Señor! ¡Haga usted ofertas aceptables! No se aviene esa postura á una base de 180.000 pesos. Por menos de mil pesos no admito ninguna postura.

—¡Mil! ... ¡Mil! ... ¡Mil! ...—gritaba el rematador, señalando hacia los interesados, en alto su martillo, en la misma actitud de un director de orquesta que agita la batuta.

—¡Dos mil pesos!—dijo otro que se me figuró fuera un *gurupí*.

—¡Dos mil! ¡Dos mil! ... ¡Dos mil pesos, señores! ... ¿No hay quién dé más? ¿No hay quién dé más? ¡Dos mil! ... ¡Dos mil! ...

—¡Tres mil!—dijo otro, al que volví mi mirada, pues como no tenía oferta que hacer estaba libre de toda preocupación: me entretenía en estudiar á aquella escena cosmopolita, en la que actuaba gente de todas nacionalidades.

Así comenzaron las ofertas, lentas y arrancadas como con esfuerzo. Pues los compradores, lo mismo que esgrimistas, exploraban la fuerza y la destreza de sus adversarios antes de lanzarse en lo ardoroso del combate, y no se aventuraban; pero, lo que al principio comenzaba con calculada calma, fué creciendo con inusitado ardor á medida que los ánimos se enardecían y ofuscaban, y una oferta era en el acto sobrepujada por otra que la doblaba y aun la triplicaba.

El martillero incitaba con su habitual malicia é inteligencia, acentuando cada vez más el *cres-*

*cendo* de las ofertas, acompañando á la palabra sugestionante la amenazadora acción de su martillo, que á cada instante parecía á punto de caer en actitud decisiva.

Subía el valor de la propiedad rápidamente, como un aerostato abandonado y sin lastre.

¡Ya aquello era frenesí! Llegó á un punto en que el rematador, comprendiendo que excedía el precio de la finca, arreció sus frases de estímulo, dedicado á estudiar y á aprovecharse de la febricitante emulación que se había encerrado en un pequeño círculo de postores.

—¡Se va señores! ¡Se va! ¿No hay quién dé más? ¿No hay quién dé más?..

Un gran silencio contestó á esta porfiada insinuación. ¡La expectativa era solemne! Parecía como que ni un aliento exhalasen los concurrentes.

—¡Se va señores! ¡Se quema! ¡Atención!—y alzó su martillo amenazante...; pero, de pronto quedó suspenso en su actitud ante una nueva oferta pronunciada por un señor, al parecer alemán, que excedió la última postura en 3000 pesos.

¡Nueva expectativa! ¡Nuevo silencio entre los interesados y solamente resonaba la voz del rematador, que repetía con énfasis triunfal la nueva oferta!

La mayoría de los concurrentes que habían tomado participación bulliciosa al principio del remate, asumían la actitud de espectadores asombrados ante las peripecias de un combate cuerpo á cuerpo.

El rematador interrogaba con la mirada el semblante de todos, deteniéndose con preferencia

en el de aquellos que habían mantenido hasta entonces el fuego graneado de las propuestas.

—¡Se va á quemar, señores!—decía con acento ronco y pasándose el pañuelo por la sudorosa frente ¡Este espléndido palacio, digno de albergar á la soberana más hermosa del universo! ¡Con tantas habitaciones! ¡Salones suntuosos para fiestas! ¡iluminación eléctrica y á gas! ¡calefacción según los últimos sistemas! ¡jardines é invernáculos soberbios! ¡dependencias para la servidumbre, que ya las quisieran para sus viviendas muchos acaudalados burgueses! ¡título de primer orden! y, además: ¡ochenta mil pesos en cédulas hipotecarias, con un servicio cómodo y á largos plazos! ¡Se va á quemar por la miseria de 495.000 pesos! ¡Es una vergüenza! ¡Pero, desgraciadamente no puedo volverme atrás! ¡Es un remate judicial, y hay que vender y vendo, señores! ¡Vendo por la ínfima suma de 495.000... pesos... pesos... pesos...

No está por usted, señor!—se interrumpe de repente, dirigiéndose á una persona que ni siquiera había abierto lo boca para hacer una postura.

—¡A la una!...—y levantó el martillo, extendiendo la mano izquierda abierta como para dar en su palma el golpe decisivo.

—¡A las dos!—.

Nadie respondía.

Ya la razón imperaba sobre el capricho y la oferta del alemán parecía ser el punto culminante y final de la venta.

—¡A las...! ¡Señores, decido!...

—5000 pesos más—dijo una voz que partía de la muchedumbre.

Todo el mundo se dió vuelta con asombro ante aquella oferta verdaderamente impresionante en aquel punto del remate. ¡Era Alberto!

El rematador se quedó con el martillo en el aire y con tono melífluo y sonriente se dirigió al alemán diciéndole:

—¡Míster! ¿Qué le parece á usted? ¿Se dejará usted llevar de esta manera esta bellísima propiedad?

¡5... 5... 5... 5.000 pesos más...! ¿7000, míster?

El alemán, en cuyo rostro sonrosado se veía una expresión de fastidio que mal podía disfrazar su flema habitual, murmuró malhumorado.

—Yo no he *ticho* nada *siñior*.

—¡Está bien! ¡Está bien, míster...! ¡No se enfade usted por eso! ¡500.000 pesos!... ¡500.000 pesos! ¿No hay quién dé más?... ¡Pues se va á vender!... ¡Atención!... ¡A la una!... ¡A las dos ¡A las...! ¡Míster! ¡Míster! ¡Se va á vender! ¡Se va á vender!

El alemán se dió vuelta en silencio, y abriéndose paso por entre la muchedumbre desapareció.

Burlado el rematador en su expectativa de duelo final, exclamó, siempre con el martillo levantado:

—¡Cacareó!

Una risotada general acogió esta salida de despecho, pero, reaccionando rápidamente el martillero, volvió á la carga sobre la concurrencia.

—¡Se vende, señores! ¡Se vende! ¡Por 500.000 pesos! ¡Definitivamente! ¡A la una!... ¡A las dos!... ¡A las...! ¿Nadie mejora la postura? ¡Pues...! ¡A las tres!—y dejó caer el martillo sobre su mano.

¡La primera oferta de mi amigo cerraba victoriosamente aquella famosa lucha del remate!

¿Nombre del comprador? — exclamó el rematador, dirigiéndose á mi amigo y descendiendo del banco de su acción.

Una intensa palidez cubrió el rostro de éste, y sus facciones varoniles parecieron contraerse ante una suprema resolución ó un esfuerzo sobrehumano de voluntad.

—Alberto Reynolds por Clara C. de Jiménez —exclamó.

Un grito penetrante y agudo de mujer partió del interior del edificio, y los concurrentes, absortos, levantaron la vista hacia una celosía de la planta alta, desde donde partiera la sorprendente exclamación que acababa de oírse.

¿Qué misterio era aquél?

¡Alberto rescataba para su propia dueña la perdida finca!

\*  
\* \*

La triunfal adquisición de la quinta devolvió á mi amigo la perdida calma del espíritu, que de regreso, y en dirección á Palermo, donde íbamos á tomar un poco de aire, conmovido y entusiasmado, me dijo:

—Carlos, estoy contento.

Yo que por delicadeza no había osado interrogarle ni una sola palabra respecto á aquel acto para mí tan extraño, que no podía explicarme, y del que acababa de ser testigo, le respondí:

—Si no fuera indiscreto, porque jamás acostumbré á inmiscuirme en cuestiones de orden privado, me aventuraría á hacerte una pregunta-

—Que la adivino y estoy dispuesto á satisfacerla.

Esto me animó, y lleno de curiosidad, le dije: —Entonces . . . ¿no era para ti la finca? . . .

—No, pero será muy probable que la rescate con otra adquisición muchísimo más valiosa.

—¿Cómo? . . . ¡Diantre! . . . Explicáte. Eso me sorprende.

—¿Sí . . . ?—exclamó sonriéndose placenteramente—pues ya que te empeñas te haré esta confianza íntima que es toda una verdadera historia, en la que, si bien es cierto hubo momentos halagüños, también los hubo dolorosos y hasta borrascosos.

—Escucha, pues: Hallándome una noche en casa de un amigo mío, que festejaba en ese día el onomástico de su esposa, conversaba muy animadamente con éstos, cuando sentimos el eco de gritos desesperados que partían, al parecer, de una de las casas vecinas, y casi simultáneamente una vieja criada llamaba agitada á la puerta pidiendo socorro.

Naturalmente, llevados por un sentimiento humanitario, seguimos á aquella mujer, que cohibida por la emoción no acertaba á explicarnos lo que pasaba.

Al transpasar mi amigo y yo el umbral de la puerta, un cuadro de muerte y de dolor se presentó á nuestra vista.

Sobre un lecho modesto yacía, recientemente muerto, un anciano, y muy cerca de él, tendida de espaldas en el suelo y sin conocimiento, una encantadora jovencita.

El primer movimiento mío ante esa dolorosa



escena fué el de auxiliar á la joven, y ayudado por mi amigo, la transporté á su lecho, á fin de prodigarle los cuidados necesarios.

¿Por qué he de negártelo? Al alzarla y estrechar entre mis brazos sus hermosas formas, sentí en todo mi sér una conmoción para mí hasta entonces desconocida.

Aquel delicado sér, pálido, inconsciente, casi sin vida, transfundía en el mío, junto con su tibio calor, su blanda morbidez, el mismo tenue perfume que se exhalaba de sus desordenados cabellos, y el anhélito nervioso y sollozante de sus entreabiertos labios, una suave al par que ardiente emoción, que no sabía explicar si nacía del alma ó palpitaba en las caliginosas sensaciones de la materia.

Ignorándolo ella, pero sintiendo yo un lazo que unía su intenso dolor al mío, es de presumir que fuí quien socorrió en tan crítica hora á esa joven que quedaba huérfana y desamparada en el mundo, sin más herencia que la cándida ignorancia de sus diez y seis años.

Al volver en sí y comprender la magnitud de su desgracia ¿quién, sino yo, testigo ya apasionado de aquel luctuoso drama, podía y debía infundir en su ánimo con respetuoso cariño frases de aliento y de valor?

No sé si fué debido á que esta inexperta joven, tan sencilla, tan pura, tan buena, comprendía el vacío en que quedaba, ó que mi actitud solícita, ó tal vez un secreto prestigio que emanaba de mi propia persona, el caso es que le inspiré un sentimiento tal, que bien pronto se transformó en una tierna y profunda pasión. —«Alberto—

solía decirme— si tu me abandonas, me parecerá que quedo aún más húrfana que después de la muerte de mi padre.»

Hice cuanto en mi estuvo para arreglarle su situación, y como no podía vivir sola, hablé á una familia de mi confianza y de mi parentesco, á fin de que la recogiera. En efecto, así fué, pero un buen día se presentó un tío de ella, y se la llevó bajo su tutela.

Aquí comenzó para nosotros una serie de interminables contrariedades.

Este hombre grosero, y de espíritu realmente déspota y altivo, le privó terminantemente que prosiguiera conmigo sus relaciones amorosas, que al fin y al cabo habían nacido del más justo reconocimiento.

Yo contaba en aquel entonces apenas diez y nueve años. Para mal de mis males, mis padres, enterados de mi pasión, creyeron buscar el olvido de ésta enviándome á Europa á proseguir mis estudios.

Partí con intensa pena, llevando en el alma la promesa que en tan angustiada hora me hiciera de su felicidad y constancia.

Al terminar mis estudios, volví lleno de amor como partiera, palpitando siempre en mí el recuerdo del momento aquel en que estrechándola entre mis brazos me despidiera de ella, sin saber ¡triste de mí! que había de encontrarla casada á mi regreso.

—¿Casada?... ¿Cómo?... ¿Olvidó sus juramentos y fué vulgar como la generalidad de las mujeres?...

—¡No! Pero egoísta y cruel su miserable tío,

queriendo volver al extranjero y no sabiendo cómo deshacerse cuanto antes de ella, la sacrificó á un hombre rico, muy rico, pero achacoso y enfermo.

—¿Acaso el que acaba de fallecer?...

—El mismo. Sólo sobrevivió tres años á su casamiento.

—Ahora, debo explicarte cómo se sucedieron á mi regreso los acontecimientos: Una noche se dió la coincidencia de que la encontrase, en compañía de su esposo, en casa de un pariente mío con quien éste tenía gran confianza y amistad.

—Clara me presentó á su esposo, y excuso decir que observó una digna conducta aquella noche.

—Pronto me hice íntimo amigo del marido de Clara, pues me cobró gran aprecio y reconocí en el acto que era un hombre afectuoso, bueno, culto y dotado de un generoso corazón. El fué el que me encaminó en los negocios, y debo agregar, haciendo justicia á su recuerdo, que merced al acierto con que supo aconsejarme, me encuentro hoy á la altura de mi encumbrada posición.

—Ignorando en absoluto el vínculo que tan estrechamente había unido en otros tiempos el corazón de su esposa al mío, y bien lejos de sospecharlo, me acogió en su casa con la mayor confianza, dispensándome en ella los derechos y la libertad de un hijo.

—Pero, jamás, nunca, una mirada, una frase alusiva, una palabra escapada de ella ó mía, turbaron la paz ó hirieron el corazón de este buen hombre.

—Muchas veces sentía un vehemente deseo de alejarme de aquella casa que me merecía respe-

to, por temor de que mi profundo sentimiento estallara, pero una intensa melancolía —triste fulgor de una súplica que al nacer moría —y que jamás abandonaba el semblante de Clara, me hacían preguntarme: ¿Por qué he de privarla con mi desaparición del único reflejo de luz que ilumina la sombría y estéril vida de esta criatura?

Y así, pues, cuando más intentaba alejarme, más me acercaba á ella.

Por otra parte, Clara era una esposa digna y noble en toda la extensión de la palabra.

Su comportamiento intachable, su señorial actitud, acrecentaban cada vez más mi adoración, que me la hacían ver más sagrada, más pura, más intangible.

Recuerdo que cuando ante ella, algunas veces, el amor que ardía en mi pecho se avivaba y me permitía yo al verla estrecharle apasionadamente la mano, era entonces cuando pretendiendo castigar mi indiscreción se mostraba más solícita y cariñosa con su esposo.

¡Cuántas veces al contemplarla así sacrificada, vegetando al lado de un hombre achacoso y estéril, ella, que era todo hermosura, todo rebozante juventud, todo lozanía, no exclamé interiormente: ¡Qué lástima!

¡Pero, en medio de todo, abrigaba la plena convicción de que bajo esa apariencia de indiferencia y olvido, encubriáse constantemente en su pecho juvenil la agitada conmoción de los recuerdos del pasado!

Así fueron pasando los hechos y los días.

Una baja enorme en el oro hizo perder de pronto toda la fortuna del esposo de Clara, que

enfermo y sin fuerzas para resurgir de la pena de su ruina, cayó postrado para siempre, falleciendo—como tú sabes—hace un mes.

Aquí tienes dilucidado el porqué del extraño acto que acabo de cometer, con el que quiero recompensar lo mucho que en vida hizo por mí aquel honrado y buen hombre, y premiar la virtud de su mujer.

\* \* \*

Eran las siete y media de la tarde, cuando regresamos de paseo á la casa de mi amigo que me invitó á comer con él.

Nos acababámos de sentar á la mesa, cuando el mucamo entró á entregarle una carta, que conmovido me leyó confidencialmente, y que decía así:

«Alberto: Después de lo acaecido esta tarde, mi espíritu, aún conturbado, necesita una inmediata explicación de tu conducta.

«Te ruego, pues, en nombre de un sentimiento de mutua dignidad, que gracias á Dios, jamás fué olvidado por nosotros, acudas á mi llamado, para explicarme la razón de tu proceder.—*Clara.*»

\* \* \*

Alberto Reynolds, mi amigo, es hoy el más feliz de los hombres. Siempre voy á verlo.

Clara, su esposa, la virtuosa heroína de esta historia y de tan singular belleza, ante la cual ningún hombre puede pasar sin volver hacia ella su mirada, constantemente junto á él ofrece el cuadro de la vida y del amor. Y por la suntuosa quinta—tan disputada en aquella tarde de fuego—ven

con felicidad como juguetean por los vastos jardines, confundidos entre las flores, sus tres hijitos que alegran con encantos infantiles é inocentes gracias, ese sitio que fué antes de tristeza y sacrificio.

---



## El Arte y la Popularidad

(*Reminiscencias artísticas.* — FERNANDO SANTILLI, *su vida y su arte.*)

---

Alguien ha dicho y con mucha razón, refiriéndose al Arte, que mientras los ojos admiran, el intelecto piensa y el corazón sueña, y en verdad, nada hay que nos llegue al corazón con más elocuencia que el Arte.

Pero el Arte no llega á todos; sólo los espíritus superiores pueden compenetrarse de él en todas sus manifestaciones, porque, para el profano, para el que jamás ha experimentado la conmoción intensa que produce, el Arte significará siempre lo que podría significar á cualquier vulgar espectador un pedazo de yeso, un trozo de madera, ó una piedra arrojada en la vía pública.

Empero, no es hoy mi intento substentar una tesis sobre el Arte, que hartos os he dicho ya sobre éllo en mis anteriores artículos, sino contaros «al correr de la pluma»—como ha dado en decirse—algunas impresiones y reminiscencias artísticas.

Evidentemente, el Arte Nacional realiza entre nosotros verdaderos esfuerzos; las recientes exposiciones nos han puesto de relieve el simpático exponente del adelanto obtenido por nuestros



noveles artistas, iluminándonos asimismo, con verdadero fulgor, la floreciente perspectiva del más allá grande y glorioso que le aguarda. Y es indudable que esos esfuerzos se verán coronados; y es indudable también que, como al cielo dulce y sereno de Italia—esa noble patria del amor y el canto—ó como decía Carducci: «del amor y el vino», al nuestro le está igualmente reservado el feliz destino de cobijar los albores de una epopeya, de cuya gloria y cuyo triunfo hará gala la posteridad, si, como es de esperar, sus hijos, «los hijos del Arte», perseveran, luchan contra todos los desfallecimientos, contra todos los obstáculos, contra todas las inclemencias, contra todas las rivalidades. Porque, verdaderamente, es cruda la lucha del artista; lucha desenfrenada que á veces raya en el paroxismo de la desesperación y del martirio. Lucha el artista por coronar su arte, y lucha el Arte por coronar al artista. ¡Y es tan difícil lo uno como lo otro! Y decía recién, contra todas las rivalidades y contra todas las inclemencias, porque las dos son enteramente comunes. Entre nosotros, á pesar de nuestras ínfulas, el artista no halla el estímulo, que es como aguijón que incita, aviva y exita vivamente á completar su obra, y es que tal vez, á consecuencia de nuestra misma inexperiencia ó de nuestra indolencia, solemos permanecer impasibles, fríos, desdeñosos ante lo grande y lo bello, ante lo que debería destacarse á nuestra vista como el cumplimiento de una promesa halagadora.

He visto más de una vez á eximios artistas aplastados, desalentados, burlados en su esperanza de gloria y de justicia. Porque nuestro pú-

blico, que podría comparársele á veces con un pequeño niño inconsciente y aturdido, pasea su mirada indiferente ante una hermosa creación, mientras él—el artista—ardiente espectador y juez de su propia acción, siente como si se esfumara su inspiración y se derrumbara conjuntamente toda su ambición.

No obstante, somos demasiado accesibles é indulgentes para prodigar méritos que á menudo no existen, y pasar por alto bochornosas y audaces mistificaciones. Así hemos visto surgir de pronto toda una popularidad lisonjera, y el espíritu observador, ávido de justificarla, de rebuscar—diré así—el verdadero mérito, ha caído tristemente en el más grande de los vacíos.

Todos, más ó menos, tenemos conocimiento de estas falsas popularidades que á diario salen á relucir sobre el tapiz de la vida, y que á menudo están caracterizadas por los más bellos coloridos.

Todos sabemos también, que en circunstancias especiales ó no, no es cosa demasiado difícil apropiarse de lo ajeno, para salir después diciendo á los ingenuos con aire de victoria: «¡ésto es mío; ésta es mi obra!» Depende, generalmente, de... ¡chis!... cuando alguien nos pone un dedo sobre la boca no pueden las palabras hacerse oír, lo mismo que cuando son sofocadas por apasionados besos...

Mientras tanto el grito popular se impone en las simpáticas exclamaciones de ¡viva el artista! ¡Bravo! ¡Adelante!

Y con la irónica sonrisa del descreído ¿Esa es la fama?—se pregunta el que se atrevió á soñarla.

Estas popularidades—que, como los palacios erigidos sobre falsos cimientos se derrumban de un momento á otro—me recuerdan constantemente las palabras de un ex maestro mío.

Tendría en aquel entonces de catorce á quince años. Estudiaba piano y violín, gustándome, así mismo, entusiastamente, el bordado, que había practicado con alguna perfección, bajo la tutela de las bondadosas y santas hermanas de la congregación de «María Auxiliadora» y de la «Misericordia», en cuyos colegios estuve internada durante cinco años, continuando todavía en aquella época en calidad de medio pupila. Empero, lo que constituía para mí la más dulce de las aspiraciones era la pintura; su sola idea me deleitaba; me parecía que quien supiera pintar, podía realizar todos sus ideales; veía—con mi imaginación de niña—al arte pictórico cual una alegría, cual una caricia indefinida...; se extasiaba mi alma en una subyugante contemplación ante todo lo que emanara de ella.

Mi buena madre, con aquel gran afán de instruirnos que nunca la abandonaba, ante mi tan manifestada inclinación, me tomó un maestro, el cual venía á casa á darme sus lecciones dos veces por semana.

¡Cuán dulce y noblemente halagüeño es para mí, á través de los años, su recuerdo! ¡La acción del tiempo no me ha hecho olvidar su carota rebosante de salud y expresión, en la que brillaban siempre alegres sus ojos azules, y su larga barba rubia con la cual se entretenía, peinándola con sus dedos, como en una caricia prolongada ...

Me tenía mucho afecto: me trataba como se

trata á una nena juguetona, y yo me alegraba con toda el alma cuando le veía adelantarse por entre el jardín de nuestra casa paterna, con su gran figura de «emperador romano», como él á veces en broma, decía.

Era un hombre llano y bueno, y el gesto del artista caracterizaba hasta sus menores modales.

Su palabra era toda inspiración; cada una de ellas parecía un fruto artístico.

Entre él y yo existía esa dulce é ingenua confianza que se establece entre el alma de una niña—que es como una primavera que comienza—y la de un anciano—que es un otoño que se acaba.

Ejercía con su palabra un gran ascendiente sobre mí. Quizá á sus sanos y delicadísimos consejos deba la más noble parte de mi carácter, pues es indudable, que los buenos ejemplos y las buenas indicaciones contribuyen superiormente á la formación de todo carácter, máxime, cuando éste de por sí está predispuesto á una bondad absoluta.

Poseía una ilustración vastísima: me hablaba con verdadero talento y conocimiento de los más celebrados autores antiguos y contemporáneos: cualquier tema lo abordaba con profunda sabiduría. En su nobilísima y generosa ambición de instruirme y de influir poderosamente en el desarrollo de mi entendimiento, no callaba un instante, gustándole extraordinariamente hablarme de historia antigua, la cual conocía palmo á palmo, halagándole mucho el que yo le escuchara con verdadera atención, como lo hacía.

Otras veces me hablaba—con especialidad—del Arte, dándome conocimientos que ignoraba á

causa de mi propia inexperiencia; era, además, un buen músico; sentía una adoración sin límites por la música wagneriana á cuyo autor consideraba el «titán de la música».

Me hablaba con veneración singular, de la naturaleza entera de Wagner, de sus ideas, de su genio, de su todo... con tanta efusión y saber que parecía un libro revelador del alma y de la vida del gran maestro.

El alma de aquel genio—me decía—era originalmente rara, tumultuosa, selvática, taciturna; semejante al empetro al epítimo parecida, diríase que como éstos emergía de lo áspero, de lo abyecto, de lo incomprensible... Se abismaba y confundía con el más horrible pesimismo, para surgir desde sus profundidades á las áureas cumbres de lo empíreo...

Aquel maestro que escribía á Uhlig que durante la ejecución de la *ouverture de Tannhauser*, los ojos húmedos y brillantes de una mujer le habían infundido una esperanza nueva...; y que más tarde con el lamento de un poeta le daba cuenta de la muerte de su «papagayo», por el cual había pasado tres días de tristeza, pero que al tratarse de sus enemigos era impasible como las rocas; aquel que con los sonidos cantó todos los dolores y todas las alegrías, que robó del cielo la armonía y de los abismos los misterios, le embelesaba y lo transportaba á lo celestial, y á lo quimérico.

Le gustaba, asimismo, hablarme de los grandes trágicos y consideraba á Esquilo, Sófocles y Eurípides, los tres grandes creadores del teatro griego; á Shakespeare lo vislumbraba de entre

las tenebrosidades del drama para glorificarlo en su alma de artista, y amaba y cantaba con orgullo y con cariño, entre las figuras contemporáneas de su patria—pues era de Italia—á Carducci y á D'Annunzio. En este último, le parecía escuchar una armonía.

\*  
\*\*

Así, pues, puedo decir, que tenía en él un maestro singular.

Como la mayoría de los artistas—para quienes pareciera que rige constantemente sus destinos una suerte adversa, y para los cuales la felicidad sólo llega como un sarcasmo—su vida estaba llena de dolorosos y muy amargos recuerdos.

En su juventud había amado extraordinariamente á una mujer, la que—como al Dante—la muerte habíale arrebatado.

Y, desde entonces, como un perseguido eterno por el torturante fantasma de los recuerdos, viajaba por el mundo sin otra compañera que su arte.

Recuerdo que algunas veces, en ciertas expresiones solía encontrarme un parecido, sobre todo en los ojos, que como, los de ella—me decía—los míos reían.

¡Qué placer santo me causaba el hecho de llevar á aquel corazón despedazado por la desgracia, el pequeño consuelo, que le prodigaba con mi parecido!

Un día—de los tantos que fué mi maestro—pintábamos. La tarde estaba muy hermosa; había comenzado la primavera y empezaban á alegrarse las flores y los pájaros que en lo alto de los árbo-

les jugueteaban entonando trinos suaves, muy suaves, que llegaban al alma como un dulce mensaje de amor, como un cariño largamente anhelado... y, cabalmente ese día, acababa yo de terminar un risueño estudio, que mi maestro tituló «gorjeo de pájaros», pues sobre una rama florecida, cinco pajarillos abrían sus piquitos en alegre gorjeo.

Este estudio lo conservo aún, con el mismo cariño con que se guarda una reliquia que el amor ó la tradición de familia nos la hacen considerar sagrada é intangible; pues cuando vamos viviendo una vida de asperezas y de luchas; cuando los años nos van alejando cada vez más de esa edad de inocencia y de contento, que ya no vuelve, los que la hemos amado, nos amarramos con la desesperación del naufrago á los recuerdos, á los testigos, que á veces los constituyen una flor..., un juguete..., un objeto cualquiera..., para verla volver, aunque más no sea que en la quimera...

Contento mi maestro aquel día de verme realizar—según él—un adelanto, quiso, sin duda, estimularme, y lleno de satisfacción me dijo:

—¡Bravo, Isabelita! ¡Adelante! Así alcanzarás popularidad.

Esas palabras me intrigaron, y le dije:—Maestro, ¿y es fácil alcanzar una popularidad? ¿En qué consiste, cuál es la manera de llegar más pronto á ella? ¿Cuesta mucho?...

El maestro—como aquel cura de los tres grandes problemas—se pasó la mano toda abierta por la cabeza, que era su principal característica al encontrarse en aprieto, y adquiriendo una actitud algo austera, y tirándose de la barba, combinando un color, me dijo:

—Me haces una pregunta difícil de contestar; te diré: á veces de un diario de esos que valen cinco centavos surge una popularidad—y siguió combinando su color.

\*  
\*\*

Hoy, que puedo reflexionar algo sobre el verdadero fondo de aquellas palabras, comprendo toda la razón de su irónica respuesta.

Sin duda alguna, él—como tantos otros—era un persuadido de las injusticias humanas.

El Arte tiene muchas y muy grandes dignidades. El verdadero artista no busca una popularidad impuesta por el favoritismo, como sucede frecuentemente, sino que se imponga por sus propios méritos, y que se yergue sobre el pedestal de sus propios esfuerzos.

Pero, cuando la inclemencia acosa al artista, cuando la ingratitud le relega al olvido, entonces el artista se glorifica á sí mismo, y vive solo, como un excéntrico, como un ermitaño adorando su culto.

De ese modo, al pasar por una casucha cualquiera, ó divisar una bohardilla, suelo preguntarme: ¿será ése un templo del arte?...

A este respecto, voy á hablaros de cómo días pasados descubrí en una modesta vivienda á uno de estos artistas.

Pasaba una mañana por la esquina de Andes y Charcas, y algo así como un taller allí instalado me llamó la atención.

Tuve la tentación de entrar y así lo hice.

El artista se emocionó al verme: entre nosotros es poco vulgar una manifestación tributada por el Arte.



Hablé unas cuantas palabras con él, y comprendí en seguida que me hallaba ante uno de aquellos luchadores hijos del Arte, que luchan sí, pero solos, sin pedir nada, con sus propios méritos.

Era Fernando Santilli. Allí vive con su mujer y sus tres hijos, poco menos que en la miseria, trabajando denodadamente noche y día para el sustento de la vida.

Santilli es italiano, ó, lo que es lo mismo, un hijo del país del Arte.

Nació en Perugia, donde vivió su infancia en compañía de su humildísima familia.

Siguiendo sus bellísimas inspiraciones, pasó más tarde á Roma, ingresando á los diez y nueve años—después de haber cursado sus estudios preliminares—en la famosa academia de *Modello vivente*.

Estudió paisaje, figura y retrato, dedicándose con preferencia á los dos últimos. Más tarde, y habiéndose distinguido por sus admirables trabajos, ganó el concurso en la *British Academy of Arts in Rome*, situada en el *Palazzo Patrizi*, en la cual tienen opción á tomar parte—cada vez que se establece—hasta ocho artistas italianos de escuela y de renombre.

La vida de Santilli—como la de tantos maestros—ha sido una verdadera odisea. La mala suerte impelida por la terrible miseria, tiranizaba cada vez más su vida y hacía amarga presión sobre sus muy caras ambiciones; pero, su espíritu y el estro que interiormente le agitaba é inflamaba, no por eso decaían, y así, sin protección ni ayuda de ninguna clase, se veía cruelmente obligado á robar hasta horas al reposo y al sueño,

tan necesario para todos en la vida, á fin de poder lograr con su trabajo rudo el pan de sus días.

Pero, á partir de esta fecha, un hombre de corazón y de conciencia, le prodigó su ayuda.

Este fué *Evaristd Rroun-Jounge*, por aquel entonces secretario de la *British Academy of Arts in Rome*. El talento y la acción artística de Santilli llamaron especialmente su atención, y le prestó desde entonces verdadera protección. Así pudo Santilli, perfeccionarse en su ya alta escuela.

En Italia ejecutó varios trabajos que le merecieron honra y provecho, y que le consagraron definitivamente en la larga lista de los maestros.

Más tarde, como habría de suceder, pues el Arte y el Amor se buscan entre sí, realizó un matrimonio de amor, uniéndose con una mujer muy pobre, pero que reinaba en su corazón.

Vislumbrando en medio de sus sueños de artista la perspectiva de un porvenir más halagüeño, creyó poderlo lograr en América (esa América que allá en aquellos mundos ocasiona el insomnio de los espíritus emprendedores, y á la vez de los combatidos por la miseria), y al siguiente año de su matrimonio se embarcó con rumbo á Buenos Aires; pero, desgraciadamente, Santilli ha sufrido el golpe rudo y seco de la decepción en medio de sus caras ilusiones.

Un vacío absoluto le ha rodeado desde su llegada á esta Capital, y—como lo he dicho antes—en este país exento de ambiente propicio para todo lo concerniente al Arte, Santilli se ve obligado á vivir como esas plantas que no se aclimatan.

Y, sin embargo, Santilli es un pintor exquisito. La belleza de la concepción mézclase á la segu-

ridad de la técnica. En sus delicados trabajos se reproducen todos los géneros del arte pictórico, y en todos la pericia y la versatilidad de su ingenio resaltan.

En el paisaje sabe obtener constantemente efectos bellísimos, seductores; fresca primavera y marchiteces de invierno; exuberancia de naturaleza; calma poética; tristeza de hora; días de sol; tardes grises; melancolía infinita; alegrías campestres; siestas ardientes; bellezas y encantos de alborada; crepúsculos moribundos; noches de luna; noches que alegran la vida y cielos dulces, serenos; noches horrendas, nubladas; borrascosas... mares tranquilos, marejadas crecidas; olas embravecidas, vendabales deshechos, ruinas llorosas...

Pero, Santilli es antes que nada un gran retratista. En sus retratos la línea es leal y suelta, la luz, el brillo de la expresión, admirables.

Santilli, en medio de su modestia y de su alejamiento, es buscado entusiastamente por personas de significación artística y social.

Entre sus retratos, merecen digna mención el ejecutado recientemente al popular y eminente senador nacional, doctor Alberto L. de Soldati, ante el cual el espectador no puede menos que exclamar: «Soldati, hablando»; otro del excelentísimo señor Presidente de la Nación, doctor Roque Sáenz Peña, del cual Santilli mereció una archilaudatoria carta, llena de bellísimos conceptos, escrita de su puño y letra.

La sociedad «Italia Unita»—de la cual el artista es socio—adquirió no há mucho otro de sus retratos, hecho al malogrado Miniaci, en vida, y cuando era presidente honorario de dicha socie-

dad. El del ex diputado, señor Santillán, merece también ser aquí mencionado.

La imaginación de Fernando Santilli, cual un *maremagnum* es abundante, profunda, ardiente.

Santilli, al igual de los que le hermanan en condiciones, debe esperar entre nosotros un más allá propicio, y, mientras tanto, á solas con su Arte, exclamar como Carducci: *¡Sursum corda!*

---



## Los esclavos en la libertad

---

Antiguamente había esclavos que se pagaban á altos precios, según la clase á que pertenecían, y en relación á su origen; los mercaderes los clasificaban: unos al impulso de su capricho, otros al de circunstancias especiales, que les hacían aptos para tal ó cual oficio.

Las leyes progresistas del modernismo han ido paulatinamente aboliendo esas esclavitudes (que hay esclavitudes que no se abolirán jamás y que el sér humano hasta las busca y desea). Ya los rostros tostados y relucientes como granos de café del Africa, no temen la esclavitud; ya el peso opresor de las cadenas no sujeta ni despotiza su albedrío; ahora, el color denotante de su raza no delata otra cosa que la estirpe de su procedencia, el orgullo, tal vez, del ardor fecundo de su suelo, del fuego de su sol. Ya el rostro no se empaña por el vaho de la humillación; luce en él la alegría de la libertad, la libertad grande del hombre dotado con los mismos derechos de todos los hombres de todas las patrias.

Empero, una ley se disfraza con otra, que este mundo (y esto ya está olvidado por notorio) anda constantemente disfrazado de blanco ó de negro; hoy no hay mercaderes para la venta de los esclavos, pero hay leyes que siguen aún esclavizando la vida bajo apariencias de protección.

Un solo escrito acompañado del requisito de dos firmas que comprueben una moral buena y la seguridad del estrictamente necesario alimento físicomoral (requisito fementido la mayor parte de las veces, pues que tampoco faltan las firmas de ocasión), basta y sobra para esclavizar toda una vida de estos pequeños seres albergados en la Casa de Expósitos, que, abandonados al nacer en cualquier sitio, son llevados luego por la fría y poco cariñosa acción oficial á la sección correspondiente, y transportados más tarde, quizá en los estertores de la vida que se acaba, á dicha casa, triste y mecánico albergue de esos infelices é inconscientes seres, exentos de toda culpa, pero sufriendo, por ley suprema, el castigo hereditario legado único con que les regalan al nacer las «fieras» que los engendran.

Desde ahí comienza á ponerse en ejercicio, la antigua ley disfrazada con las simpáticas apariencias de una protección humanitaria.

Por fortuna, suele acaecer que todo un horizonte feliz se abre y se extiende ante alguno de estos seres, desde el momento mismo en que los jueces ejecutantes de esta ley, disponen de una plumada, del porvenir y tal vez de la vida de estos desamparados.

Esto sucede cuando el azar los lleva á caer favorablemente en el ánimo de alguna vieja solterona que ha quedado solitaria, y que refunde en él sus inactivas ternuras, sus ilusiones tal vez jamás corporizadas; ó en el de alguna rica millonaria á quien la naturaleza no ha querido, á pesar de su fortuna (porque se asegura que la prolificidad prefiere á los pobres), darle la augusta

dicha de la maternidad y que convencida de la esterilidad de sus entrañas, se amarra filosóficamente á la teoría de la suplantación, y poniéndola en práctica, adopta como hijo al afortunado expósito. Otras veces, cuando todo un rasgo fisionómico origina un evidente parecido con un sér á quien se quiso y se perdió para siempre, tal vez, pero que vuelve á encontrarse todo en él, como acaecióle al gran De Amicis con aquella pequeña «Emma». Otros, cuando simplemente sentimientos altruístas y caritativos, rigen al corazón que ampara porque ama el bien en el presente, en el pasado y en el más allá . . .

Pero, convengamos en que estos casos, ora concebidos y ejecutados al impulso de un mero egoísmo personal, pero egoísmo noble en su fondo; ora exentos de él y llevados á cabo porque sí, resultan verdaderamente originales en relación al progreso cada vez más ascendente de perversión moral que rige nuestras costumbres.

Ahora bien: ¿á quién debemos responsabilizar del rumbo que toma el destino de esos seres, cuando les depara su suerte circunstancias de situación y de vida completamente opuestas á las antes mencionadas como ejemplares?

En justicia, puede y debe decirse, que nada han descuidado tanto nuestras leyes civiles y aquellas que gobiernan los actos de nuestra filantrópica sociedad, como esa importante rama del organismo moral y social de este pueblo.

Los animales son, en verdad, más dichosos en este punto, merced á la influencia de algunos hombres de entereza y de corazón que han sabido imponerse generosamente, empleando todos sus



medios de convicción, de entusiasmo, de amor, en pro de esos seres inferiores amparados por un verdadero código de abierta y franca protección. ¿Qué ley existe, en efecto, que dé igual seguridad á los infelices expósitos que los jueces entregan al albedrío de gente cuyos sentimientos le son en absoluto desconocidos?

\*  
\* \*

Sabido es—y en los anales de las estadísticas policiales indudablemente consta—que más de una vez personas que han logrado de la defensoría de menores, criaturas expósitass para su servicio, bajo la obligación de mantenerlas, educarlas y cuidarlas, han hecho á éstas objeto de los más crueles y despiadados tratamientos.

No há mucho presencié inopinadamente un doloroso espectáculo al respecto, que me partió el corazón y me hizo preguntarme:

¿Y esto sucede en nuestro país, tan ufano de su civilización, tan orgulloso de sus libérrimas instituciones? . . .

Una pobre criatura raquítica, flacucha, con sus ropitas totalmente desgarradas y antihigiénicas, se presentó desesperada y repentinamente en el patio de la primera casa de fácil acceso que encontrara á su paso, en el estupor de una huída miserablemente obligada.

Aquella niñita era una «expósita», que presa de un espantable horror, había escapado ¡quién sabe en qué momento de suprema angustia!—de decisión ajena á sus pocos años—de las garras de las «fieras» que bajo su tutela la tenían, y á cada instante la maltrataban brutalmente, como si bus-

caran en ese débil cuerpecito, sujeto donde saciar la sed de sus salvajes instintos.

Tenía el cuerpo y el rostro todo magullado; de trecho en trecho, en sus delicadas carnes se notaban viejas equimosis, y la piel aún se veía desgarrada por la brusca impresión de nuevos y recientes golpes.

En sus ojitos glaucos que parecían demasiado grandes en aquella fisonomía contraída por el dolor, se pintaba el más indecible de los espantos: el espanto de la persecución por el fantasma de los tormentos.

El más cariñoso y tierno refugio encontró la niña en aquella familia, que llegó á conmoverse hasta las lágrimas ante el desamparo de aquel indefenso y pequeño sér.

Aquel inocente rostro que demostrara momentos antes la impresión del miedo, una hora más tarde reflejaba la placidez de una hasta entonces desconocida seguridad y una nunca experimentada sensación de bienestar y de calor. ¡Pero, qué poco debía durar para aquella alma infantil aquel estado de tranquila dicha! Eran más ó menos las ocho de la noche y la niña dormía dulcemente, contenta de haber hallado aquel hogar, aquella lumbre, aquel nido, para su vida errática, cuando se presentó de improviso un agente de policía.

De nada valió que el jefe de esta humanitaria familia alegara el estado lastimoso de la huérfana y atestiguara en medio de un nuevo espanto y lágrimas de la pequeña víctima, con la exhibición de sus cicatrices y magullones, los miserables y criminales tratamientos de que aquélla había sido objeto; no había nada que alegar; había sido

dada por el juez, y nadie más que á quien éste concediera derechos sobre la criatura, podía hacerse cargo de ella. Hubo, pues, á pesar de la resistencia que oponía aquel débil y pequeño sér, entre espasmos de la más desgarradora angustia, que entregarla.

No se volvió á saber jamás lo que fué de aquella inocente y martirizada víctima; pero, cuando algunas veces al rememorar escenas de las tristes visiones de la vida, torna á mí la evocación de su recuerdo, la veo ¡pobrecita! siempre estropeada, magullada y con aquellos dos ojazos de espanto que parecían interrogar el doloroso misterio de su vida anónima y abyecta.

He sido testigo después, en casos análogos, en que también á desgraciadas criaturas expósitass se las prodiga diariamente toda clase de malos tratamientos.

Nadie puede (á no ser exponiéndose á odios y rencores de vecindad) intervenir con la piadosa intención que promueven estos hechos, en pro de la justicia y la solidaridad humanas.

No hay ninguna ley que nos autorice y nos obligue á ello. Sólo podemos hacerlo por nuestra cuenta y riesgo, haciendo uso del derecho de auspicio que las leyes naturales nos acuerdan en pro de nuestros semejantes; pero, esto no es suficiente.

Las leyes del hombre suelen muchas veces desconocer y hasta refutar las que emanan virtualmente de la Naturaleza.

Sería, pues, menester que—dada la vasta cultura y anhelos de buena reputación á que cada vez más tiende el espíritu público en este país—se

nombraran inspectores especiales, á fin de que velaran por el bienestar de estos seres desamparados, que merecen y deben inspirar la más franca, la más completa, la más decidida protección.

No basta que un juez los entregue con el solo requisito de que antes he hablado, y que luego, ya no se preocupe—ni nadie se lo imponga—de exigir comprobantes periódicos del trato observado con estos donados, y de la vida que se les hace llevar; es necesario que la patria potestad ejercida por el Estado, supla en todo lo posible á aquella que provenía de la Naturaleza y de que les privó el destino.

Poco costaría al Gobierno, ya que—como he recordado antes—en este país, en que se siente el influjo de una civilización cosmopolita, hasta los animales irracionales son protegidos por la ley, velar efectiva y eficazmente por estos seres que, al fin y al cabo, son hijos de la Patria y tal vez mañana sean factores principales de su progreso, de su fama, de su nombre, de su honor, de su grandeza.

Estos inspectores de que hablo, serían—y no quepa duda de ello—los que cumplirían una de las más honrosas y altruístas misiones de la economía social, visitando aunque más no fuera una vez por mes, á estas criaturitas entregadas por la defensoría á diversas familias, imponiendo una higiene completa con respecto á ellas, exigiendo el envío de las mismas á las escuelas públicas, para que recibieran la enseñanza elemental, y atestiguaran por intermedio del vecindario (que suele verlo, oírlo ó saberlo todo) si estos niños son objeto de buenos ó malos tratamientos por

parte de los que los tienen bajo su tutela, levantando, en caso contrario, una información ante la primera queja de la misma expósita, del vecindario, ó de cualquiera persona, y en caso de resultar cierta la denuncia, diera ésta lugar á la imposición de una multa, además de retirar inmediatamente al huérfano, anulando así todo derecho sobre él, entregándolo á la defensoría de menores con el testimonio correspondiente.

Esta ó cualquiera otra medida conducente á garantizar la existencia respetada é inviolable de los pobres niños, ya bastante infelices por no haber conocido el calor del regazo maternal, es clamoreada angustiosamente, tal vez sin forma ni palabras, por el dolor mudo y sollozante de estas tiernas y desdichadas víctimas, únicas esclavas en medio á los bulliciosos alardes de nuestra tan aparatosa libertad.

## La flor mensajera

---

Era ya de tarde; junto á la puerta de reja de la quinta, detuvo la galera su pesado andar; apeóse el cochero y golpeando fuertemente con sus dos manos exclamó con voz sonora:

—¡Ave María! ¡La galera!

Asoman sus doradas cabecitas tres encantadoras niñitas que lucen con infantil coquetería sus más vistosos vestidos, y prorrumpen, saltando de alegría, casi al unísono:

—¡Ay, papá! ¡ya llegó el coche!

La anciana abuela ante estas palabras que hieren su corazón como la punta de un estileto, siente oprimírsele de dolor el alma y ahogarse su voz en la garganta.

Había demostrado hasta entonces gran entereza, encubriendo temblorosa y pálida su acerbo pesar; mas, las lágrimas rompiendo la débil resistencia de su vencida voluntad, corren entonces por los hondos surcos de su viejo rostro.

El hijo, ese hijo que jamás, ni al casarse había apartado de su lado, ha dispuesto partir con su mujer y las nietecitas ¡ay, muy lejos!

Era éste un hombre trabajador y honrado, que dotado de cierta inteligencia en el comercio había logrado adquirir una regular fortuna. Por

aquel entonces, allá por el año 1882, fundóse con los mejores auspicios la nueva capital de la provincia, y halagado por el creciente desarrollo y el extraordinario valor que de día en día adquiría allí la propiedad, resolvió abandonar el tranquilo y modesto pueblo en que vivía y en el que por tantos años había compartido—junto á los suyos—los beneficios que en él recibiera, merced á su actividad y acierto. En consecuencia, lleno de febril entusiasmo, liquida sus propiedades, resuelve todos sus negocios no terminados, y decide el viaje (algo largo y monótono en aquella época).

\*  
\*\*

¡Había llegado el triste momento de la partida! Enternecido ante el dolor de la anciana buena madre, trata de infundir valor á su ánimo con consoladoras frases y promesas de pronto regreso, mientras su joven señora ocupábase en dirigir á los criados que iban y venían, transportando los equipajes que colocaban ordenadamente con la ayuda del cochero (un guapo mocetón) en la imperial de la galera.

Entretanto, no menos contristado el viejo abuelo por la separación del hijo que adoraba, cabizbajo se pasea lentamente, de un lado á otro, por el huerto, y, mientras á su imaginación se agolpa el recuerdo de los pasados días en que rodeado de sus nietecitas deslizábanse veloces las horas en el encanto de sus tiernas caricias y alegrías, va tristemente recolectando las mejores frutillas—que con marcado esmero cultivaba en su jardín—colocándolas con cuidado en un cesto que lleva colgado al brazo y que piensa ofrecer á las

adoradas chiquillas como un presente de despedida.

Las vocingleras pequeñuelas rodean afanadas al abuelo, disputándose ardorosamente la posesión del cesto y alzando á él sus manecitas, gritan llenas de entusiasmo y á la vez:

—¡A mí, abuelito! ¡dámelas á mí!

Al fin acalla el anciano á las niñas, optando por entregar el cesto á Mariquita, la mayor de las tres, al par que dice con aire de cariñosa reprimenda:

—No hagáis enojar al abuelito, pues, las frutillas las he recogido para las tres.

Lidia y Margarita, frunciendo el ceño enojadas, refunfuñan en voz baja mirando con envidia á Mariquita, y ésta orgullosa de su triunfo, se mofa de ellas, mostrándoles la lengua, mientras el abuelo siente penetrar en su alma ese amargo presentimiento que acosa constantemente á la vejez, de no tornar á ver á aquellos que se van! Enjuga dos gruesas lágrimas que el dolor le arranca y ¡hombre al fin! mueve, como si se avergonzara de su debilidad, tristemente la cabeza, y exclama con apagada voz: ¡Ea, pues! ¡Qué se ha de hacer!

Y cual si hallara en estas palabras un lenitivo, prosiguió:

—¡Ya volverán!

—¡Abuelito! ¡abuelito!—grita Mariquita corriendo hacia él para que la defienda.

—¡Lidia quiere quitarme el cesto!

—Sí, prorrumpe ésta—. A mí no me das nada, y quién sabe...

—¡Ven angelito! ¡Ven! Tú eres una picarona— responde el abuelo llevándosela de la mano, en



tanto que Mariquita se aleja contenta de haber salvado ileso su cesto no sin sentirse, sin embargo, un poco celosa, temiendo que Lidia obtenga un regalo mejor que el suyo.

El cariñoso anciano, alzando en brazos á Lidia, y besando sus sonrosadas mejillas que le daban el aire de una manzanita arrebolada por el sol del estío, le dice con ternura:

Tú eres más bonita que golosa, y más que las dos cosas, sentimental, por eso te he reservado estas flores que se avienen más á tu carácter.

Era la voz del anciano tan dulce, tan persuasiva, que translucía en su acento el afán que sentía de complacerla, y agachándose principió á recoger una á una, eligiendo á las más lozanas, las violetas que desde el manto de sus verdes hojas perfumaban el ambiente, asomando sus caritas azuladas al pie del florecido rosal.

Cuando hubo formado un buen manojito, cortó una fibra de yuca seca y las ató con ella; mas, Lidia que con sus grandes ojos codiciaba una apenas entreabierto gardenia—que entre la fronda de la hojarasca lucía sus aterciopelados pétalos—tomando con sus pequeña manecita la arrugada del abuelo, lo arrastró hacia la lozana planta, diciéndole con ese tono infantil que tanto encanta y subyuga:

—Yo quiero que me des esa flor. ¡Es la más linda! ¡Dámela abuelito! ¡dámela!

El anciano—que la contemplaba embelesado, queriendo suscitar por última vez una de esas graciosas discusiones que, como un niño, solía iniciar entre sus nietas, y de las que ya en lo sucesivo no disfrutaría, haciendo un esfuerzo por aparecer serio—la dice:

—¡Ah, no! ¡ésa sí que no se puede cortar! ¿Cómo es eso? ¿Me quieres llevar todo el jardín?

—¡Oh, abuelito! ¡me voy enojada entonces contigo!—contesta ella frunciendo el entrecejo, y haciendo gestos de disgusto con su picaresca carita—. No quiero las violetas, si no me das la gardenia. Si yo alcanzara ya verías como la cortaba solita sin esperar tu permiso, y me escapaba.

El amante abuelo, con ese incidente olvidaba la crueldad del momento real en que iba á separarse de aquella querida criatura. Se sentó sobre el añoso tronco de un árbol caído que yacía á un costado del sendero, y sosteniendo entre sus manos su cabeza encanecida sonreía dulcemente.

—Abuelito se quedará entonces muy triste si su nietita se va enojada—exclamó el anciano, siempre sonriendo, mientras ésta refunfuñando, y ya con deseos de llorar golpeaba con la mano abierta en el tronco de una magnolia, sobre el cual se había reclinado, y apartando fastidiada un dorado rizo que graciosamente caía sobre su frente le dice con sollozante voz:

—Y entonces, ¿por qué no me das esa flor?

—¡Ah! porque se la he prometido á Inesita (una prima de Lidia).

—Sí—murmura Lidia, dando otra vez palmadas sobre el tronco—. ¡Bastante tiempo tienes para darle después á ella las flores que te dé la gana, cuando nosotras no estemos á tu lado!

El pobre viejo al oír estas últimas palabras, se levanta como quien despierta de un sueño y cae después en la amarga realidad, viéndose solo, ¡solo en la soledad! ¡en el vacío de sus más caras

afecciones! En su alma penetra la melancolía de que ya está impregnada la tarde que cae en el crepúsculo.

—Bueno, querida mía, te la voy á dar... ¡no llores!—exclama besando á su nieta—;te he dicho eso por verte enojada como otras veces, y alejar un momento de mí esta amargura suprema. ¡Vamos! ¡te la cortaré!

—¡Ay! ¿me la das? ¡qué linda! ¡qué linda!—gritaba Lidia, rodeando con sus brazos las piernas de su abuelo—¡súbeme abuelito! ¡yo la quiero cortar! ¡súbeme!

El indulgente anciano alza á Lidia, que fuera de sí por la alegría de ser ella misma quien arrancaría tan codiciada flor, sonrío con ternura, y rodeando con sus brazos el cuello al abuelo, le dice:

—Ayer, yo misma, abuelito, para que se abriera pronto la vine á regar.

Un toque melancólico de campana se oye, partiendo de la vecina torre é invitando tristemente á los fieles á orar.

El hijo del anciano, con paso apresurado venía buscándoles y sintióse hondamente conmovido al pensar en este pobre viejo que tras breves instantes dejaría como un tronco añoso y estéril despojado de sus mejores y juveniles galas.

—¡Llaman á la novena!—murmuró tristemente el viejo con debilitada voz—. ¡Hijo mío! ¿ya te vas?

—Sí, padre—contestó el hijo—. Ya es hora de partir!

—¡Papacito!—grita Lidia sonriendo y jugueteando alegremente—. Mira, Mariquita lleva frutillas y yo esta flor, ¿qué cosa es mejor? ¡Ah, ya me olvidaba de mis violetas, abuelito! ¿Dónde están?

—Aquí, responde éste sacándolas de su ancho sombrero y entregandóselas con dulzura, mientras Lidia las arregla con infantil afán.

Se alejan presurosos, y el padre de la niña, conmovido, se detiene á contemplar una vez más ese jardín amado que en los bochornosos días del estío tanta frescura y sombra le había generosamente prodigado.

\*  
\*\*

Sepultábase el Sol en el ocaso, dejando tras su ausencia un manto de melancólica penumbra, que realzaba la poética belleza del jardín.

Un picaflor que libaba el néctar en los cálices de las olorosas flores de la tupida madreseiva, se aleja veloz, al verles pasar, desapareciendo entre la espesura, cual si quisiera evitarse la dolorosa emoción de ser testigo en la despedida de esos seres para él tan conocidos, y que no habría, tal vez, de tornar á ver.

El disco rojizo de la Luna asoma ya en el horizonte por el lado de oriente, iluminando con tenue fulgor aquel grupo adolorido que se aleja tristemente.

La anciana madre al verles llegar se arroja desesperadamente en brazos de su hijo, bañando su pecho con un torrente de lágrimas.

—¡Vamos!—exclama no menos conmovido y con voz insegura el viejo—. ¿Acaso va á la muerte? ¡Siempre eres así, mujer! ¡Sí ya volverá! ¡Me ha dicho que por Navidad!...— y no puede pronunciar una palabra más...

Entretanto, la joven madre sube sus criaturas á la galera—quiénes con el natural egoísmo

de la edad—se disputan con ardor quién ha de sentarse en el mejor lugar.

Luego, despidiéndose afectuosamente de sus desolados suegros va á ocupar su asiento al lado de sus hijas y sólo falta el esposo para que emprendan la marcha, más éste se encuentra aprisionado en los brazos del anciano que le implora y flora; entonces el angustiado viejo, en un acceso de valor, arranca al hijo de aquellos sagrados y temblorosos brazos y empujándolo dulcemente, con la muerte en el alma, le dice con apagada voz:

— ¡ Véte, hijo mío ! ¡ te doy mi bendición !

\*  
\* \*

¡ Han pasado muchos años !

¡ Las plantas del huerto parece que de vez en cuando inclinaran pesarosas sus ramas á la tierra, llorando la ausencia de las tiernas niñas que bajo su protectora sombra diariamente juguetaban !

¡ Lidia no ha vuelto ! El infeliz abuelo se encorva cada vez más bajo el peso de los años.

La gardenia, en tanto, sigue floreciendo.

Lidia ha cumplido sus quince abriles, y es una belleza soberbia, avasalladora...

\*  
\* \*

Una hermosa tarde primaveral, Alfredo, un gallardo y seductor mancebo, en cuya alma acaba de despertar el amor, deslumbrado por la belleza de Lidia, entra en casa de ésta llevando en la mano una blanca y perfumada gardenia.

La impresionable niña, que aún no había

respondido al reclamo amoroso del rendido galán, siente ante aquella flor algo como una voz lejana y querida que le incita cariñosamente á abandonar su corazón al dulce sentimiento que la solicita.

La visión casta de su dulcísima niñez, pasa rápidamente por ante sus ojos.

Le parece que una sombra sonriente y venerable la empuja dulcemente hacia aquel sér afanoso y suplicante, que no pronuncia una palabra, fiando al suave aroma de la flor su ansioso postulado de amor.

Entonces ella, bajando los ojos, con el santo rubor de la primera llamarada pasional, coge la flor, aspira su aroma, la besa y la coloca en su seno.

El pacto de todo el porvenir estaba sellado gracias á la espiritual solicitud de la flor mensajera.

---



## La mujer griega moderna

---

La lectura de varios artículos publicados por un célebre viajero con respecto á las diversas mujeres de los países que ha visitado, me sugiere extractar algo de las observaciones que ha hecho sobre la mujer griega, cuyo encanto en nuestra época, exótico, tiene todo el carácter de una poética exhumación del pasado.

«La mejor de las mujeres—dice el escritor turista—es aquella de la que menos se habla.

«Así pues, puede decirse de la mujer helénica de hoy, como de la de dos mil años hace, que merece contarse entre las perlas de la creación.»

Tiene mucha razón el filósofo moralista, pero añadiré por mi parte, que en nuestros tiempos no se originan polémicas—como en los tiempos clásicos—sobre la mujer. Miles de escritores contemplan y observan á los más bellos tipos de mujeres francesas, alemanas, inglesas, sin hablar de los fanáticos que glorifican el tipo de la joven americana, parangonándola al Sol, á la Luna y á todas las estrellas del firmamento.

¿Quién recuerda en la actualidad á las hermanas de Cloe, de Baucis y de Dafne?

Se siente frecuentemente hablar de finanzas griegas, de ministros y también de ladrones, pero



acerca de la mujer griega no se dice una palabra. ¿Será, tal vez, tan poco atrayente y agradable porque no tiene quien se ocupe de presentar su belleza en el escenario de la moderna naturaleza femenina?

El viajero, añade que los ojos dulces y serenos de las griegas modernas pueden desafiar muchas reputadas bellezas que á su lado serían insignificantes.}

Es menester hacer notar que el retrato que hace de su tipo helénico, no ha sido escogido entre los modelos más característicos, sino del tipo común de la burguesía griega.

Los viajeros que se encuentran de paso en Grecia, hallan singulares á estos tipos de mujeres, porque seguramente no los han visto jamás, hasta entonces, en ninguna otra parte.

En efecto, en la vida pública de Grecia falta el encantador elemento femenino, y puede recorrerse la ciudad de Atenas en toda su extensión sin encontrar una mujer; sólo se ve una que otra niña ó alguna sirvienta que ha salido á hacer las compras.

Para ver y admirar á la mujer, es necesario penetrar en los patios de las casas ó espiar indiscretamente por entre las rendijas de las ventanas.

Una señora griega no se muestra jamás en los restaurantes ó en los cafés, pudiendo tan sólo encontrársela una que otra vez, acompañada de su marido; vérsela sola ó en compañía de hombres solos, sería tomado como grave atentado contra las conveniencias.

Este retraimiento de la publicidad es una de las características más salientes de la mujer grie-

ga, y acusa su modo de pensar respecto al ambiente en que vive, observando constantemente una máxima antigua que decía: «Solamente al hombre conviene el mercado (esto es: la vida en público), la mujer debe mostrarse lo más escasamente posible.»

Esta norma ó costumbre de vida, puede parecer á alguien demasiado anticuada é incompatible con los tiempos modernos; pero, en Grecia, ciertas cosas son muy retrógradas, sin que por esto sus habitantes sean desdichados.

El que conoce el país, conviene en esto: que los griegos son ejemplares en su vida íntima, y que esa virtud atingente á la familia, como así también su ilimitable amor hacia la patria, descuellan en el pueblo como emanación de la buena índole que los caracteriza.

La vida de los griegos es todo sencillez. Aun en las mansiones de los ricos donde no puede faltar nada, se advierte una gran moderación en todo cuanto es lujo ó extravagancia, circunstancia que coordina con la vida retirada y tranquila en que se desliza la existencia de sus mujeres.

El traje nacional, está en la época actual—tanto en Atenas como en las otras partes de Grecia casi totalmente abandonado.

Los hombres se muestran en algunas cosas fieles á las costumbres de antaño.

Por las calles de Atenas se ve, todavía de cuando en cuando, uno que otro viejo con la blanca «fustanella» y aun los soldados de la guardia conservan esta curiosa costumbre, así como las botas con las puntas levantadas, no, por cierto en atingencia y concordancia con la severa indumentaria militar.

La mujer—á su pesar—ha abandonado sus costumbres, mucho más bellas que las de los hombres, para adoptar las modernas antiestéticas, pero prácticas y económicas, y que tienden al menos á igualarse, en las apariencias, á las de todos los pueblos civilizados.

Así mismo, en las pequeñas ciudades y en la campaña, aún están en boga los trajes nacionales.

Las señoras griegas, si bien no los llevan ya, reconocen, empero, la belleza de sus antiguas costumbres y voluntariamente se prestan á ser fotografiadas con tal indumentaria.

Es éste, un traje generalmente ornado de bellísimos bordados, estampados en colores muy vivos.

Si se observan escrupulosamente estas costumbres, se verá que no son de origen propiamente griego, sino más bien albanés, especialmente la «fustanella» de los hombres que cae sobre las rodillas, así como el gorro parecido al fez, con borla pendiente sobre la espalda, el cual es una transformación del gorro frigio.

La facilidad con que fueron adoptados estos trajes hace asomar esta pregunta á los labios:

¿Los habitantes de Grecia son verdaderamente helénicos, ó es que los esclavos inmigrantes del norte con las alternativas de los siglos han introducido la transformación de la raza?

Algunas voces se han hecho sentir al respecto; pero, en favor de los griegos modernos se ha dicho que son efectivamente griegos auténticos, cuyos abuelos vencieron la invasión eslava y que no hay por qué reprocharles ningún error ó falta concerniente á su nacionalidad.

Podría garantizarse de la pureza de los tipos griegos observándolos detenidamente.

Basta admirar la suave serenidad que brota de sus facciones; ese aire dulce y bueno que les coloca muy por encima de las tristezas que imprimen en el rostro los azares de la vida moderna.

Bajo el cielo tranquilo y terso de Grecia, en aquel país grave al par que lleno de encanto, sus habitantes han conservado el carácter jovial de sus antepasados. Perdura en ellos el sentimiento de lo bueno, si bien el genio creador, constreñido durante largo tiempo por la esclavitud política no ha podido exteriorizarse.

No obstante, ahora comienza á dar señales de un despertar que ciertamente ofrecerá espléndidos días para aquel país de gloriosos sueños.

Ya nos figuramos ver resurgir el arte antiguo de los Eleates, del que la mujer griega fué una silenciosa y modesta inspiradora, si bien los artistas antiguos no veían en la mujer más que la belleza material. Fidias, Praxiteles, Apeles y otros tantos pintores y escultores de la antigüedad, reprodujeron esas formas delicadas con una perfección sorprendente.

\*  
\* \*

La condición de la mujer en la civilización de Grecia, fué caracterizada por su extremo estado de servidumbre.

Cuando niña, dependía de los padres; casada no adquiría ninguna libertad, estaba sujeta al marido; si quedaba viuda, volvía á depender de sus genitores ó de su propio hijo mayor.

Desde el punto de vista jurídico, tenía dere-

chos demasiado limitados y no podía ejercitarlos sola, y sí solamente por intermedio de un tutor.

Afortunadamente, los rigores de esa ley se han modificado con el uso y por las modernas costumbres.

La mujer griega moderna no está ya sometida á esa esclavitud; empero, todavía ella—como se sabe—conserva en su carácter el tipo de su raza antigua; prefiere la vida retraída á la vida mundana; ama la simplicidad en su casa, en sus costumbres, en su sistema de vida; se diría casi que huye de la modernidad, tal vez por no olvidarse y alejarse de un pasado glorioso en que ella—viviendo casi en la esclavitud—supo inconcebiblemente con su belleza y su gracia, inspirar á los grandes artistas de su tiempo, que han embellecido el mundo con sus obras admirables.

## La aerostación

---

Indudablemente, una de las conquistas científicas más asombrosas é interesantes del hombre es la de la aerostación. Conquista magna, iniciada y perseguida desde hace más de un siglo, y de la que quizá no se logre nunca el fin.

Las más grandes potencias del mundo—Francia, Alemania y otras—registran una gloriosa lista de combatientes que afrontaron con verdadero ardor y fe todos los abrumadores obstáculos de esta gran empresa, cuya fanática perseverancia arrastró á unos hacia la noche del misterio, del fracaso, del abismo, y á otros al éxito parcial de la conquista.

Todos los que hayan seguido con un poco de interés cuanto se ha dicho respecto á la aerostación, saben bien qué fines se persiguen en su logro, y que la ambición cifrada en ella no se reduce solamente á experimentar las delicias de ese deporte exótico—circunscripta á efectuar halagüeñas ascensiones, vagar en las alturas inconmensurables del infinito; aspirar un aire distinto al que aquí abajo aspiramos; decir triunfalmente un día: «hemos conseguido el dominio de los aires»; transportarnos de una parte á otra en un sonriente viaje aéreo, alterar las monótonas conmociones de la vida con nuevas y desconocidas realidades—no, no es sólo

ése el objeto poderoso que preocupa á las potencias con respecto á la aerostación; es algo más arduo, más prodigioso que todo eso: es la aplicación de la aerostación y su utilidad en las probables contiendas sangrientas del porvenir; es el recurso inenarrable y devastador de los dirigibles actuando desde las alturas en el espacio, reduciéndolo todo á la nada como una formidable é infernal máquina destructora.

Evidentemente, este objeto fatal será logrado paulatinamente con verdadero éxito por el hombre, y, sin ir muy lejos, podemos recordar aquí las pruebas efectuadas en Francia y Alemania á este respecto. Durante el sitio de París se elevaron sesenta y cinco globos tripulados por ciento sesenta y cuatro personas; tentativa que no obtuvo un óptimo resultado, por tratarse de aerostatos libres.

Como comenzara á patentizarse la necesidad de los dirigibles, el gobierno francés resolvió dar un premio de cuarenta mil francos al mejor de sus modelos para estimular á las inventores.

Más tarde, á instigación de Gambetta, otorgábase doscientos mil francos al capitán del ejército —Charles Renard— notable ingeniero, que ofrecía á su patria el primer gran dirigible denominado «La France», el año 1884.

Sabido es cómo, contemporáneamente, se manifestó en todos los países una voz de protesta contra el nuevo aparato mortífero, y cómo esta protesta fué exteriorizada muy vehementemente en la primera conferencia de La Haya, en 1899, al discutirse la prohibición del lanzamiento de proyectiles ó sustancias explosivas desde toda nave aérea durante un período de nueve años.

El tiempo proscribió dicha prohibición, y Francia muy pronto llegó á poseer las dos prodigiosas armas de tal naturaleza: el «Lebaudy» en 1905 y el «Patrie» en 1906, á quien estaba reservado tan deplorable destino, y cuyas brillantísimas pruebas efectuadas sobre París el 9 de julio de 1906 dejaron á la Francia el orgullo de tan grande proeza; pues, evolucionando el aerostato con gran facilidad, alcanzó la velocidad de veintiocho kilómetros contra el viento.

Alemania no quedó rezagada á este respecto; y hoy se enorgullece—pues son glorias de ese país—con los eminentes aeronautas, el conde Zepelin y el comandante Von Parseval, atribuyéndosele al primero de éstos la popularidad más grande del país.

A propósito de las protestas exteriorizadas en la primera conferencia de La Haya—que ya he mencionado—el insigne doctor Rudolf Martín, consejero militar del gobierno alemán, ha hecho notables estudios, y ridiculizando la actitud que al principio observaban las autoridades militares y científicas de las grandes potencias, ante el arduo problema de la futura guerra aérea, decía: «Sin duda alguna, los técnicos militares y administrativos de Alemania y Francia, se echarán á reír cuando lean que sus respectivos países poseerán dentro de diez años mil barcos de combate aéreos, y dentro de veinte el doble ó el triple de dicha cifra.»

Desafiaba luego á los técnicos á esperar el más allá y agregaba satíricamente:

«Por ahora, me consuela el pensar que los técnicos no están dotados de doble vista.»



Mucho hay que tener en cuenta esta celebrada y chispeante frase, máxime, si rememoramos los errores en que han incurrido á veces los técnicos al plantearse los grandes problemas de difíciles empresas.

Al inventarse el ferrocarril, ellos fueron, precisamente, los que se opusieron á su adopción en Prusia, y no faltó quien dijera que sólo podía verse en el ferrocarril un medio de comunicación muy limitado y deficiente; hasta el año 1840 el mismo gobierno se opuso á la ampliación de la primera línea férrea inaugurada en el reino el 30 de octubre de 1838, y al ser solicitadas las concesiones de las tres líneas Berlín-Léipzig, Berlín-Anhalt y Berlín-Magdeburgo, denegáronse de plano, porque—según los técnicos—el tráfico entre dichas ciudades y la capital no era bastante á justificar ni una sola línea.

El entonces príncipe imperial—más tarde Federico Guillermo IV—fué el llamado á vencer la oposición del ministerio.

Evidentemente, aquellos consejeros y sus asesores no hubieran jamás, ni como un sueño fantástico, presentido la edad del vapor, del vehículo automotor sobre rieles.

La historia, guarda en sus archivos muchos recuerdos análogos respecto á esta carencia de facultades penetradoras ó profetizadoras—como quiera llamárseles—de la acción del progreso de los siglos, y así nos recuerda también cómo el famoso Thiers dijo en Francia á la aparición del primer ferrocarril: «Los parisienses debían, en realidad, poseer esa monería. Con todo, creo que el tal juguete no llevará nunca un solo pasajero ni transportará jamás una maleta.»

¡Así pensó Thiers con todo su talento! ¡Así piensa hoy la generalidad respecto al dirigible! ¡Un juguete de locos, peligroso!

Empero, cuán cierto es que el tiempo se encargará de convertir paulatinamente este juguete peligroso, en el más terrible aparato de destrucción, imponiéndolo á la faz del mundo con toda la magnitud de su acción, y—como dice el profesor Rudolf Martín—: ¡ay, del país que se entere demasiado tarde de la metamorfosis!

\*  
\* \* \*

Nosotros, también podemos enorgullecernos de tener en este país quienes se ocupen con verdadero ardor de la aerostación, que, mirada en sus primeras manifestaciones bajo el aspecto de un deporte peligroso y diabólico—como opina el vulgo—no faltando quien haga jarana del asunto, diciendo á tal ó cual aeronauta en perspectiva ante el deseo de efectuar una ascensión: «vaya despidiéndose amigo», y otros: «no me olvide en su testamento»; va ahora poco á poco imponiéndose en todo su interesante desarrollo, con toda la persuasión y el asombro que encierra cada una de estas grandes conquistas del intelecto del hombre.

El emprendedor espíritu del popular presidente del Aéreo Club Argentino—señor don Jorge Newbery—y los asesores que le secundan, luchan cada vez más por implantar y arraigar en este país este deporte maravilloso, indiscutiblemente el más sorprendente y el más expuesto y difícil de cuantos se hayan conocido.

Son notables las ascensiones efectuadas por él y sus colegas, y sus felices resultados. (No empañe-

mos aquí esta nota laudatoria y justiciera con el triste recuerdo de la pérdida del Pampero.) Todas las grandes empresas han requerido también sus grandes víctimas; todas, á pesar de sus triunfos, las tienen: el vapor, la electricidad, el ferrocarril, el automovilismo, etc., las ocasionan á diario; el hábito que se adquiere con el constante número de ellas hace que las tengamos menos en cuenta, siendo, tal vez, relativamente mucho más numerosas; pues como decíamos: las notables ascensiones efectuadas, han infundido verdadero interés en nuestro público inteligente, ávido de conocimientos de utilidad, y dulcificado la aspereza que cubre todo lo que á nuestros ojos se nos presenta á través del velo obscuro de la inexperiencia, del estupor, y hasta del tan ridículo temor, interés que se exterioriza efusivamente en los días de ascensiones, por el numeroso público que acude á ovacionar y á estimular á los conocidos y arrojados aeronautas, al pueblo de Belgrano en el sitio destinado al efecto, como, así mismo, constituyen verdaderos acontecimientos las quincenas de aviación que, inauguradas el 23 de marzo de 1910 van sucediéndose hasta la fecha en Villa Lugano. La afluencia de personas que se congregan en aquellos sitios, donados gentilmente al Aéreo Club Argentino por su propietario — el señor Conte Grande—dan más que nada razón ostensible del entusiasmo ó interés que despierta entre nosotros el novísimo deporte.

El lugar no puede ser más apropiado, pues rompiendo con la monotonía de nuestros paseos á breve distancia del centro, nos facilita la propicia ocasión de efectuar un viajecito en ferro-

carril, recrear un poco la vista con paisajes más variados, aspirar un poco de aire puro con olor á heno fresco, tomar un poco de buen sol, y hasta debemos confesarlo: tragar un poco de tierra, notas siempre placenteras, cuando se suceden de vez en cuando en medio de los acontecimientos más ó menos iguales, ó análogos de la vida.

Es una extensa llanura que semeja una alfombra tendida sobre la tierra por algún pastorcillo mago de los prados, de ese color de esmeralda claro, cuyo matiz fresco y simpático forma artístico contraste con el rojizo del poniente á esa hora en que la concurrencia—alegre y emocionada por los hermosos vuelos efectuados—empieza á desbandarse apresuradamente en las ansias de alcanzar el tren que nunca espera, y que vibra á lo lejos sus silbidos.

Algo del espíritu queda en aquel lugar en que augurios del éxito se han expresado tácitamente, en favor de los seres arrojados y valientes que pugnan por alcanzar el misterio que ha de llevarlos á la cúspide de la fama ó arrojarlos en la profunda noche de la muerte.

---



## La acción de la colonización en nuestro país

---

Base de nuestra soberanía é independencia, juntamente con la proclamación de nuestra ley fundamental, se presentaron á la mente y se impusieron á la conciencia de nuestros hombres de estado, estos dos ineludibles problemas de gobierno: poblar la tierra y educar á las masas.

Ya Rivadavia, Moreno y Belgrano, habían teorizado luminosamente sobre estos principios de la ciencia de gobierno, aplicados, sobre todo, á una joven nación recientemente independizada de la tutela de la metrópoli y audazmente implantada, con su diminuta población y escasos recursos, sobre la faz inconmensurable de un territorio en el que habrían cabido holgadamente muchas naciones europeas.

Desde el momento en que la República Argentina fundó su hogar propio, no fueron las asechanzas y las cupideces externas, las que amenazaron su estabilidad y decoro.

El desierto fué su mayor enemigo y la barbarie la aliada perenne y formidable de su progreso y engrandecimiento.

De esos violentos factores de retrogradismo nacieron la tiranía y el espíritu desordenado de la montonera y la revuelta.

El cacique y el caudillo medraban fácilmente en la soledad desamparada y el oscurantismo salvaje; por eso no pudo llamarse verdaderamente nación hasta que ilustres estadistas, como Mitre, Sarmiento y Avellaneda, no cruzaron su pecho con la banda azul y blanca del supremo simbolismo y no empuñaron el bastón de los grandes próceres de nuestra independencia, degradado, hasta entonces, por manos ineptas ó criminales.

Mitre fué el primero—puede decirse—que comprendió cuán urgente era dominar la pampa con el empuje de la civilización. Así, mientras se ocupaba en combinar planes decisivos de campaña para llevar hacia los confines del desierto nuestras hasta entonces cercanas fronteras, puso todas sus energías en hacer efectivos los asustadizos conatos de la vialidad férrea, precursora del robusto y valiente colono, que debería tornar en verdaderos emporios de riqueza lo que hasta entonces dormía el sueño letárgico del erial infecundo y bravío. Así, el Gran Central Argentino, primera arteria de acero que llevaba á los anestesiados pueblos del interior la savia joven y fecunda del litoral, irradió primero también, á un lado y otro de sus largos paralelos, la simiente feraz de las primeras colonias, que partiendo de la por siempre benemérita Santa Fe, diseminó su polen fecundizante por las montuosas y ricas tierras de la provincia de Córdoba, hasta ir á llamar un día con la ubérrima carga de sus mieses doradas, á las puertas claustrales de la hasta entonces «Avignón» argentina.

Este fué el primer paso heroico de nuestros gobernantes de pensamiento y acción.

Roto el misterio de la estéril y amenazadora soledad pampeana, el arado y la hoz empezaron á avanzar hacia los sitios en que poco antes sólo se viera molinetear la chuza del salvaje, y el grito jubiloso del vapor hizo acallar el hosco alarido de los bárbaros del desierto.

Las empresas colonizadoras, de que fuera arrogante y primitivo *pioneer* el inolvidable yanqui, Mr. Weewhright, á cuya memoria no sabemos cómo aún nuestro espíritu de equidad y de justiciera reparación no ha levantado una estatua, iniciaron sus primeras tentativas y pocos años más tarde se cubría el lujuriente suelo santafecino con el tapiz verdegueante de un verdadero piélagos de cereales.

Así como el ferrocarril había sido el portestandarte de la colonización, ésta fué á su vez, la iniciadora de la escuela popular, difundida en los yermos del oscurantismo.

Sarmiento, el gran Sarmiento, aferró con sus manos vigorosas esta hoz poderosa de gobierno: vializó, pobló, educó y, con ese omnipotente instrumento de civilización, abatió el caudillaje, limpió de cizaña moral y material el territorio de la República que, muy luego, entregaba altiva, grande y depurada, á Avellaneda, ese poeta del gobierno, ese cautivo inimitable de la ley agraria, que estampara en las inmortales páginas de su «Tierra Pública», el más armonioso y altisonante poema sobre la riqueza y el porvenir de nuestro suelo.

Y así fué cómo iniciado el desarrollo de la acción de la colonización en este país, prosiguió tenazmente hasta encontrar todo su poderoso in-



cremento en el mismo y cómo también hombres del suelo extranjero, aportando el valioso elemento de sus vastos conocimientos, comprendiendo toda la magnitud de la iniciativa, vinieron después á secundar—mejor dicho—á interpretar fielmente con vigoroso empuje la idea y el anhelo grandioso de esos inmortales hombres de acción de la epopeya argentina.

\*  
\* \*

Entre esos extranjeros, que abandonaron el suelo nativo y arribaron á nuestras playas para coadyuvar á la grandiosa obra colonizadora, figura el ciudadano alemán, don Hugo Stroeder, —hoy el popular colonizador Stroeder—fundador de la conocida empresa que lleva su nombre, la cual en este último decenio ha creado 8 villas y 70 colonias, con una extensión aproximada de un millón de hectáreas, de las cuales más de la mitad han sido destinadas á la labranza; villas y colonias, en las que la división del trabajo ha sido aplicada eficazmente, y que producen anualmente más de treinta millones de pesos, requiriendo para el transporte de la producción un tren rodante de más de veinte mil vagones.

En todas esas colonias, que cuentan con pocos años de vida, y que día á día progresan, los habitantes han conseguido su bienestar y se han asegurado un halagüeño porvenir.

En los treinta millones de pesos que representa la producción de las setenta colonias, están excluidos los productos de la ganadería, lechería, los que consumen los mismos colonos y todos los demás que no están destinados á la exportación.

Los útiles agrícolas, ó sean máquinas sembradoras, cortadoras, trilladoras, arados, rastras; las viviendas, los animales de labranza, en las colonias fundadas, representan más de quince millones de pesos. Y teniendo en cuenta los gastos de la siembra y de las cosechas de los productos, como semillas, bolsas, herramientas, trilla, acarreo, cercos, aguadas, corrales, manutención de familias y peones, resultan anualmente sumas asombrosas.

Los beneficios que recibe el fisco por estas colonias son crecidísimos, pues para sembrar 400.000 hectáreas que requieren una extensión no menor de 480.000, representativas de un valor de más de 57 millones de pesos, tomando por base los precios—término medio—que valen los campos en la República Argentina, es necesario abonar por derechos é impuestos de contribución directa agropecuaria, patentes para carros, trilladoras, etcétera, y certificados de compraventa de animales de trabajo, cantidades considerables.

Las compañías de seguros contra el granizo se benefician grandemente, y este beneficio será aún mucho mayor cuando todos los colonos—en general—se den cuenta cabal de la importancia que encierran estos seguros contra accidentes atmosféricos. Los importadores de máquinas agrícolas, las empresas ferroviarias que tienen á su cargo el tráfico de 400.000 toneladas de cereales de las colonias é innumerable contingente de hombres de todas profesiones, se benefician con el rendimiento arrancado á la tierra por los hombres de trabajo.

Un gran número de estas colonias fundadas, hanse constituído ya en villas: verdaderos núcleos

de población de sorprendente desarrollo, verificado en muy poco tiempo, siendo las que se destacan por su gran importancia, Cabildo y Salliqueló, las cuales á los 2 años de su fundación contaban ya con más de 200 casas de material moderno con fisonomía propia, atrayendo hacia sí valiosos elementos de vecinos anhelosos de progreso y bienestar; siendo, además, verdaderos centros de civilización, y á los cuales convergen gran parte de las riquezas adquiridas por los campos de la empresa, tierras todas de excelente ubicación, que fraccionadas en lotes de 100 hectáreas—más ó menos—fueron vendidas á largos plazos con amplias facilidades.

A la vez, entre las demás colonias fundadas, merecen mencionarse—por la misma causa—las siguientes—ubicadas en la provincia de Buenos Aires—: Iris, Centurión, Salliqueló, Nuevo Salliqueló, Estévez, Falucho, Arribeños, Santa Ana, María Justina, El Trigo, Tedín, La Estrella, Diana, Buena Vista, San Segundo, Algarrobo, La Abundancia, La Juanita, Santa Carmen, Santa Lucía, El Trébol, Los Álfalfares, Los Chileños, La Ventura, Los Angeles, El Ciprés, Las Mostazas, La Reina, La Sierra, Víboras, San Dionisio, Carlos Tejedor y 25 de Mayo, la mayoría en la línea del Ferrocarril del Sur.

En la provincia de Santa Fe, se destacan: La Perla, Irigoyen, La Vanguardia, La Fama, La Amalia, La Gloria, La Inés, La Macolla, Barrancosa y Armstrong.

En la rica provincia de Córdoba: Paunero, Ampurdán, La Pacífica, Bagnolo, Dorotea, Assunta, San Lucas, Caprivi, La Agrícola, Columbus, Pia-

monte, La Ventajosa, La Altamira, Regina Elena, Santa Felicitas, Mahón, Potosí de Anchorena, La Palestina, San Bernardo, General Cabrera y Fidelia.

En la provincia de Entre Ríos: La Joya, Libaros y Almirante.

En la Pampa Central: General Lagos, Alba, Aráoz, La Madura, La Positiva, Mirasol, La Puma, Las Delicias y Melanie.

En Santiago del Estero: Ideal.

Esta pequeña exposición basta para dar una idea somera de la inmensa labor realizada por la empresa que nos ocupa, la que nacida por el impulso de un hombre experimentado en la lucha por la vida, de clara y vasta inteligencia, infatigable en el trabajo, sumamente modesto, ha llevado de un punto á otro de la República la bandera sagrada de la civilización.

Celebrando la República Argentina su primer centenario de vida libre, independiente y fuerte, puede mirar con legítimo orgullo su incesante progreso, uno de cuyos factores más importantes ha sido obra de la colonización.

---



## Gratitud

(Cuento infantil)

Los niños deben ser siempre agradecidos y no olvidar jamás á aquellos seres que se hicieron acreedores á su reconocimiento—decía el cariñoso abuelo, sentado junto al hogar y teniendo sobre sus faldas á su nieto Luis, que sólo contaba once años de edad y que acababa de llegar de la calle, muy agitado, á contarle que á Eduardo, su amiguito, le habían lastimado en una riña que había tenido con un muchacho callejero—. ¿No recuerdas—prosiguió—que no hace muchos días viniste á contarme que él te había defendido de la ira de Ricardito, cuando furioso contigo por haberle manchado su traje nuevo, quería estropearlo? Y ahora ¿qué es lo que has hecho tú? ¿dejar que le lastimaran y no le has defendido?...—¡Reprochable conducta! ¡Ah, muy mal hecho! ¡muy mal hecho! ¡eso me disgusta muchísimo!—continuaba el anciano reprendiendo á Luis.

—Yo no lo defendí, abuelito—exclama el niño—porque tenía miedo de que el otro que era más grande que yo, me lastimara también.

—Eso no se piensa—replicó el abuelo—cuando se presenta la ocasión de satisfacer la deuda que

uno contrae por una buena acción recibida. Escucha bien, te contaré una triste historia que deberás recordar siempre y que te enseñará que ni con la acción del tiempo, que tanto poder tiene para borrar ciertas cosas de la vida, deben los niños ni los hombres echar en olvido á quien le tendió noblemente la mano. Yo no conocí á mi madre, pues ella murió pocos momentos después de darme á luz, pero me consuela constantemente de tan hondo pesar, el recordar que á una noble acción de ella, debo la salvación de mi vida.

Oye: ¡Era una noche tempestuosa; soplaban un viento frío y huracanado; la lluvia golpeaba furiosamente sobre los cristales, y el trueno parecía con sus estruendos que amenazaba al mundo!

Mi padre no estaba en casa. Hacía solamente un año que había contraído matrimonio con mi madre, y en las noches—muy frecuentes—que por sus ocupaciones veíase obligado á faltar del hogar, ella quedaba completamente sola. Sucedió entonces que en tales circunstancias todo ruido la estremecía; no era de extrañar, por cuanto era aún una niña; apenas contaba diez y siete años, y su carácter no estaba todavía templado en las sobresalientes energías de la mujer que ha padecido y ha luchado.

Así, pues, en esa noche tormentosa no podía conciliar el sueño y decidió levantarse, pasando del dormitorio al estudio de mi padre que daba á la calle. Para vencer su tedio y tal vez su nerviosa angustia se puso á bordar.

De tal suerte estuvo largo rato, cuando de pronto parecióle que el eco de un quejido llegaba hasta su oído; se levantó temblorosa de su

asiento, y acercándose á la ventana escuchó con avidez. Al cabo de un momento, y no oyendo nada, trató de reaccionar de sus temores, exclamando:

—¡Bah! Estoy impresionada y todo me parece que gime. ¡Si me viera así mi marido se reiría de mí! Seguiré bordando.

Pero, en realidad no era ilusión de sus sentidos. El eco de un nuevo quejido llegó á ella y esta vez más penetrante.—¿Qué será?—pensó, y con recelosa curiosidad se acercó nuevamente á la ventana; ¡hé ahí que vuelve otro sollozo á repetir... Entonces ya no duda.—¡No! No es ilusión la mía! piensa—. Alguien se queja como implorando socorro. ¿Abriré la ventana?... ¿Qué hago?... . . .

Sin reflexionar más, descorre los pasadores con cautela, tratando de hacer el menor ruido posible.

Reinaba una obscuridad profunda, pero un relámpago iluminó en ese instante las tinieblas y descubrieron sus ojos un doloroso espectáculo.

En un terreno baldío que frente á la casa daba, yacía arrojada entre los yuyos y completamente azotada por la lluvia, una criatura, que al parecer, sólo contaba algunos meses de edad. Sintió un vuelco en el corazón y veloz como la luz que iluminara un momento antes, abre la puerta de la calle y no obstante lo avanzado de la hora y lo tempestuoso de la noche, desafiando la lluvia, atraviesa desesperadamente la calle. Recoge á la infeliz criaturita y la transporta, enajenada, en brazos hasta su lecho.

Es de imaginarse cuál sería el estado de aquel niño tan miserablemente abandonado á los furores de esa horrenda noche.





encontró consuelo por la muerte de su adorada compañera—sintiéndose próximo á morir, llamó una noche en su agonía á Gerardo (así bautizó mi madre al niño) y le reveló su historia, recomendándome al morir.

Tan grandes fueron para mí sus cuidados que llegué á olvidar los de mi padre.

Herederero de una buena fortuna, fruto del constante trabajo de mi honrado padre, quise emplear una parte de ella en algo provechoso, y en consecuencia, decidí viajar y conocer el mundo. Gerardo era mi compañero inseparable.

Después de haber recorrido casi toda Italia, nos hallábamos en Francia; pero, como en aquel entonces me sentía delicado de salud, el médico me hizo presente la conveniencia de guardar uno ó dos meses de reposo. Siguiendo sus prescripciones, nos instalamos en un departamento de uno de los más grandes hoteles de esa capital.

Cierta noche dormía profundamente —creo que un cañonazo no hubiera bastado á despertarme—cuando sentí que me agarraban fuertemente. Entredormido aún, créime presa de una pesadilla, cuando Gerardo, que éste era, apretándome contra su pecho y llevándome en brazos, fuera de sí gritaba:

¡No! ¡Tú no morirás! ¡He de salvarte!

En el primer momento creí que se hubiera vuelto loco; pero, dime cuenta de lo real del caso, cuando una oleada de negro humo me cegó los ojos al par que repercutían en mis oídos, angustiosos gritos de mil voces que imploraban socorro.

¡El pánico era horrible! Entregados todos los huéspedes al sueño, habían sido sorprendidos

por un violento incendio. Los que con más facilidad pudieron salvarse fueron los del primer piso; pero los de los altos, perecieron en su mayor parte; las paredes se desplomaban, los techos se hundían, todo ardía como un infierno. Cómo fué, no sé, que Gerardo—mi salvador—atravesando por todo, me transportó ileso á una casa del barrio. Pero, ¡oh injusta suerte! al correr en mi busca, hábale partido el cráneo una barra de hierro al caer, y unos momentos después de haberme salvado, besando con el soplo de sus últimos alientos el retrato de mi madre que llevaba pendiente al cuello, díjome con apagada voz:

—¡Ella me salvó del abandono!... ¡Yo te salvo del fuego! ¡Gracias á Dios que he podido pagar tan inmensa deuda!—y expiró.

## La perrada y la perrera

---

Los dramas callejeros dejan siempre en el ánimo de los espectadores la impresión de lo inesperado y emocionante.

Los que se desarrollan en los escenarios teatrales los seguimos como á través de una óptica ilusionante, pareciéndonos como que nos dijeran: «esto pasó poco más ó menos como aquí se representa; no hay por qué llorar, estremecerse ó asustarse, pues todo esto no es más que la reconstrucción más ó menos fiel de algo verdadero ó humanamente verosímil.»

En el escenario de la vida real sucede lo contrario.

Allí no se reconstruyen las escenas sino que se engendran; no se prepara á los actores sino que ellos surgen; no se atrae al espectador por medio de la *reclame* vivamente voceada, sino que, por el contrario, éste se encuentra ante el espectáculo, inesperada y accidentalmente.

Por desgracia, en la vía pública de esta ciudad, como en la de todas las grandes capitales, esos espectáculos reales y emocionantes se suceden con demasiada frecuencia.

No es necesario concurrir á los teatros para presenciar las escenas cómicas ó dramáticas que á

cada paso la humanidad nos ofrece; á raíz de cualquier insignificancia surge de improviso toda una tragedia. Un transeunte sigue tranquilamente su camino, cuando se encuentra inopinadamente entre un tumulto de gritos y gesticulaciones.

No hay más que alargar el cuello ó aguzar el oído para darse cuenta de que tiene ante sí un episodio más ó menos pasional, ridículo ó espeluznante de la interminable comedia humana.

Dicen que interrogado Paul de Kock acerca de cómo escribía sus novelas tan vívidas, tan reales, tan «fotográficas», contestó:

—«Asomándome á mi balcón».

Esta difícil facilidad—que es privilegio del genio—¿será, tal vez, lo que ha inducido á nuestros jóvenes literatos, aun á los que escriben «vergüenza» con «b» larga, á dedicarse á la más complicada de las artes?

Con tantos argumentos como nos regala la vida exterior, ¿quién no encuentra base para hacer un drama?

Días pasados me decía una persona:

—Hé aquí un buen motivo para una obra teatral.

—¿Cuál?— le respondí.

—Eso: la perrera.

No tuve tiempo ni ocasión de reírme de la ocurrencia de mi interlocutor. La perrera estaba ahí con su doliente carga.

Un tumulto de gente excitada y bulliciosa se había originado de repente. En los balcones y ventanas, como también en las puertas y hasta creo que en las azoteas (invadiendo el tradicional derecho de los gatos), se veían asomadas con aire de ávi-

da curiosidad, todas las vecinas del barrio, que habían sido atraídas por la gritería.

Ni más ni menos que la célebre «baruffa» de los *Maestros Cantores*.

Toques prolongados de auxilio se oían repetidamente.

En medio de aquel tumulto estaba detenida la perrera en la que se veían por parte baja quince ó veinte perros de todos tamaños y de variadas clases y colores, cuyos aullidos y afanosos ladridos se confundían con el vocerío de una turba de chicuelos que gritaban frenéticamente:

—¡Abajo la perrera! ¡muera la perrera!

Un enorme y hermoso perro—al parecer de raza danesa—daba vueltas desesperadas, jadeante y con la lengua afuera, al rededor de la fatídica jaula, mientras lo corría con el lazo armado y amenazante un empleado de ésta. Entretanto, la dueña del perro—que parecía ser una de esas guapas criollas de legítima cepa, de las que se van extinguiendo en esta nuestra tierra de todo el mundo—habíase trezado con el otro empleado en una tremenda lucha sazónada con morrocotudos trompicones en medio de los que, con voz anhelante y fatigosa le decía:

—¡Tomá perro! ¡tomá perro!

La muchedumbre—ávida siempre de esa clase de sensaciones—contribuía con sus aplausos á enardecer más el ánimo de la fortachona criolla en su lucha con el empleado municipal, que por cierto, no llevaba la parte más airosa en aquella contienda desesperada.

Esto ocurría frente á un taller de planchado; entre la aglomeración aquella se veía á las ofi-

cialas, que trataban angustiosamente de contener al hijo de la «criolla», un muchachón forzado (herencia de madre) y de fisonomía feroz, el cual apareciendo repentinamente con un garrote formidable de tala, pretendía dar al empleado una solfa por todo lo alto, como ñapa de los moquetes de su mamá. Un agente de policía y tras éste otro, llegando—no tan pronto como hubiera deseado el «aporreado»—pusieron fin á aquella escena ya sangrienta, pues la «criolla» había desollado—literalmente—con las uñas el rostro del «mataperros», como le gritaban actores y espectadores, al fiel ejecutor de los perseguidos canes por orden de la autoridad edilicia.

\*  
\* \*

La opinión de la gente con respecto á la «perrera» está dividida como bandos políticos, de los que verdaderamente «actúan» y no «predican».

Por un lado es acatada como plausible y evidentemente necesaria esa medida, que evita ó por lo menos aminora la propagación de los quistes hidatídicos, mortales casi siempre y cuyo desarrollo parece que va tomando cada vez mayor incremento entre nosotros, debido—según afirma la ciencia—á la gran abundancia de perros que pululan en esta ciudad y los cuales—como es sabido—absorben los embriones de la tenia que excretan después en cualquier parte.

No sólo de tan peligrosa enfermedad nos libra el exterminio de los «pichichos» sino también de otras tan temibles, como la rabia (á mi entender, la más grave) y luego la sarna y demás enfermedades de la piel; la tisis, el cáncer, y otras

lindezas análogas—en su carácter espeluznante—que proporcionan los perros enfermos, vagabundos y mal alimentados.

Por supuesto que á muchas de estas lindezas, hay que desterrarlas del núcleo de las enfermedades de moda, que—como la célebre apendicitis—hoy ya van cayendo en el desuso de las cosas vulgares, y que mañana caerán en el olvido.

En las ciudades asiáticas, por ejemplo, en que los perros vagan por las calles en número mayor que el de sus habitantes, se producen á cada momento casos en que los canes hidrófobos atacan á éstos, transmitiéndoles una de las más terribles enfermedades, que allí termina irremisiblemente, con una de las muertes más espantosas. Los institutos antirrábicos son desconocidos y la indolencia y hasta el fanatismo de los orientales coadyuvan á ese desastroso fin.

\*  
\* \* .

Además del gran peligro que los perros ordinarios, sucios y abandonados constituyen, su desarrollo resulta antiestético en todo pueblo embelecido por el arte moderno.

Esa vagancia de perros por las calles del municipio, incomodando á los transeuntes con sus ladridos, escarbando con las patas y el hocico los cajones de basura para satisfacer sus apetitos, frecuentando en continuo merodeo los mercados en busca de algún hueso desperdiciado ó generosamente arrojado por los carniceros, echándose á dormir en las aceras ó umbrales de las puertas de calle, introduciéndose de pronto en cualquier casa pobre ó rica como implorando alimen-



to ó protección, y tantos otros diversos espectáculos por el estilo, no pueden ser más antagónicos á la civilización ó cultura de un pueblo.

Empero, por otro lado, no deja de ser una nota sentimental y fúnebre la que ofrece á su paso sensacional la pavorosa «perrera».

Muchas veces, al ver conducir al sacrificio á esos infelices irracionales, ha nacido en mi imaginación (como lo habrán experimentado muchos) una palpitante analogía con la infame carreta de la revolución francesa llevando al patíbulo á los aristócratas, al grito del «Ça ira» del populacho, y correlacionando ideas he pensado en esos seres inferiores pero afectivos para el hombre, sacrificados por el egoísmo de la propia conservación y me he dicho: ¡cuántas vidas entregadas á la muerte! ¡cuánta desinteresada dedicación! ¡cuántas caricias! ¡cuánta fidelidad pagada con ese ignominioso y cruel martirio!

Personas pobres, que escasamente reúnen los medios necesarios para la subsistencia, que quizá se han privado de un pedazo de carne por alimentar á ese animal—su paciente compañero de miseria—en el que ponían seguramente sus más acendrados afectos, que hasta tal vez lo habían amamantado como á un hijo, que lo habían visto crecer en todas sus revelaciones de gracia, de reconocimiento y de cariño; que se habían acostumbrado á considerar en su íntima y cotidiana convivencia del hogar, como un activo y celoso guardián de su persona y de sus bienes, han sufrido á veces el martirio de encontrarse imposibilitadas para satisfacer la patente que asegura la existencia de ese sér fiel, agradecido, expresiva-

mente cariñoso y al cual se refiere la pluma de Bocaccio al decir: «Unico y verdadero amigo en quien puede fiarse el hombre», que corre á su encuentro, que le recibe al verlo con marcadas manifestaciones de regocijo y desinteresada ternura y que le es de pronto arrebatado para no verlo más, conducido á la muerte por la «perrera asesina» como la llama el pueblo. Esa persona no puede comprender ni aceptar las razones científicas de ese exterminio ciego y despiadado.

\*  
\* \*

El perro es, además, uno de los animales que más consideraciones nos merece, dada su reconocida superioridad de inteligencia con respecto á los demás animales, pues, dígaselo que se quiera, ningún otro animal inferior revela en todos sus actos tanta inteligencia, una razón tan consciente de sus hechos, una memoria tan privilegiada, una voluntad tan decidida y valerosa. Porque el perro es salvador—que lo digan los de «San Bernardo» y los «Terranovas» que en tantos casos han librado de la muerte en las aguas, el fuego y otros peligros, no sólo á sus amos, sino á personas que les eran completamente desconocidas—. Porque el perro es peón ganadero—que hablen los señores estancieros que tienen á su servicio como ovejeros, rondadores y centinelas de las casas de campo á perros más inteligentes, activos, sabios y diligentes que la caterva de peones haraganes y mal mandados que hacen la mitad de su servicio á regañadientes.

Porque el perro es cazador--que lo digan los devotos de San Huberto, si conocen un sér con

más instinto, con más fineza de olfato, con más actividad nerviosa é incansable ahinco.

Porque el perro es también pesquisante—que lo digan las estadísticas criminales de algunos países, en que se le ha empleado con asombroso éxito en los más misteriosos y difíciles casos.

Porque el perro es hasta poeta en el dolor y en el martirio—que lo diga aquel célebre cuzco de la Recoleta, que muerto su amo, le acompañó hasta su sepulcro, sobre cuya losa se echó para no apartarse de ella un momento en todo lo que le quedó de vida.

\*  
\* \*

El doctor Davel, en un artículo que ha publicado uno de nuestros diarios de la mañana, levanta su voz autorizada, pidiendo—por razones profilácticas y de higiene—la inmediata Saint-Barthelemy de los perros.

El doctor, llama «sensiblerías» á todas estas razones sentimentales y de afecto que ligan al hombre con uno de sus más solícitos y dedicados compañeros de inferior especie.

Pero, es que razonando así, sensiblería es todo cariño, aun aquel que profesamos á las cosas inanimadas, aquellas que no nos adivinan con los ojos, ni nos hablan con la actitud, ni nos avisan del peligro que nos acecha, ni nos rodean de expresiva solicitud, ni nos toleran nuestras iras, ni nos perdonan y ni aun nos agradecen los malos tratos á trueque de una mirada, de una caricia!...

Al hablar de la vaca y del caballo, dice que son «más útiles» que el perro.

Aquí podría aplicarse el distingo escolástico

tan usado por el célebre don Hermógenes, de Moratín: «más útiles», «per se», y respectivamente hablando, porque lo que hace una vaca ó un caballo no lo hace un perro; pero, aquellos excelentes animales, tampoco se animarán á hacer las proezas de un «terranova», de un «pointier», de un «fox-terrier» ó, simplemente, de un plebeyo «caniche».

¡Más útil!... Es lo mismo que decir que una cacerola es más útil que un violín... Claro que es más útil, cuando se trata de hacer un guiso, pero no cuando llega el caso de interpretar á Paderewsky ó á Vieuxtemps.

Además, hay que tener presente lo siguiente: el perro nace civilizado, compartiendo con el hombre sus costumbres y modalidades; al caballo y á la vaca hay que amansarlos: hay «que hacerlos cristianos». Peligros para la salud, también comportan y no pocos, las vacas y los caballos, y sino, que hablen los señores veterinarios en su lucha afanosa con la tuberculosis, el carbunco, la fiebre aftosa y tantas otras lindezas tan comunes en la raza bovina, y aún no del todo ausentes en la equina.

Y, sin embargo, hay que precaverse, necesariamente, contra los terribles morbos que se desarrollan entre los perros.

¿De qué manera?

¿No hay más medio para evitar esta desagradable y amenazante invasión que el de la «perrera», paseada ostentosamente por nuestras calles de más lujo, con el siempre triste espectáculo de esos infelices amigos del hombre condenados á muerte, sin juicio ni defensa?



## Las joyas de Cornelia

¿Qué cosa hay mejor que los niños? ¿Dónde hay nada que inspire tanta ternura, tanta delicadeza de sentimientos? ¿Dónde un adorno más bello y que siente mejor á la madre, á la familia?

Así vemos que en los hogares donde vibra la dulce voz de ellos, se siente la alegría, se siente el amor. Hasta sus mismos llantos son una nota de animación y vida en el hogar. En aquellos donde faltan, reina una constante monotonía; la tristeza de lo estéril.

Cuando esos dulces querubines de cabecitas rubias, de ojitos sonrientes, de boquitas de cereza, con rizos suaves y flotantes, que corren de aquí para allá, que cantan, que disputan, que ríen, que lloran, que saltan como cabritas sin descansar un momento, faltan, falta todo.

Ellos son las verdaderas flores, los verdaderos frutos de la naturaleza humana; frutos regeneradores, redentores y dignificantes.

Su sola presencia basta, generalmente, para normalizar los desequilibrios del hogar. Así, se han visto muchos de éstos, en que la discordia, la desconfianza, hasta la falta total de afecto, habían echado sus raíces envenenadas, purificarse de pronto ante la dulce aparición de un niño, levantarse, brillar, alegrarse, ennoblecerse!

La belleza del niño se derrama como en una onda sagrada, por todo lo que es poesía, arte, religión.

Los altares se dignifican tiernamente, atemperando las siniestras figuras del martirio, con las tiernas y sonrientes personificaciones del niño Jesús.

Los poemas modulan su nota suave, fresca, primaveral, en la visión inocente y cándida del niño que atraviesa como un pájaro por entre un bosque de cipreses, por entre las adusticidades, tétricas del drama.

Por todas partes el niño, que es á la vez una ofrenda, un holocausto, una súplica, una riente al par que sollozante prenda de dicha, de arrepentimiento y de perdón; porque todo se refunde en esa pequeña existencia, y todo se redime y cicatriza en ella; dolores, faltas del pasado, angustias del presente, desconfianzas del porvenir.

Ellos llaman la atención sobre todas las cosas; cuando por la calle vemos á una nodriza que carga un hermoso niño, sentimos una atracción que nos seduce hasta el punto de acercarnos, hablarle, acariciarle y besarle.

¿De quién es? interrogamos. ¿Quién es la madre de este lindo niño?...

¿Dónde hay joyas, dónde hay ornamentos, dónde hay nada que pueda comparárseles?

¡Con cuánta sentida sabiduría Cornelia—aquella noble mujer, hija de Escipión y madre de los Gracos—contestóle á la orgullosa patricia de la Campaña ante su asombro de ver que una mujer tan soberbiamente hermosa como ella no se cubriera de joyas:

—Mis joyas son éstas—dijo, en un arranque señorial de orgullo maternal—empujando hacia ella á sus dos pequeños hijos con cuya sagrada belleza infantil se cubrió como con una púrpura regia.

---





## Una visita á la Fragata «Presidente Sarmiento» al regreso de su décimo viaje de instrucción

---

*(El Comandante Fliess: la oficialidad y sus gratas impresiones  
del viaje.—Breve reseña del mismo.)*

¿Quién no conoce, entre nosotros, á la gallarda y hermosa nave que acaba de regresar á la patria bien amada, después de su décimo viaje de instrucción?

¡Viaje feliz, inolvidable! Viaje que ha dejado en el alma de los simpáticos marinos que lo han realizado, algo como el dulce bienestar de un ensueño, como la caricia de una ilusión concebida. . .

Há poco—con la ansiedad del que cree haber tardado demasiado—me encaminé hacia el dique de carena en la Dársena Norte, donde se encontraba en refacción nuestra fragata.

Al acercarse el coche junto al Hotel de Inmigrantes, en medio de las ávidas miradas de éstos—que llenaban en numerosos y animados grupos la ancha calle—y pretender entrar en dirección á la dársena por la larga callejuela que da acceso á la Escuela de Mecánicos allí instalada, un marinero que hace guardia le cortó el paso con un ademán imperativo; pero, al significarle nuestro deseo de llegar hasta la «Fragata Sarmiento», como impedido por un resorte hizo la venia y con patriótico

orgullo autorizó la marcha como si á su solo nombre rindiera un homenaje.

Al doblar la callejuela ya advierto la elegante fragata, que diviso blanca y majestuosa.

Una conmoción singular me embarga al llegar á ella y pisar sobre cubierta.

Un oficial sale al punto á recibirme con la más cordial alegría.

Los marinos son, por lo general, francos, gentiles, espóntaneos. Características que nunca les abandonan, y que pareciera que la influencia de las brisas marinas mantuviera siempre frescas é inalterables en su manera de ser. Y, cuando la espontaneidad y la franqueza por un lado, se encuentran con la curiosidad y la ansiedad por otro, muy pronto se inicia el unísono acorde de esa delicada atracción que establece entre dos ó más seres una confidencial, llana y sincera amistad.

Extensísima sería la narración completa de este halagüeño décimo viaje que la «Fragata Sarmiento» acaba de realizar al comando del capitán de fragata Enrique Fliess, en las postrimerías del ministerio del contraalmirante Onofre Betbeder, y la iniciación del actual ministro, Excmo. señor contraalmirante Juan Pablo Sáenz Valiente, pero, no siendo mi intento hacer gala de su importancia y trascendencia, sino someramente daros una breve reseña del mismo, aprovecharé algunas de las interesantes narraciones, abundantes é instructivas que me hiciera, en medio de amabilidades, el comandante Fliess, y parte de la oficialidad.

Indudablemente—como decía recién—este viaje constituirá un recuerdo imperecedero para la tripulación de la «Fragata Sarmiento», como así

también uno de los exponentes más relevantes en la larga estadística de los viajes realizados por nuestra armada nacional.

Aparte del prestigio personal que de por sí emana de la distinguida oficialidad que lo ha efectuado, y rebuscando la verdadera causa, podría deducirse que en este felicísimo viaje, nuestra fragata ha ido á través de los mares y los pueblos, recogiendo triunfalmente los frutos de nuestro fecundante engrandecimiento, tan fastuosamente exteriorizado ante todo el mundo, por la conmemoración del grandioso primer Centenario de la Independencia Argentina, lleno de magnificencia.

Por todas partes, y desde que con la infinita melancolía del que va dando un ¡adiós! á todo lo que caramente ama, quizá por mucho tiempo, y á veces ¡quién sabe si no para siempre!, levantan anclas y se alejaran de nuestras playas hacia otros mundos, los marinos argentinos han sido objeto de desbordantes manifestaciones al imponente paso de la «Sarmiento», cuya proa, parecía en todo momento cortar las aguas con sin igual propopeya, como orgullosa de su procedencia.

Conocida es la brillantez con que ellos han actuado ya en México, donde se celebraba el centenario de su emancipación política, y donde la oficialidad argentina por su bizarría, podría decirse que ha sido blasón de su patria; ya en Wáshington, donde fueron objeto de una deferencia cuya memoria se perpetuará, por constituir algo así como un acontecimiento de gran significación para los anales de nuestra historia, pues el Presidente Taft—de los Estados Unidos—honró

á la Armada Argentina con su visita á bordo de la Fragata «Sarmiento», el día 26 de octubre de 1910.

Esta visita de aquel ilustre primer mandatario, fué—bajo todos conceptos—una excepción, por cierto muy lisonjera para la República Argentina, por ser la primera vez que un Presidente de los Estados Unidos ha visitado un buque de guerra extranjero, habiendo además—para mayor gloria nuestra—antecedentes de haberse excusado otros presidentes á hacerlo.

El comandante Fliess, en una de sus correspondencias—nos expresaba, henchido de satisfacción, el vehemente deseo, que—á juzgar por los hechos evidenciados—se translucía en todas partes, de entablar relaciones con nuestro país.

Hagamos, pues, un resumen del viaje de la Fragata «Sarmiento»:

Saliendo de Buenos Aires el 17 de julio de 1910 á las 2 de la tarde, el primer puerto que visitó fué la posesión inglesa de Trinidad; después Colón, el Canal y la capital de Panamá, Cienfuegos, Veracruz, México, Filadelfia, Nueva York, Boston, Wáshington, Norfolk, Pórtsmouth, Nantes, Lisboa y Cádiz.

Desde este puerto—en vez de arribar á Dakar, como figuraba en el itinerario—zarpó para San Vicente de Cabo Verde, Punta Arenas y Ushuaia. Después recorrió todos los puertos de los canales fueguinos, Estrecho de Magallanes y Costa Sur, levando anclas para La Plata y llegando á Buenos Aires el 17 de marzo de 1911.

En Estados Unidos, la oficialidad y aspirantes de la «Sarmiento», visitaron detenidamente los

dos astilleros que construyen los grandes acorazados para la República Argentina, como también las usinas de Bethelhem donde se hacen las corazas para estos buques, la artillería y los exploradores-torpederos.

En Inglaterra y Francia, visitaron igualmente los exploradores en construcción en las casas *Cammell Laird y Brosse y Fouché*.

La Fragata «Sarmiento», siguió navegando con buena suerte hasta Norte América, pero habiendo zarpado para Norfolk el 30 de octubre á tomar carbón para dirigirse á Inglaterra, se desencadenó un temporal violento que duró tres días, causando averías en una vela.

Felizmente, sucediéronse más tarde días de espléndido sol y de vientos bonancibles.

A pesar de lo atrayente é interesante que es Norte América, la estadía de los marinos argentinos hacíase allí un poco extraña, debido á la gran diferencia que existe entre el carácter de aquel pueblo y el nuestro, por lo cual anhelaban, en consecuencia, llegar á Europa, muy especialmente á Francia y España; empero, al llegar á Nantes en vez del puerto francés de Brest, como se pensaba, recibieron órdenes superiores de desistir de los viajes proyectados á París y Madrid como marcaba la ruta á seguirse.

Está de más decir que en Nantes se obsequió á la oficialidad argentina con todo el esplendor que ella se merece, y en los discursos pronunciados por ambas partes, púsose una vez más de manifiesto la profunda simpatía que une á la gloriosa patria de Napoleón y á la nuestra.

Procedente de ese puerto arribó la Fragata

«Sarmiento» á Lisboa, el 13 de diciembre por la noche, á pesar de no figurar este puerto en la lista de los del viaje, á fin de saludar en nombre del Gobierno Argentino á la nueva República.

La travesía desde Nantes á Lisboa fué terrible y tristísima: la navegación no podía ser sino de dos ó tres millas por hora, debido á la gran fuerza del mar y de los vientos contrarios. Hubo singladura en que sólo se recorrieron de 35 á 40 millas. Afortunadamente, al llegar al cabo Finisterre el tiempo despejó, y la majestuosa nave volvió á emprender su destino con toda felicidad.

\*  
\* \*

La recepción de que—en el día 14 del mismo mes—fueron objeto nuestros marinos, alcanzó solemnes y exorbitantes proporciones.

Tuvo lugar en el Ministerio de Relaciones Exteriores, y asistieron á ella, el comandante Enrique Fliess, los jefes, oficiales y aspirantes, el Presidente de la República, los ministros, y el señor Sagastume, actual ministro de la Argentina ante Portugal.

Por la noche, actuando en el teatro de San Carlos una compañía de ópera, cantóse en función de gala—en honor á ellos—la inmortal *Carmen*.

Aquella elegantísima sala parecía haber congregado todo el esplendor y toda la magnificencia de Portugal.

Concurrió el Gobierno Lusitano, los embajadores, grandes dignatarios, y todo cuanto de mayor significación tiene aquel pueblo; la orquesta

que armonizaba el acto ejecutó con toda maestría los himnos de ambos países.

A las 3 de la madrugada del día 18 de diciembre, fondeaba en el puerto de Cádiz la Fragata «Sarmiento», donde igualmente se le tributaron los más espléndidos honores, permaneciendo allí tres días, saliendo luego directamente para San Vicente de Cabo Verde, y desde allí con rumbo á Punta Arenas (Chile).

\*  
\* \*

Interesante—desde todo punto de vista—sería hacer una lista completa de los discursos y los brindis pronunciados durante las brillantes recepciones y demás fiestas habidas en honor de nuestros marinos, por constituir algunos de ellos verdaderas piezas oratorias, llenas de elegante forma, de bellísimos conceptos, de orgullo patrio, y de reminiscencias históricas, cuyos gloriosos méritos y proezas, oportunamente recordados en medio á aquel ambiente de solemnidad, causaba una profunda y sin par emoción de cariño y de respeto, que contribuía á estrechar más efusivamente los vínculos de amistad entre ambos países.

Pero, como eso es cosa larga, limítome solamente á transcribir tres de ellos; un brindis sencillo pero lleno de elocuencia del comandante Enrique Fliess, en contestación al excelentísimo señor general Santaló, en Cádiz.

Otro del comandante del *Numancia*, coronel Manuel Roldán, y, por último, el que entrañó un acto profundamente simpático, emocionando á todo el auditorio, del capellán de la Fragata «Sarmiento»,



presbítero Enrique Potestá, que levantó su voz autorizada en las siguientes expresiones:

Excelentísimo señor comandante general:—  
«Dicen que ante los maestros, los discípulos deben callar; de manera que después de los magistrales conceptos vertidos por cuantos han hablado, mi deber sería guardar silencio; mas, ya que V. E. me ha pedido que hable, quiero complacerlo.

»Los sentimientos de la Argentina los ha expuesto en elegantes frases mi comandante y ellos son los de todos los hijos de mi país que conserva verdadero cariño á la madre patria, con cuyas glorias nos complacemos y deseamos volver á ver reverdecer aquellas épocas viriles de sus intrépidos hijos, que con su bravura supieron contener las huestes musulmanas, evitando se extendiesen por el continente europeo.

»Deseamos volverla á ver—pujante y poderosa—como en aquellos tiempos en que la Media Luna fué vencida desde las alturas de Covadonga, por un puñado de valientes, que conquistó el terreno invadido, con la sangre de sus venas.

»Las glorias de España, son las glorias de la Argentina, y siempre ha conmovido á los argentinos con sus proezas.

»El corazón argentino late á impulsos de los sentimientos del corazón español.

»¿Cómo olvidar, pues, á esta nación española cuna de los hijos valerosos de Pelayo y Recaredo?

»Brindo por que se robustezcan los lazos de unión de España y la Argentina; por que se engrandezca España y por la rememoración de sus pasadas glorias: ¡Viva España! ¡Viva el Rey!

*Del comandante Fliess*

«Señores: Las gentiles palabras pronunciadas después de las dichas por el digno señor almirante, me obligan á pronunciar algunas palabras más.

»La Divina Providencia ha sido generosa para con mi tierra; pues, no sólo por su sol, por su suelo, por su aire, por sus aguas, que son iguales á las de España, sino porque fueron marinos españoles los que descubrieron aquellas tierras de América, españoles los que le dieron el idioma y la civilización de la madre patria; porque españolas fueron nuestras madres que dejaron á la mujer argentina la hermosa herencia de sus bondades, de su belleza y de sus virtudes; y por haber permitido que nuestro país se desarrollase bajo la tutela de un monarca español.

»Los Argentinos somos orgullosos de ser latinos, pero más lo somos por ser latinos españoles.»

«Yo invito, á todos los señores oficiales y aspirantes á dar un viva que condense nuestros sentimientos; á vivir conmigo por la familia Real Española, por España y por la Infanta Isabel.»

*Del comandante del Numancia, don Manuel Roldán*

«Momentos solemnes son estos para mí, abrumado por la falta de hábito para hablar en público, y mucho más—como en la ocasión presente—ante las autoridades y marinos argentinos, que con su presencia honran el buque de mi mando.

»Pero, tengo que vencer el temor que experimento y molestar la atención de tan brillante auditorio, porque creo no podía dejar de hablar,

á pesar de mi torpe y premiosa palabra, al honrar mi barco la presencia del distinguido comandante y oficialidad de la «Sarmiento»; deber que si en otros no es ineludible, sí lo es en el comandante de todo buque que, por razón de su cargo, es responsable de cuanto en él ocurre.

»Momentos son estos solemnes y de satisfacción para mí y para la dotación del «Numancia» que se honra y enorgullece de tener como huéspedes, siquiera sea por breves horas, á la brillante oficialidad del buque-escuela «Presidente Sarmiento».

»Ocasión es esta que aprovecho para—en nombre de los jefes y oficiales de este buque—saludar á todos sus colegas los argentinos, estrechando la mano del señor comandante de la «Sarmiento».

«Y termino, señores, con un ¡Viva la Argentina! ¡Viva España!»

\*  
\* \*

Como se ve, no ha carecido la vibrante voz de patriotismo, hasta en los más pequeños brindis, y un entusiasmo absoluto ha caracterizado en todas sus formas las cordiales y estruendosas manifestaciones tributadas á nuestros marinos.

\*  
\* \*

No podría de ninguna manera á—no ser incurriendo en una ingratitud, que sea cual fuere la circunstancia que la motiva, es hondamente lamentable (máxime en mí que soy una agradecida exagerada...) —dejar de hacer en esta crónica un merecido elogio del señor coman-

dante Fliess, como, asimismo, de toda la oficialidad que le acompañaba, por la dignísima actitud desplegada en todo momento, durante este viaje por tierras ajenas, y habiendo adquirido algunos detalles biográficos—diré así—de los mismos, me congratulo en darlos hoy á la publicidad.

El comandante Enrique Fliess, asumió el comando de la Fragata «Sarmiento» el día 1.º de julio de 1910.

Su actuación en la marina es conocida por todos y descollante.

Durante el ministerio del señor Onofre Betbeder, fué su ayudante, y secretario de la comisión de armamentos.

Entre los buques que ha mandado, figura el «Patagonia», en viaje al cabo de Hornos; desempeñó el cargo de agregado naval durante dos años en Alemania; fué jefe de los trabajos hidrográficos de la vía del Deseado, la primera colonia española en la Patagonia, donde aún existen ruinas de la dominación.

A las fiestas del centenario de México fué como enviado especial.

Posee diez condecoraciones: del Japón, Alemania, Francia, Inglaterra, Austria, Chile, España y otras naciones.

Posee también diversos idiomas, y, en suma, goza de verdadera estimación entre todos los que le conocen y de gran reputación en la marina argentina, ya por su significación moral como por su prestigio personal.

Su trato es afable y gentilísimo.

Hace diez años—siendo teniente de fragata—hizo otro viaje á bordo de la «Sarmiento».

Fliess sólo cuenta 36 años de edad. Es oriundo de Río Cuarto (provincia de Córdoba).

El segundo comandante don Julio Mendeville, realizó este viaje por segunda vez en la Fragata «Sarmiento.»

Es también un jefe distinguido y apreciado por sus relevantes condiciones. Fué oficial de estado mayor en las divisiones armadas, y ocupó cargos en la comisión de límites con Chile; fué, además, jefe de sección en la Dirección de Armas, y desempeñó otras tantas comisiones importantes con verdadero acierto. Excuso decir que la oficialidad, en general, ha sido de lo más selecto con que cuenta nuestra marina. La componían los siguientes oficiales:

Tenientes de Fragata: Teodoro Gaillet Bois, Juan Ezquerro, Juan M. Gómez, Américo Fincati, Adolfo Garnaut.

Alféreces de Navío: Apolinario Passalacqua, Martín Arana, Ismael Zurueta, Juan A. Pastor.

Cirujano de 1.<sup>a</sup>, doctor Antenor López; ingenieros maquinistas: de 1.<sup>a</sup>, Juan B. Castellano; de 2.<sup>a</sup>, José M. González; de 3.<sup>a</sup>, Carlos Galvalisi y Juan Verdier.

Contador de 1.<sup>a</sup>, Luis Dubux.

Capellán, presbítero Enrique Potestá.

Profesor de esgrima, Luis Centenari.

Profesor de inglés, Fitzferal.

Profesor de fotografía, Cándido Calcagno.

23 aspirantes en viaje de instrucción y 250 hombres de tripulación.

Los aspirantes á guardiamarinas embarcados eran: Héctor Vernengo, Ceferino Pouchan, Eduardo Jofré, Erasmo Macchi, Rafael Miranda,

Miguel Ferreyra, Alfredo Tecera, Manuel Moranchel, Marcos Zas, Pastor Tapia, Andrés Chelles, Juan Colmegna, Raúl Quiroga, Enrique García, Marcos Sasón, Enrique Naveira, Juan Chihigareu, Alfredo Ordóñez, Enrique Carranza, Gregorio Báez y Roberto Chevalier.

Hablando con todos ellos no se le oye sino frases de inmensa gratitud y de cariño. Algunos llegaron hasta olvidar en ciertos momentos su lejana tierra, pues la profunda y persistente nostalgia de lo que se ha dejado para tan largo tiempo, suele á veces languidecer en el alma del viajero, suplantada su vehemencia por la que emana de nuevas y lisonjeras inspiraciones. Y, el recuerdo—dicen—que en la memoria sobrevivirá siempre fresco y como un embeleso irresistible, será el mejor determinante que derrame sus estímulos en medio de la significativa y á veces tan penosa carrera que han abrazado, llenos de fe, esperanza y patriotismo.

---



## Los días santos

---

**La Semana Santa.**—Su simbolismo día por día.—Recuerdos de la tradición histórica religiosa.—El arte y la religión.—Música sagrada.—Grandeza y decadencia de las fiestas conmemorativas de la Pasión.—Magnificencia de la fe en los tiempos antiguos.—Mecanismo actual de la religión.

No todos—á pesar de su inclinación religiosa—han tenido ocasión de conocer en su original grandeza el desarrollo de las funciones de la Semana Santa, como así también la tradición histórica religiosa de las mismas, y, dado el interés que en toda época ellas despiertan, he recopilado numerosos datos, extractándolos, muy principalmente, de una importante correspondencia europea.

Las funciones de la Semana Santa, no son ya hoy en la Iglesia tan solemnes como en el pasado. Empero, todavía revisten un carácter interesante, y en Roma—más que en ninguna parte—ellas se desarrollan con ceremonias, largas y minuciosas.

El espectáculo que ofrece la Basílica de San Pedro, en cada una de estas jornadas, y en la de Pascua, sobre todo, es indescriptible.

El miércoles santo es consagrado por la Iglesia á los «Maitines dé las tinieblas»: son oficios de culto, son representaciones de la muerte de Jesús y no tienen himnos ni bendiciones. Los «Maitines de las tinieblas», se reducen á una sim-



ple plegaria á Dios para que quiera conceder gracias al mundo pecador. Esto tiene su origen en que los cristianos de la Iglesia naciente—en la época de las persecuciones y de los martirios—lo cantaban en aquellos tiempos primitivos, cuando aún las tinieblas no se habían extinguido en el horizonte.

Se necesita todo un ceremonial para estos maitines. Las velas que arden son de cera amarilla: seis sobre el altar, quince en el candelabro en forma de triángulo, llamado por los antiguos *raetta, herchia ó herpica*. Al fin de cada salmo se apaga una. Es la manera simbólica de recordar la sucesiva ausencia de los apóstoles, del espíritu fuerte, pero de la carne débil, en torno de Jesucristo cuando oraba en el templo. Como ellos fueron presas del sueño y permanecieron inertes en torno al Maestro, así las sagradas velas se apagan y quedan frías en torno al altar. Cuando todas se han apagado, el recuerdo se lleva á las tinieblas que se hicieron, casi por encanto sobre el mundo á la muerte del Redentor. Ninguno ya cree en su resurrección, exclusive la Virgen María, y de esta fe desolada y celosa, es intérprete una sola vela que la Iglesia mantiene encendida: ésa es escondida por un clérigo detrás del altar.

Los maitines son intermitentemente interrumpidos por el canto flébil y dulce de la lamentación de Jeremías, que los hebreos llamaron «Rinnhol.»

Tal ceremonial es antiquísimo. Ya en 1518, como lo atestigua el de Grassi, se desarrollaba en la Capilla Sixtina, en presencia del Papa León X.

La primera lamentación, según él, fué cantada por los españoles «lamentabiliter», la segunda por los franceses «docte», la tercera por los italianos «dulciter».

A fines del 1500, fueron célebres las lamentaciones musicales de Tiburcio Massaini, padre agustino, director y maestro de capilla en la iglesia del Pópulo.

Después vino Palestrina, que renovando las leyes del canto sacro, eclipsó á sus predecesores.

En fin, en 1630, Allegri dió el canto figurado en cuatro voces, pero siempre vivo y conmovedor.

A las lamentaciones sigue el «Miserere».

Relatar la historia de la música de este salmo sería empresa demasiado ardua.

Ciertamente, la obra de arte del «Miserere» se debe á Palestrina; pero, como para ejecutarlo bien se necesita unir, acordar, fundir en una—por decirlo así—un número grande de voces, todas perfectas, se resolvió, por fin, hacer prevalecer el de Allegri, Bai y Biani que todavía están en boga. Gregorio Allegri, sacerdote romano, escribió su «Miserere», á principios del 1600, al estilo del de Palestrina, á dos coros, uno de cuatro y el otro de cinco voces, siempre alternadõs hasta el último versículo donde se funden en un solo coro.

Tomas Bai, nacido en Crevalcore, siendo director de los cantores papales, siguió la norma de Allegri, al instrumentar también su «Miserere» con dos coros alternados y con el mismo número de voces. Solamente que en el último versículo estos coros, en vez de reunirse en nueve voces, unísonas, forman ocho.

Después, por la primera vez, en 1714, el «Miserere» de Bai, ocasionó un entusiasmo análogo al de Allegri.

Poco tiempo después, José Bainsi, romano, maestro de la Capilla Sixtina, quiso, á su vez, ensayarse y obtuvo un triunfo no menos grande.

\*  
\* \*

Los «Maitines de las tinieblas», tienen—en San Pedro de Roma—un carácter de verdadera solemnidad, y por el modo perfecto con que son ejecutados, representan un acontecimiento de arte.

Terminados los maitines, el pueblo devoto se acoge en San Pedro, bajo la amplia y hierática cúpula.

Es el momento solemne de la ostentación de las reliquias custodiadas en el templo desde 1606.

De otra ventana, mientras se oye el toque de una campana, un canónigo de San Pedro, circundado de cuatro blandones encendidos, muestra el madero de la cruz, la lanza y el sagrado rostro.

Este último está protegido por una cornisa artística en vidrio de Murano; su existencia remonta al año 1350, época en que tres ciudadanos venecianos la donaron al pontífice.

Nadie puede ver de cerca ni tocar las preciosas reliquias.

Para obtener esta gracia, algunos reyes de la antigüedad solicitaban al papa su investidura canonical. Federico III fué uno de ellos, y la obtuvo de Nicolás V; Ladislao—hijo del rey de Polonia—la solicitó con el mismo objeto, de Urbano VIII y el gran duque de Toscana—Cosme III—de Inocencio XIII.

Esas tres grandes reliquias se muestran únicamente el miércoles, jueves y viernes santo. En los días siguientes, está absolutamente prohibido hacerlo, y sólo en homenaje á algún alto personaje, se usó una que otra vez derogar esta rigurosa ley.

No se recuerdan sino á Cristina de Suecia y á Jacobo III Stuardo, como privilegiados en este sentido.

\*  
\* \*

El jueves santo, llamado por la Iglesia «Natalis calice ó verde», por los colores de las sagradas vestiduras que se usan para sus ceremonias, conmemora la última cena de Jesús. Y precediendo á esa jornada histórica se recuerda la muerte del Redentor.

En todas las iglesias, desde este momento hasta el día de Pascua, se celebra solamente una misa, consagrando dos hostias, de las cuales una se consume y la otra se guarda en el cáliz que se coloca en el sepulcro. Después del «gloria» se atan las campanas, substituyéndolas con la tradicional «matraca» de madera.

En San Juan de Letrán—en Roma—el cardenal arcipreste acostumbra á bendecir el óleo místico mezclado con el bálsamo, que servirá para administrar la crisma durante el año entero.

En la Basílica de San Pedro, esta ceremonia reviste un carácter de mayor solemnidad.

Se adopta, por ejemplo, para conducirla á su término, un cáliz en todo sentido preciosísimo. Fué una donación de Carlos III de España, á Pío VI del que lo heredó más tarde Pío IX, en 1851, para la gran Basílica.

Trabajado en Madrid por el célebre joyero Francisco Chiavonan, con el primer platino de las minas americanas, resultó un trabajo artístico incomparable.

Terminada la misa, el clero se dispone—en San Pedro—en procesión y cantando lentamente el «Pange lingua» se dirige hacia la capilla donde está preparado el sepulcro.

Las ceremonias pomposas de los sepulcros se hacían en Roma, en un tiempo, el jueves santo.

Hoy nos encontramos lejos de los sepulcros y de las ceremonias de aquellos tiempos. No más escenas pintadas con riquezas de colores y habilidad técnica para la tumba de Jesús. Todavía predomina el lujo, pero es un lujo más entonado, lujo que no se aviene con la austeridad de la muerte.

En Roma, existen aún algunas iglesias á las que la misma Reina Margarita y la Reina Elena se dirigen en devoto peregrinaje. En Nápoles,—el más simple, pero, el más bello, quizá, de todos,—se levanta en estos días el sepulcro de la iglesia de los Gerolomini en el cual se pueden admirar soberbios brocados de la época de los Angioini, donados á la Iglesia por una rica princesa napolitana.

Por una vieja y respetada costumbre, se usa en aquella ciudad prohibir durante el día del jueves santo el tránsito de todo vehículo á lo largo de la vía Toledo, que representa la principal arteria.

Es un homenaje á la tumba de Jesús, que mal se respetaría con el estrépito indiscreto de los carruajes.

El viernes santo los altares aparecen triste-

mente desnudos, no arden los cirios ni humea el incienso. Es el día triste que recuerda la lenta agonía del Redentor.

La misa difiere de lo común en la substancia y en la forma.

Se consume la hostia que fué dos días antes consagrada, y repuesta después de estar encerrada en el sepulcro. Es una misa larga que prescribe en el Evangelio la lectura del «passio» según el texto de San Juan, y que se ocupa de las condiciones de la hostia consumida, «*messa dei presantificati*».

Terminada la lectura del «passio», un diácono toma del altar el crucifijo cubierto por un velo negro, y se lo entrega al sacerdote que oficia. Este se despoja de la casulla, la coloca á su izquierda, y empieza á librarlo de la envoltura descubriendo poco á poco, y empezando por la cabeza, las varias partes del cuerpo y repitiendo cada vez que esto sucede: «*ecce lignum crucis*» á lo que el clero responde «*venite adoremus*». Descubierta, al fin, completamente la cruz, para simbolizar la palabra de Jesús esparcida por el mundo entero, y después al pie del altar, los asistentes se apresuran con los pies desnudos y con paso triste á arrodillarse por tres veces, y la besan hacia el costado.

Mientras se desenvuelve esta ceremonia, un coro canta, en las célebres notas de Palestrina, los ásperos reproches que Jesucristo dirigió á su pueblo ingrato. Después el crucifijo es colocado sobre el altar y el clero se dirige en procesión hacia la capilla del sepulcro.

Allí se extrae el cáliz al flébil canto del «*Vexi-*

lle Regis» y retorna al altar, donde la misa termina rápidamente, casi sin ninguna de las acostumbradas preces.

El viernes santo es consagrado también por las tres horas de agonía. Este rito, instituido en Lima (Perú), por el jesuíta Alfonso Mejía, fué celebrado por primera vez en Roma en 1788. Esta función consiste en el canto de siete estrofas que se refieren á cada una de las siete palabras, pronunciadas, según la tradición, por Jesucristo, durante las tres horas de su agonía.

Las estrofas fueron revestidas de notas musicales por diversos insignes maestros, como Zinganeli, Mercadante, Aldega, Albanesi y Bornia.

Con esto, las ceremonias del viernes santo parece que deberían terminar; empero hay aún una academia de poetas que suele dedicar por antigua tradición el meridiano de tal día á los recuerdos del Gólgota: es la «Arcadia».

Esta antiquísima sociedad literaria solía celebrar la sesión del viernes santo con la asistencia de insignes poetas, que declamaban sus mejores versos. Se recuerdan entre éstos, á Vicente Monti, Casanova y otros.

\*  
\* \*

Las ceremonias que la Iglesia realiza el sábado santo son muchas y variadas. En Roma se intensifican en las basílicas de San Juan de Letrán y de San Pedro.

En la primera, el cardenal vicario confiere las órdenes mayores ó menores á los clérigos. Estos van vestidos de roquete blanco, dirigiéndose hacia

el que se halla sentado en un taburete en el presbiterio; le ofrecen un cirio y reciben la unción con el crisma, después de haberle sido cortada una mecha de cabellos. Siempre en la misma Basílica se queman las palmas que deberán dar la ceniza para el primer día de cuaresma del año siguiente.

El fuego arde majestuoso, regado de tanto en tanto con agua bendita y mezclado con humo de incienso.

Luego se organiza en el templo una procesión. El diácono que la preside lleva una gruesa maza adornada con flores, llamada «larudine», en cuya extremidad superior arden blancos cirios. Estos cirios se encienden uno después de otro en tres momentos distintos, mientras el diácono, dice: «Lumen Christi», á lo que los otros responden: «Deo gratias».

Llegada la procesión al altar mayor, el diácono entona el himno «Exultet» que anuncia al mundo la resurrección de Jesús; arranca de la maza cinco granos de incienso en forma de piña, los cuales representan las cinco llagas del Redentor y los clava en el vecino cirio pascual, que enciende con una de las otras velas colocadas encima del «larudine», con la que simboliza al hijo, pues las otras dos representan al Padre y al Espíritu Santo.

El cirio pascual surge majestuoso en la Iglesia desde el año 325, cuando lo prescribió el Concilio de Nicea.

Este tenía la misión de recordar todas las fiestas movibles, que por esa razón se encuentran inscriptas en su superficie.

Poco á poco, considerado cada vez más importante entre el equipo eclesiástico, se le hizo



reposar sobre espléndidos candelabros y fué decorado con valiosas pinturas por eximios artistas. El candelabro que se admira en Roma—en San Pablo—es un exquisito trabajo escultórico del siglo XII. Los de la iglesia de San Lorenzo, de San Clemente y de la Boca de la Verdad, son ricos en incrustaciones doradas y coloridos.

Con la cera del cirio pascual los pontífices formaban el «Agnus Dei».

Es de ritual en la mañana del sábado santo, la bendición de la pila bautismal que, por lo común, coincide con un bautismo en San Juan, de un adulto, en San Pedro de un niño. En el agua de la pila se derrama el crisma y se apaga el cirio pascual, símbolos los dos de fuerza de alma y de obras buenas y cristianas.

El sacerdote que oficia vuelve al altar, se prostra, y participa en la letanía de los santos que entonan los cantores.

La misa camina brevemente á su fin, sin credo ni ofertorio, ni «Agnus Dei» para recordar el silencio de las mujeres que no prestaron fe al ángel que les anunciaba la resurrección de Jesús.

Luego, todo lo que recuerda luto y desolación desaparece rápidamente; se cambia la decoración violácea de las paredes, se cambia el morado del palio, se encienden los cirios que circundan la cruz, se descubren en todos los altares las imágenes sagradas, se eleva hácia el cielo el canto festivo del «Aleluyas.»

El Señor ha resucitado, la Iglesia está de júbilo, la «matraca» de madera se guarda y las campanas levantan en una sola voz su sonido argentino, alegre, solemne.

A las funciones fúnebres suceden desde este momento las festivas.

\*  
\* \*

Pascua es la festividad religiosa más popular y que se celebra en toda la tierra con mayor placer y alegría.

La Iglesia le dedica muchas ceremonias solemnes.

Pascua—en hebreo—quiere decir «pasaje», y efectivamente, es el pasaje del estado pecaminoso al del perdón que la Iglesia conmemora hoy, como en un tiempo los hebreos conmemoraban el pasaje del Mar Rojo.

En los tiempos antiguos, el mismo pontífice participaba de las funciones de Pascua, trasladándose bien temprano á la Basílica de Santa María Mayor; pero, bajo Sixto V esta Basílica fué substituída por la Laterana y más tarde por la Vaticana.

Todo lo que se refiere á los ornamentos necesarios para tal función tiene un precioso valor artístico.

El altar papal aparece revestido del más exquisito adorno; los dos blandones que se levantan cerca de la cruz son un trabajo maravilloso de Antonio Gentili de Fayenza, el cual los ejecutó por comisión del cardenal Farnese; los otros cuatro que le siguen se deben á Spagna, que los trabajó á costa del cardenal Barberini. El frontal de oro—bajo colgaduras de plata que adornan la parte anterior del altar—fué trabajado por el citado Gentili, y las colgaduras por el notable bordador Salandri, decoradas con las armas del Papa Rezzónico, en 1767, bajo Clemente XIII, y dona-

das á la Basílica de San Pedro. La casulla que viste el celebrante es bordada con oro y plata, representando episodios de la vida de Jesús y de los santos Pedro y Pablo. Este último ornamento lleva impreso el sello de Benito XIV, el cual lo ordenó, pagándolo con la suma de diez y ocho mil escudos.

En los tiempos antiguos, terminada la función, el pontífice aparecía en la logia Vaticana para bendecir á los millares de fieles amontonados en la plaza inmensa, y apenas tenidos en orden por el ejército pontificio.

Por la noche se iluminaba la fachada del templo y las columnatas, con cuatro mil cuatrocientas linternas y setecientas ochenta y cuatro antorchas.

Hoy, estos dos espectáculos—igualmente característicos—no existen más; empero, permanece aún un tercero no indigno de ser mencionado y observado: la procesión de las tres Marías.

La víspera del día en que tiene lugar, sale de la sacristía de San Pedro hacia la nave central, por la cual se encamina hasta el pórtico acompañada del cántico de «Regina coeli laetare aleluya» y en seguida vuelve hacia dentro para dirigirse después del «Orëmus», al altar mayor.

La procesión se constituye así: campanillas, palio de raso y terciopelo, enseña de la Basílica, acólitos con incensarios y uno con hisopo, cruz entre dos ciriales, seminario vaticano, capítulo, seis capellanes cantores, canónigo hebdomadario entre dos beneficiados, los tres con sobrepelliz.

Como se ve, de María ni la sombra.

La procesión toma tal nombre, sólo porque ---según Mazzinelli—fué instituída para recordar el

peregrinaje de las mujeres piadosas al sepulcro del Redentor. Dionigi—en tanto—la explica como una primicia de la que en la tarde de Pascua los adultos bautizados el día precedente en San Juan de Letrán, llevaban á cabo hasta la capilla de la cruz, precedidos por un acólito; indicaba la pureza de los neófitos; se esparcía agua bendita en el camino cantando las mismas palabras «Regina coeli...», etcétera.

La Pascua ordena como precepto el júbilo universal declarado en un boletín vaticano.

Antes, este boletín tenía un valor extraordinario: el que no lo poseía corría serio peligro, encontraba las calles cerradas á su actividad de laborioso ciudadano.

El gobierno papal era intransigente, podía fingir no tener conocimiento de las propinas que se daban á los clérigos de las parroquias para obtener sin fatigas el necesario documento, pero quería á toda costa que todos lo mostrasen.

Bien lo saben todos aquellos que osaron rebelarse á la ley.

En 1700 lo tentaron los artistas pensionados á la Academia Francesa, á los cuales se les impuso la terrible obligación de presentar el citado boletín á su director.

Carlos Luis Clerisseau, oponiendo en nombre de sus compañeros una enérgica protesta, fué expulsado por el director Carlos Notoire, de la Academia, á la que no pudo volver á entrar sino después de haber transado con su propia conciencia en el interés de su porvenir.

Más tarde, el caso Clerisseau fué repetido en

1767 por el arquitecto Monton y por el escultor Monau, siendo los dos repatriados á París.

Hoy, gracias al cielo, es permitido abstenerse de esa práctica religiosa.

La Semana Santa, aun en la ciudad de los papas, representa una pálida sombra de lo que fué en la antigüedad en la sede de la iglesia católica, en los tiempos de la grandeza pasada.

---

## El vicio universal

---

Cigarrros cigarrillos y cigarreras)

Indudablemente, el hombre es demasiado débil para consigo mismo. Hay muchas cosas que no debiera tratar de procurárselas, porque son antagónicas á su bienestar y á su salud, y, sin embargo, hace todo lo posible por cerrar los ojos sobre este raciocinio.

No debe extrañarnos ese proceder. Si damos fe á la leyenda atribuída á Adán y Eva, conveniremos en que transgredir los mandamientos de prohibición, es en él una ley de abolengo ó una condenación que pesa sobre su estirpe por aquella culpa primitiva.

De cualquier modo, así como ellos hallaron satisfacción al comerse el fruto prohibido, sin que pensarán en aquel momento en las funestas consecuencias de su acción, el hombre de hoy no piensa tampoco en abstenerse de todo aquello que su misma naturaleza le veda.

Cuando se trata de alcanzar una satisfacción propia, muy rara vez el hombre reflexiona sensatamente. Por eso es que los vicios se arraigan en su vida más fácilmente que las virtudes.

Y uno de estos más grandes y perjudicia-

les vicios es el de fumar, el cual—bien sabido es—constituye un grave daño para la salud.

A pesar de todo, ha echado sus raíces tan hondas y vigorosas, y ha sido tan aceptado por la humanidad entera, que hoy, tal vez, es hasta una acción meritoria ocuparse de él como lo prueba por todas partes del mundo á diario el periodismo, y del cual he recopilado de una de sus producciones celebradas algunos datos y conocimientos preciosos para poder ofrecer á todos los fumadores noticias exactas á su respecto, como así mismo, atingentes á las distintas clases del tabaco y de su aplicación á las variadas formaciones del cigarro y su modo de usarlo, origen del mismo, etcétera.

El uso de fumar hojas de tabaco arrolladas nos viene de los indios. Lo encontraron entre los nativos de la isla de Guanahani los españoles que vinieron con Colón en su primer viaje.

Los salvajes llamaban *tabaco* á aquel rollo de hojas, y ese nombre fué adoptado por los españoles.

Fué necesario que pasara mucho tiempo, antes de que se afirmara el uso del cigarro, haciéndose general, como sucedió en Alemania.

La primera fábrica alemana fué implantada por Schlottman, de Hamburgo, en 1788, es decir: ciento veintiún años há.

Hoy, en aquel país viven con la fabricación del tabaco cerca de 200.000 personas entre hombres y mujeres, fabricación que proporciona al Estado la suma de cerca de setenta millones de marcos.

Para los fumadores, tiene mucho interés el saber lo que se necesita para hacer un buen cigarro.

Dispuestos en filas interminables, en los espaciosos sótanos de las fábricas, se ven atados, fardos y cajas de tabaco bruto.

Cada país tiene su manera especial de embalar la hoja venenosa. Por ejemplo, los fardos de tabaco de Cuba y de la Habana, llamados *scrones*, son formados envolviendo el tabaco en gigantescas hojas de palma, y luego, cubriendo el todo con tela, las plantas son comprimidas en haces llamados *malotes*.

Sumatra usa esteras de junco; el Brasil fardos de harpillera, Méjico prefiere las esteras de corteza, mientras los tabacos de Indias se exportan en grandes cajas de madera.

Los tabacos « Carmen », provenientes de Colombia, son generalmente envueltos en pieles de búfalo (prueba evidente de que por allí cuesta menos la piel de búfalo que la tela de embalar).

Para conseguir que la hoja del tabaco resulte fácil de plegar y apta para la elaboración, es necesario humedecerla; esto se efectúa en la cámara húmeda, donde, ligada en pequeños haces, se sumerge luego en agua pura.

Allí se dejan de veinticuatro á treinta y seis horas, después de lo cual se colocan en grandes cajas de cinc, en las que permanecen durante algún tiempo en maceración.

Estas cajas son marcadas con los nombres de las varias calidades.

El mejor tabaco es el que se cosecha en la isla de Cuba. No obstante, los fabricantes alemanes se sirven—según los casos—del tabaco de casi todos los países productores, como por ejemplo: de Méjico, de la América Septentrional y Meri-



dional, de las Indias Orientales y Occidentales. Se sirve también del australiano (Nueva Guinea) y del de Africa alemana.

El cigarro consta de tres partes principales: la parte interna, la hoja que lo envuelve y la cubierta.

Las hojas más grandes y de colores más hermosos son las que sirven para este último uso; las igualmente grandes, pero no de color hermoso, se usan para envolver, y las más chicas se disponen como tripa en el interior.

Las más hábiles entre las operarias, levantan la rama ó la nervatura principal de las preciosas hojas destinadas á formar la parte externa del cigarro.

Las dos medias hojas que se obtienen mediante tal operación, se extienden una sobre otra, y ligeramente prensadas se preparan para ser transmitidas luego á las cigarreras.

Es opinión general que los cigarros son fuertes ó suaves, según el color de la hoja externa; es una preocupación. Lo que determina la fuerza del cigarro es la materia interna y de la envoltura, pero no la hoja externa, que no tiene otro fin que envolver el todo y presentarlo con las mil graduaciones de colores conocidos en el comercio.

A fin de que pueda pasar el aire á través del cigarro, es necesario arear bien su parte interna.

Esto se consigue por medio de secadores ex profeso, provistos de ventiladores, puestos en movimiento por medio de la electricidad.

Los cigarreros que preparan la hoja de la envoltura externa, los que envuelven los cigarros y los que hacen la selección, trabajan en habita-

ciones aireadas, con exposición al mediodía y que reciben la luz de lo alto.

Cerca de dos mil cigarreras mueven febrilmente las manos en un trabajo asiduo, bajo los ojos de las maestras y los maestros.

El traje de estas cigarreras es tan gracioso como práctico; consiste en un delantal blanco y una cofia del mismo color. Las operarias más jóvenes, con menos de diez y seis años, adornan estas cofias con cintas color de rosa; las mujeres casadas usan cintas negras.

\*  
\*\*

Hay cuatro diversas maneras de elaborar el tabaco.

La más recomendada es la habanera, cuyo producto se vende á carísimo precio y para la cual se destinan las hojas de mejor calidad. Esta operación es confiada á habilísimas operarias, que preparan el cuerpo del cigarro con anchas hojas arrolladas é inmediatamente lo envuelven en la hoja exterior, ya preparada para tal objeto.

En la segunda manera de fabricar, las muchachas trabajan sentadas dos á dos y una enfrente de la otra.

El cuerpo del cigarro preparado según la primera forma, es envuelto en un papel fuerte y permanece así hasta que otra cigarrera lo recubre con la hoja exterior.

La tercera manera, más moderna, es la llamada «manufactura de imitación», por la cual el cigarro adquiere una forma especial.

Por último, una cuarta manera consiste en

valerse para la fabricación del cigarro, de formas especiales de madera. La punta de los cigarros es encolada con goma dragante.

Para cada uno de estos cuatro sistemas se fabrican más de cien tipos diversos.

Como lo saben todos los fumadores, los cigarros se reúnen en cajas de 25, 50, 100, 200 y 500. Pero, antes de hacer esto es necesario distinguirlos con varias marcas, según su color. Los principales colores, y según los cuales se hace el surtido, son cinco: 1 claro, 2 colorado claro, 3 colorado, 4 colorado maduro y 5 maduro.

Empero, para llenar una caja de cien cigarros que sean absolutamente del mismo color, es necesario escogerlos entre 15 ó 20.000, porque del claro al maduro hay más de 500 graduaciones.

Los cigarros se ligan en paquetes con vistosas cintas de seda, y los de cierta calidad más fina, tienen el privilegio de ser adornados con un anillo.

Cada paquete se pone en una caja un poco más baja que su volumen, de manera que una parte sobresalga del borde, luego se oprime un poco de alto á bajo, pero lentamente y con cuidado de no romper las sutiles hojas de su envoltura exterior.

Dejándolos bajo esta presión por algunos días, adquieren esa forma angulosa generalmente preferida.

En otros locales de la fábrica trabajan carpinteros, tipógrafos, litógrafos, etcétera.

Echemos una mirada sobre la fabricación de las cajas de cigarros; para este uso se emplean varias especies de maderas, según la calidad de aquéllos.

Para la mejor de éstas se emplea, generalmente, el cedro de Cuba. Para las inferiores el olmo de Rusia.

Las graciosas cajitas se forman bajo nuestros ojos con una rapidez maravillosa.

Sirviéndose de ingeniosas máquinas, algunos operarios se ocupan en machihembrar y clavar la madera con prolijidad y exactitud, así como imprimir la marca sobre la cubierta de las cajas, las cuales —así preparadas— pasan luego á las manos de otros operarios, que pegan sobre los bordes tirillas de papel y sujetan la cubierta con tela encolada.

En una palabra, dan á las cajas la forma en que las conocemos y bajo la cual se expenden en el comercio.

Una sección particular de la fábrica es la que se ocupa de la preparación del tabaco para mascar.

Las hojas de tabaco se cortan con máquinas especiales, después se transmiten á otros operarios que las reducen á cuerdas, ó como técnicamente se dice: las hilan.

Con el tabaco hilado se hacen grandes mazos prontos para la venta.

\*  
\* \*

Muy interesante, desde todo punto de vista, resulta también la observación de la formación del cigarrillo hecho entre nosotros, y que tan exagerado consumo tiene en nuestro país.

Estas observaciones que nos son gentilmente permitidas, en las cuales encontrarán un gran atractivo los empíricos, nos estimulan á los que,

—desgraciadamente—tomamos de vez en cuando la pluma para ofrecer á nuestros lectores entusiastas por las industrias nacionales, algunos detalles fundamentales de su vida práctica y emprendedora.

Para poder procurar minuciosamente esos conocimientos, he visitado una de las más importantes y acreditadas casas existentes en esta capital: la de los cigarrillos «Monterrey».

La industria del cigarrillo para este suelo—me decía el gerente de la casa—don Enrique Conte Grande—es importantísima y de interés extraordinario. Aquí, en esta ciudad, se consumen de nuestros cigarrillos de 2. 800. 000 á 2. 900. 000 cajas mensualmente, como *mínimum*.

Como es sabido, cada caja contiene 20 paquetitos de cigarrillos.

¡Qué enormidad! Vienen á ser 34 millones y 800. 000 paquetitos por año.

¿Fumarán aquí hasta las piedras?

Aquí—como en Europa—la industria del cigarrillo aporta al Estado una importante renta. Baste saber que la casa aludida paga solamente siete mil pesos de impuestos diarios.

La formación del cigarrillo, no es, por cierto, tan complicada como la del cigarro de hoja.

Del Rosario—donde existe la gran fábrica matriz—recibe esta casa el tabaco ya triturado y casi preparado para la formación del cigarrillo, cuyas hojas han sido antes de trituradas primeramente humedecidas y puestas al contacto del aire.

Colocado el tabaco en el gran conductor de la máquina Bonzack, pasa á un cilindro que lo

conduce á su vez á otro cilindro peinador, que lo desmenuza más finamente. En la parte inferior gira un carrete, en el que se desarrolla el papel de una bovina de 1560 metros. Por lo alto y sobre la canal moldeadora se encuentra un engomador lleno de almidón, el cual, oprimido mecánicamente, hace que vaya rozándose en el almidón la rueda por donde el papel va pasando, hasta que una reducción de dicha canal pliega el papel cilíndricamente, manteniendo el tabaco dentro, de manera que se forme el cigarrillo.

El movimiento del excéntrico tiene en constante trepidación á la «plataforma», en la que se encuentra la cuchilla por la que pasa el largo cigarrillo, cortándose luego á igual medida — la medida por todos conocida — y que vá cayendo en los cajones en que se acopla.

Estos cigarrillos ya formados se exponen al contacto del aire una ó dos horas, según el grado atmosférico, para ser luego entregados á las obreras á fin de empaquetarlos; las cuales, una vez hecho esto, los transmiten á su vez á las estampilleras, que con sus sellos, figuritas y vales correspondientes cierran la caja, entregándola lista para la venta.

Es una mención grande y digna la que puede y debe hacerse de estas obreras.

El orden, la pulcritud, la ligereza, la verdadera atención con que cada una de ellas ejecuta su cometido, el silencio profundo que reina en la sala baja, en la que no se escucha otro rumor que el de las casi humanas máquinas, todo ese ambiente de trabajo prestigiando aquel cuadro intere-

sante, en el que prima la juventud y muchas veces la belleza, causa en el ánimo del visitante una honda admiración, una cordial simpatía y un interés supremo que refleja su emoción estimulante sobre el ánimo de los menos preparados ó inclinados al trabajo.

## Homenaje al Teniente General don Donato Alvarez

---

El espíritu del patriotismo es indivisible del de la justicia.

Mal podríamos honrar á la Patria, si no honráramos al mismo tiempo á los que con su esfuerzo, su pericia, su abnegación, la constituyeron.

Mal podríamos levantar un himno á las glorias de ese numen sagrado, si en sus estrofas no vibrara el nombre de sus próceres y de sus héroes.

Estamos—¡loado sea Dios!—en el momento augusto de las grandes reivindicaciones.

El espíritu de Mayo, ha soplado su hálito secular en el alma de todos los hijos de esta República que hoy cumple el sacrosanto augurio de nuestra inmortal canción patria, «levantando á la faz de la tierra una noble y gloriosa nación.»

Los argentinos somos dignos de nuestra grandeza.

Y dignificándonos ante este pensamiento, que, así como es una verdad es también un orgullo, busquemos, no tan sólo las gloriosas tradiciones de nuestra historia, sino también á los seres vivos que tienen un puesto culminante en ella, para engalanarnos recordándolos y exhibiéndolos en los días de las grandes reminiscencias nacionales.



Por esto, el pueblo fué á buscar en el retiro de su modesto hogar, al benemérito militar, que, cargado de tantos servicios como de laureles, vive aún, viril y gallardamente los días de una hermosa y ejemplar ancianidad, pudiendo referirnos con claridad, brío é imaginación, cincuenta años de vida militar, en la que actuó activa, noble, honesta y valientemente, ora conquistando tierras salvajes para la civilización, ora imponiendo y manteniendo el principio de la nacionalidad argentina, ora contribuyendo á estirpar el caudillaje, ó á eliminar para siempre la última ominosa tiranía que oprimía y barbarizaba á un pueblo heroico, digno como el que más de los dones de la libertad, de la civilización y del progreso.

El homenaje tributado en el gran día del 9 de julio de 1910 al teniente general Alvarez, es, á la vez que una justicia, y posiblemente una reparación, una honra que el pueblo argentino se ha discernido á sí mismo, en la persona de uno de sus más preclaros héroes.

Al ver al denodado y anciano general, ostentando las palmas de oro de su alta jerarquía militar, sobre las que lucían las medallas y los cordones de las más grandes de nuestras guerras nacionales, después de la Independencia, cuyo propósito y cuyo triunfo concretan el espíritu y son el «fiat» de nuestro génesis nacional, nuestra imaginación evocaba,—como en un nimbo de gloria,—ese tríptico heroico. Lo veíamos niño (uno de esos niños de las épicas leyendas) en los campos desolados de la pampa en medio del revuelto entrevero al arma blanca, con la indiada

ávida de sangre y de pillaje, saltar ágilmente de su caballo, y acudir con el puñal en la mano al sitio en que se hallaba el segundo jefe de la división sur—que mandaba el coronel Granada—comandante Bustos, á quien los salvajes le habían boleado el caballo y se veía amenazado de una muerte inminente, y allí, rápida y decididamente, cortar las ligaduras que aprisionaban á la noble bestia, salvando á su jefe, al mismo tiempo que recibía una feroz lanzada de un indio enemigo.

Más tarde, en la edad viril, lo veíamos actuando en una empresa digna de los legendarios mosqueteros, trasladándose con un puñado de bravos, en la noche que precedió á la madrugada del 11 de septiembre, á las cercanías de la vieja «Convalecencia» en donde las fuerzas opresoras de esta Buenos Aires—paladín de las libertades sudamericanas—pastoreaban sus caballadas, y allí, en un combate rápido y en un copo audaz, arrebatarse aquel precioso é indispensable elemento de movilidad, de actividad y de empuje bélicos, presentándose con él á los generales Pirán y Madariaga, beneméritos jefes de aquel transcendental movimiento revolucionario.

Más tarde, hombre ya maduro y jefe superior del heroico é inolvidable regimiento San Martín, lo veíamos en los campos aún resonantes de Tuyucué, en el famoso «Estero», y allí, con ese puñado de valientes, contra las mismas dudas de su jefe superior—el valeroso general Hornos—contener el ataque de flanco que traían á las líneas aliadas los incomparablemente bravos paraguayos, deshacer su columna, batirlos hasta producirles la derrota, cargando tras ellos

con ese brioso y torrencial denuedo de nuestras caballerías argentinas.

Nuestra imaginación enardecida aunque débil para juzgar—y ni aun siquiera representarnos claramente los hechos de la guerra—vibraba, no obstante, ante estos recuerdos y una muy honda emoción de adivinación y entusiasmo, y un sagrado vaho de gratitud y de respeto patriótico, brotaban de nuestro espíritu, yendo á caer como una lluvia de flores deshojadas, sobre la frente noble y majestuosa—en que dejó su huella aleve el filo de un sable enemigo—del preclaro militar, reliquia viviente de nuestra gloriosa epopeya guerrera.

---

## En busca de un ananás

(Por los mercados)

---

Cuando el viejo reloj del campanario lanzó á los aires cinco lentos y sonoros toques, que repercutieron á la distancia entre el silencio profundo. la ciudad aún dormía tranquilamente.

Me levanté y me asomé á la ventana, deseosa de aspirar el aire puro del que se siente sed en las horas precedentes del día.

Sólo uno que otro obrero con su blusa azul y su andar monótono, transitaba por las calles, cabizbajo, dirigiéndose á el trabajo lentamente.

Hacía días que tenía la obsesión de halagar á una amiga, obsequiándola con un ananás, fruta que le agradaba grandemente, y que era para ella el mejor de los presentes que en materia de gastronomía podía hacérsele. Quería retribuir de este modo una gentileza que me había dispensado.

En los días precedentes á esta mañana, había encargado á cuanto vendedor ambulante veía pasar por la calle, el dichoso ananás, pero éstos volviendo á enlazar sus cuellos con la ancha correa con que unen sus canastas, y haciendo un gesto de displicencia al par que mirándome con aire de fastidio, ante la perdida ocasión de hacer conmigo uno de sus negocios, me respondían:

—Eh!... ¿Dove volete, per la marona, chelo vado á pigliare?... Non é tempo adesso.

En verdad, los pobres tenían razón. Había pasado ya la estación de esa fruta tropical, y, justamente en esa circunstancia hacía yo consistir el único mérito de mi presente.

Así, pues, en medio de mi contemplación, surgió en mi mente la idea de aprovechar la belleza de esa primaveral mañana y hacer una recorrida por los grandes mercados, hasta dar con el codiciado ananás que aún permanecía en el deseo, y tal vez en el capricho.

En consecuencia, desperté á Felisa (una amiga que pasaba entre nosotros unos días de recreo).

—¿Qué quieres á estas horas, me respondió bajo su somnolencia?

—¿Sabes lo que se me ocurre?

—¿Qué?

—Que vayamos á hacer una recorrida por los mercados, para ver si logramos encontrar algún ananás.

—¡Véte á los diablos! con tu ananás—¡Déjame dormir!—respondió, arrebujiándose en sus cobijas.

—¡No seas floja!—insistí yo.

¡Vamos, sacude tu modorra y madruga siquiera esta vez! Después de breves instantes lo logré.

\*  
\* \*

Eran las seis y media de la mañana cuando nos encontrábamos frente á uno de los grandes mercados.

¡Cuánto movimiento ahí dentro! ¡Qué afanoso ir y venir de esa numerosa diversidad de tipos!

Aquello semejaba un hormiguero lleno de salidas y entradas hacia todos lados, en el que en profusa confusión se movieran las hormigas con su actividad maquinal.

Al vernos confundidas entre aquel gentío, una rara sensación se posesionó de nosotras, sintiéndonos como perdidas entre una extraña muchedumbre, sin que por esto dejáramos de observar las escenas que á nuestro alrededor se desarrollaban.

No dejaba de ser aquello entretenido.

Los mozos carniceros en sus puestos, revestidos de sus delantales blancos en los que ostentaban frescas manchas de sangre, afanosos por dar cumplimiento á su deber, atentos y solícitos con su numerosa clientela, cortando y despachando uno por uno á los marchantes, con toscos modos, éstos, con alegres bromas los otros; los peones cargando y descargando las gruesas reses; los puesteros transportando sus rebosantes canastos; los pescadores con sus pesadas palancas; los gallineros junto á las profusas jaulas, apartando las aves elegidas, en tanto que entre los aletazos epilépticos se hacen sentir los gritos inarmónicos de las distintas especies de éstas; las cocineras cuchicheando en grupos numerosos y en animosa plática, en que hacen el gasto principal las murmuraciones y protestas contra las calumniadas y siempre maldecidas patronas; las bandadas de pilluelos descuidados, sucios y descalzos, vagando de aquí para allá en derredor de los puestos al acecho de un momento de descuido del puestero para escamotear algo, aunque más no sea que una cereza de deshecho con la que se alejan luego

corriendo, como si llevaran la fruta de oro de las Hespérides; los vagos y atorrantes recogiendo en sus bolsas las piltrafas poco limpias y apetitosas que arrojan de los puestos; y tantos otros tipos sin filiación ni carácter, andando y viniendo en un verdadero *maremagnum*.

Entre aquel enmarañado tumulto no faltan también breves idilios de amor. Esto pensamos, ante el cuadro de dos jóvenes que, ajenos á todo cuanto pasaba á su alrededor, se ocultaban tras una pila de prosaicos repollos, diciéndose mil tonterías amorosas en el estilo ramplón y cursi de los novelones por entregas.

No podíamos menos de sonreír al ver algunos vendedores que alegremente bromeaban á las muchachas, dirigiéndoles cuchufletas y di-charachos, tales como:

¿Quiere que le *dea* el corazón, moza?

¡Mire, para usted tengo este pechito tan tierno! ¿O le gusta cola?... ¡Moza! ¡Moza! Mire... no me deje con la lengua preparada y los sesos en las manos!...

Entre tanto, entretenidas con el espectáculo de aquellas escenas de la vida ordinaria, nos habíamos olvidado del ananás, que seguía siendo la incógnita de nuestras pesquisas.

De pronto, un olor agradable y fuerte llegando hacia nosotros en medio del vaho promiscuo del mercado, nos delató la proximidad del objeto de mis ansias.

Me di vuelta cual si me impulsara un resorte, y vi que salía por una de las portadas que daban acceso á la calle, una mujer de aspecto vulgar, llevando en sus manos una hermosa y perfumante piña.

—¡Caramba!—exclamé.

—No por mucho madrugar amanece más temprano—respondió mi compañera, aprovechando ese refrán tan vulgarizado—. Te han ganado la partida—siguió, con vengativa malicia, pues no me perdonaba el haberla hecho madrugar y gozaba al ver con cuanta tristeza veía alejarse á mi pretendido ananás, en las manos regordetas y sucias de mi triunfante rival.

Pero, indicándole que me siguiera, alcancé á la mujer, y con la esperanza del que corre á rescatar un bien que le perteneció, le dije:

—Será mío. Ya verás. ¡Chis! ¡Chis!... ¡Señora! ¡Señora!—comencé á gritar á la poco simpática maritornes que se alejaba á pasos menuditos y presurosos, como si quisiera evitarme.

Dió vuelta hacia nosotras la cabeza y mirándome con extrañeza me dijo:

¿Qué desea usted señorita?

—Que me venda usted ese ananás.

Me lanzó una mirada con la que me midió de arriba á abajo y con voz áspera me contestó:

—¡Vaya una ocurrencia!... Diga, me ha *tomao po* alguna vendedora é fruta?

Esto hizo reír sonoramente á mi compañera, quien, tomándome del brazo, me dijo burlonamente:

—No hay más querida. Es necesario que renuncies á la conquista de esa nueva fruta mitológica. Resígnate, pues el objeto de tu codicia no caerá cautivo de tus hechizos.

Sonreí ante la ocurrente y alusiva broma de Felisa y siguiendo el mismo juego le contesté:

—No es posible renunciar á lo que he ambicionado tanto, después de haberlo hallado.



Alcancé de nuevo á mi rival.

—Señora, ofrezco á usted por el ananás el doble de su precio.

No puedo complacerla señorita; respondiíme, con tono más afable ante mi ventajosa oferta—porque lo he *comprao pa* la patrona.

—Le dice usted que no pudo conseguirlo.

—Así es... Podría echar una mentirita de esas... pero...

Aún la plaza opone resistencia—me dijo entonces por lo bajo, Felisa—y apretándome el brazo:—Intenta otro ataque:

Entre ansias y sonrisas abrí la cartera y dije á la mujer:

—Pago á usted el triple.

Vi que el demonio de la codicia se posesionaba rápidamente de ese sér basto y grosero, poseedor de la ansiada fruta.

—Bueno, señorita. ¡Tómelo y vaya con Dios! exclamó, mirando con avidez el dinero y despidiendo relampagueantes rayos de cupidez por sus ojos.

\*  
\*\*

Luego, por la tarde, tendido en un canastillo de flores, partía solemnemente, como en un trono ideal, en dirección á la casa de mi amiga, el ananás ansiado por su capricho y conquistado por mi constancia.

---

## El último boceto de De Amicis

---

### LA VENGANZA DE UNA ESCRITORA (1) (Traducción)

---

El elegante profesor Bozzi—crítico intermitente de *La Voce d'Italia*,—lanzó un ¡oh! redondo y alegre, leyendo el billete que le había traído á casa un mensajero del *Albergo del Pozzo*.

El billete decía así:

«Hemos llegado esta mañana y seremos contigo á las dos. Tuyo.—*Zarri*.»

¡El profesor Zarri, un original ameno por su bibliomanía incurable y un buen amigo, á pesar de su genio un poco áspero, efecto de sus dolencias crónicas, y también incurables!

Bozzi se alegraba en especial manera con la idea de volver á ver á la señora Zarri; una flacucha muy mona, todo pimienta y aunque enferma del mal literario, encantadora en su modo de

---

(1) *La venganza de una escritora*, fué el último romance que produjera la pluma sentimental y elocuente de aquel grande y talentoso escritor que se llamó Edmundo De Amicis, cuyas obras son gala y honra de la literatura italiana. Por eso habiéndome cabido el orgullo de realizar pocos días después de su siempre llorada muerte, la primera traducción de este boceto, lo ofrezco ahora en mi libro á todos aquellos que le amaron y leyeron para que saboreen una vez más la dulzura llena de infinita poesía, y la graciosa coquetería que parecía emanar de su ingenio y caracterizar generalmente sus escritos.—*I. Perfilio*.

parar el golpe con la palabra á las galanterías que provocaba con los ojos.

¡Cómo le gustaría volver á emprender con ella uno de aquellos brillantes asaltos de esgrima que habían hecho su delicia tres años antes en los meses de su permanencia en Milán!

Pero, había un peligro.

Seis meses atrás ella le había mandado su último romance titulado *Spiazione*, con una dedicatoria muy gentil, y él le había agradecido aquel envío por medio de una carta rebosante de elogios y ponderaciones, sin haber leído una sola de aquellas trescientas páginas «verdaderamente admirables».

¿Si se le ocurriera ahora pedirle juicios particulares y razonados sobre ciertos motivos de su obra?

Pensando en este caso muy probable, se levantó de su escritorio y se puso á buscar el romance, para recorrer á la ligera—aun cuando más no fuera—algunos capítulos y fijar—al menos en su memoria—el nombre de los principales personajes. Pero, aunque el libro fuese fácil de encontrar, porque recordaba perfectamente que tenía una mancha de tinta en el lomo, después de haberlo buscado un buen tiempo por todas las mesas y estantes, llamándolo como á un niño perdido entre la multitud:—¿Dónde estás? ¿dónde te has metido? ¡Ven acá!—debió renunciar á la empresa.

De embrollos semejantes había salido con felicidad más de una vez: le sucedería lo mismo en esta ocasión.

Momentos después la pareja literaria se presentaba en su casa.

Los saludos fueron cordialísimos.

Bozzi notó, desde luego, un cambio notable en los cónyuges. Le pareció como que la literatura hubiera rejuvenecido á la señora, y la bibliomanía aplastado un tanto al marido.

En efecto, Zarri había venido á Turín para consultar con el doctor Pescarolo, su antiguo médico de confianza, sobre la incipiente epatitis que lo teñía de amarillo; y había estado ya por la mañana en su domicilio de la plaza *Vittorio Emmanuele*, para fijar la hora de la consulta, la cual debía ocurrir después de mediodía, partiendo para Milán la misma noche después de comer en casa de un pariente.

¡Qué lástima!—pensó Bozzi—. Apenas tendría tiempo de cruzar su acero con la señora durante la consulta; pero, viendo igual expresión de pesar en los bellos ojos grises de la romancista, sintió algo así como un consuelo en su corazón.

El interrogatorio que había previsto no se hizo esperar. Después de agradecerle cariñosamente la carta archilaudatoria que le había escrito, la señora Zarri se quejó de que en ella se hubiera mantenido algo reservado sobre sus particularidades, generalizando sus conceptos.

—Querría—le dijo— que me dijera usted algo más que me sirviéra de enseñanza, sobre el desenvolvimiento de los caracteres, por ejemplo, y muy en particular sobre la protagonista; sea usted sincero; se lo ruego, y dígame qué le parece esa marquesa Coiraghi.

El profesor hizo los más calurosos elogios de la marquesa de Coiraghi.

Era un carácter delineado con una seguridad y un vigor de rasgos asombrosos. La veía allí en persona, viva, real, inolvidable; y señaló algunas particularidades técnicas con la gravedad de un crítico que pesa cada una de sus palabras.

—Y...—preguntó tímidamente la señora—el viejo párroco?...

—¡Ah! el viejo párroco!—respondió el profesor. —No la querría ofender á usted en sus predilecciones de autora, pero me parece que en la simplicidad de su psicología, está mucho más eficazmente tratado que la marquesa.

La señora se mostró contentísima con esta opinión, é insistió como haciendo fuerza á su propia modestia:

—No sé si se habrá usted fijado en la descripción del incendio de una fábrica...

—¡Oh! ¡El incendio de la fábrica! ¿Cómo no notarlo? Eran aquellas páginas de una prosa... de una prosa llameante...tal vez las mejores del libro. Le habían recordado—naturalmente que como descripción—el incendio de la casa Mouret de una novela de Zola, con el cual no podían temer la competencia, en ciertos detalles. Finalmente, y para concluir, no podía hacerlo menos que con un triple—¡Bravo!— y esto se lo decía de todo corazón.

Viendo resplandecer de alegría el semblante de la señora Zarri, pensó para sí: ¡qué pedazo de impostor! Pero al mismo tiempo: ¡Qué artista! *¡Scrivi ancor questa!*

La conversación giró todavía un poco sobre

argumentos literarios, mundanos y patológicos: luego salieron juntos los tres. Bozzi quería acompañar á los amigos hasta la plaza *Vittorio Emanuele*, pues le era grato permanecer el mayor tiempo posible junto á ellos.

\*  
\*\*

Llegados á la plaza, mucho antes de la hora de la consulta, pensaron en hacer alguna cosa para matar el tiempo.

A la señora Zarri se le ocurrió la mejor idea.

Viendo de lejos, bajo los pórticos de la izquierda, un banco de revendedor de libros, se lo indicó al marido proponiéndole ir allá por si tal vez encontraba alguna de sus tan buscadas «perlas».

La proposición no podía ser más tentadora para el bibliómano. Se dirigieron, pues, hacia los pórticos.

Los libros estaban expuestos sobre una serie de tablas que ocupaban un largo trecho del muro, y en un extremo se veía sentado un viejecito jorobado, con gorro y antiparras, el cual tenía un cierto aspecto ambiguo entre bibliotecario y zapatero.

¡Afortunado bibliófilo! Echada apenas la vista sobre la extremidad del banco, Zarri encontró un volumen de Voltaire: *La Pucelle*, perteneciente á una hermosa edición elzeviriana de 1874, que le hizo exclamar alegremente:

—¡Oh! ¡Paulina! ¡Mira! ¡Mira esto!

La señora dijo furtivamente á Bozzi:—Busque usted también, que ya se le despertará el

gusto—y se acercó á su marido para examinar el hallazgo.

Bozzi, separado de ellos unos tres pasos, se puso á recorrer con la vista los volúmenes del otro lado del banco.

No había examinado aún una veintena, cuando la sangre le llenó de improviso el corazón.

Sobre la cubierta de un libro, puesto á la orilla de la última tabla, había leído la terrible palabra: *Spiazione*. Terrible, porque una mancha de tinta en el lomo del libro le había hecho reconocer que aquel volumen era el suyo.

Rapidísimamente hizo examen de conciencia. Recordó que tres meses atrás había dado al portero un montón de volúmenes inútiles para desocupar la estantería. Al portero—que era un joven inteligente y de confianza—habíale recomendado con insistencia que cortara de todos los libros las dedicatorias manuscritas, de modo que en aquél no debía existir la que tan gentilmente había escrito en su primera página la señora Zarri.

Echando una ojeada á ésta, que hablaba animadamente con su marido, levantó furtivamente la tapa del libro...

¡Rayos y centellas! ¡La dedicatoria estaba ahí!

Le corrió un estremecimiento por las venas. ¡Qué castigo vergonzoso y ridículo le estaba preparado!

Meterse á escondidas el libro en el bolsillo, era imposible: el revendedor lo observaba. Tomarlo y guardárselo ostensiblemente tampoco. Habría tenido que mostrar qué libro era para comprarlo. Se vió perdido, é hizo un gesto tan

notable de hombre asustado, que cuando la señora se volvió hacia él, no pudo menos que preguntarle con alarma é interés:

—¡Oh, señor Bozzi!... ¿Qué tiene usted? ¿Se siente usted mal?...

Esta pregunta le abrió el camino de su salvación.

—Sí—contestó, fingiendo hacer un esfuerzo para permanecer en pie—Padezco... de ciertas interrupciones de la corriente nerviosa que... pero, afortunadamente no me duran mucho.

El profesor Zarri dejó su Voltaire en la tabla, y le dijo:

—Tienes necesidad de un excitante... Una copita de Marsala... Un traguito de Fernet...

Aquello le venía de perilla.—Hay aquí un café cercano—murmuró.

—Pues vamos pronto—dijo la señora.

El café estaba ubicado bajo los pórticos, á unos cien pasos de allí.

Se pusieron en camino, Bozzi se creyó salvado.

El Marsala fué superfluo: el hombre ya había vuelto en sí antes de beberlo, y se puso á hablar verbosamente de su malestar; pero, fué imprudente; habló con demasiada vivacidad.

—¿Entonces ya pasó?—le interrumpió la señora.

—Pasó—respondió él.

—¡Gracias á Dios, exclamó Zarri, añadiendo:

—¿Quiere decir entonces que podemos volver á lo del buquinista?

¡Maldita la manía de los bibliómanos!

Bozzi se había ilusionado con que su accidente pasajero lo habría salvado de los librajós.



Hizo una viva oposición á la propuesta. Según él, era mejor ir á ver el Pó desde el Puente de la Gran Madre, ó hacer una breve gira en carruaje, ó una visita á la mole Antoneliana que estaba bien cerca.

Pero, era inútil, Zarri porfiaba por ir á comprar el Voltaire.

—Lo comprarás más tarde, hombre — dijo Bozzi.

—Podría no encontrarlo—repuso el amigo.

—Eso no es posible.

—¿Y por qué no es posible?

—Vamos, vamos al puente.

—¿Y si por un minuto...?

—¿Pero sabes que eres un porfiado de primer orden?

—El porfiado eres tú — contestó Zarri — que comenzaba á irritarse —.¿Has visto qué original? Pero dime: ¿de dónde has sacado esos aires de cicerone tiránico con que quieres dominarme?

La señora terció en el debate en favor del marido.

Bozzi debió ceder dejándose llevar por los esposos como á la rastra, volviendo en torno suyo los ojos espantados, como un náufrago que busca sobre las ondas una tabla de salvación.

La casualidad vino en su ayuda.

Vió venir hacia ellos un amigo; una de esas caras satisfechas de propietario edilicio que hacía mucho tiempo no había visto.

Una idea surgió en su cerebro. Se volvió hacia la señora Zarri y le dijo precipitadamente:

—Hé aquí un amigo mío, el señor Donini, un gran admirador suyo que se daría por muy feliz

de serle presentado. ¿Me permite usted ofrecerle este honor del cual se sentirá orgulloso?

La señora Zarri vaciló modestamente, pero Bozzi, sin esperar la respuesta, detuvo al amigo que lo saludaba, y después de mirarlo un momento, cerró rápidamente un ojo como diciéndole:

—Ayúdame en mi farsa, te lo suplico—lo presentó á la señora y al marido diciéndole:

—¿No deseabas tanto conocer á la autora de *Spiazione*? Pues ya estás satisfecho. Aquí la tienes.

El buen hombre había comprendido vagamente que se trataba de librar á su amigo de alguna grave dificultad, y que, por lo tanto, él debía ejecutar dócilmente el papel que se le había impuesto, pero siendo de espíritu poco lúcido, tomó el rábano por las hojas, y en vez de ayudar á Bozzi en su empeño, que era el de enredar á la señora Zarri en una larga conversación, salió tartamudeando y con aire de imbécil:

—Es verdad; tenía grandes deseos... He leído su *Ispirazione*... ¡Me siento muy honrado, señora!...

La señora Zarri agradeció. El amigo balbuceó todavía algunas palabras más sin sentido, y en vano Bozzi trató de avivar la conversación que murió de un síncope después de un minuto.

—Espero tener la fortuna de volverlos á ver—dijo el caballero haciendo á los cónyuges una brusca inclinación de cabeza, como si se le desatase ésta de un nudo escurridizo.

—La fortuna será nuestra—contestaron éstos á media voz.

—Bozzi, te agradezco.

—Hasta la vista—contestó Bozzi, añadiendo entre sí: ¡Anda, cretino!

El cual escapó á largos pasos.

—Tiene un modo curioso de expresar su entusiasmo—rezongó Zarri—. Me parece un estúpido forrado en villano el tal tu amigo.

Bozzi tuvo que tragar aún esta píldora, y siguieron hacia «el lugar de la ejecución».

La pareja Zarri fué á plantarse de nuevo á la extremidad del banco cerca del revendedor, el cual presentó al bibliómano un pequeño opúsculo del año 1857, conteniendo una poesía de Prati y una canción en paisano de Brofferio sobre la muerte de Béranger.

Bozzi, entretanto, estaba allí alerta para parar cualquier golpe inesperado, con la vista fija sobre el libro fatal, y para hacerse el indiferente tomó un volumen de los Poetas Griegos, traducido por Centoffanti, al cual la señora se había dignado dedicarle una mirada.

Le vino una inspiración que le pareció felicísima. Se acercó cuanto pudo como por distracción, y alargando el brazo repentinamente, echó á los Poetas Griegos sobre la *Spiazione*.

Luego se acercó á los amigos.

Zarri había comprado á Voltaire y el opúsculo dándole al revendedor la dirección de su hotel para que se lo mandase.

Parecía todo concluído, cuando la señora preguntó al jorobado:

—Tiene usted los Poetas Griegos, traducido por Centoffanti? Me parece haberlo visto.

¡Fatal destino! ¡No había ya esperanza!

El pobre Bozzi se sintió sin alientos

El viejecito se levantó, buscó el libro donde estaba antes, y no encontrándolo, exclamó:

¡Diablo! Pues estaba aquí.

Bozzi esperó, buscando la mirada de la señora Zarri, que ésta le preguntara de nuevo si se sentía mal; pero, parece que ella no se dió cuenta de que su amigo tenía una cara más pálida y desfigurada que la primera vez.

Por fortuna, ella no se movió de donde estaba.

El revendedor encontró el volumen y se lo ofreció á su clienta. Esta lo pagó, lo puso junto con los otros y dijo á su marido:

—Debe de ser hora.

El marido miró el reloj. Efectivamente, era la hora de la consulta, de manera que se pusieron en camino.

¡Ah, finalmente!

\*  
\* \*

Era aquélla la liberación de los nervios atormentados, del espíritu oprimido, y tal vez del honor salvado.

¡Ah! De aquella lección le quedaría ¡un recuerdo por largo tiempo.

Aún mojaba el sudor sus sienes. No le parecía verdad encontrarse en salvo después de haberse creído perdido por tres veces, y como todos los escapados de un gran peligro, sintió en sí algo como una especie de rejuvenecimiento, una nueva alegría, al mismo tiempo que una viva ternura por la señora Zarri, parte por la conciencia de haberle faltado inmerecidamente, parte por un sentimiento de gratitud como si aquel bendito

*debe de ser la hora*, ella no lo hubiera dicho porque debiera decirlo así, sino porque sintiera misteriosamente que él lo ansiaba.

Así que cuando Zarri subió á ver al médico, paseando con ella por la plaza, la provocó al combate con una vivacidad de elocuencia galante un poco atrevida.

Tuvo la audacia de volver á hablar del romance.

¡Qué alegría había sido para él encontrar tan espléndidamente florecidas todas las facultades que desde luego había adivinado en ella en la luz de sus ojos, en la fineza ática de su sonrisa, en la infinita variedad y movilidad de expresión de su semblante... tal vez más elocuente que su palabra. ¿Por qué? Quizá porque en medio de sus discursos lo había distraído ella misma con su persona, pues que era una de aquellas mujeres que para ser escuchadas tranquila y lúcidamente no debe mirárselas jamás á la cara al oírlas.

La señora Zarri sonrió inclinando la cabeza y luego preguntó:

—Pero, ¿por qué si ha encontrado usted tantas cosas hermosas en mi romance, no me ha escrito un artículo sobre él, que habría sido para mí una gloria?

—¡Ah! ¡Imposible!—respondió Bozzi.

—No me habría sido dado contenerme dentro de aquellos límites fuera de los cuales los elogios del crítico pierden toda autoridad. Puedo emplear para este caso, aunque en sentido contrario, una frase de Carducci: «Mi aliento habría hecho revelar demasiado el tejido de las mallas de mi estilo.»

Todos habrían dicho: Estas críticas no se imprimen en los diarios: se mandan por correo, se-

lladas y recomendadas por una indicación que diga: «Reservada para la señora».

—¡Y habría llegado seguramente!—exclamó la señora, agregando con un acento lleno de coquetería—: Pero deberá admitir usted que un hombre que no quiere comprometer por una mujer su reputación de crítico imparcial, no puede razonablemente pretender, ni aun tan siquiera soñar, que ella comprometa por él su reputación de mujer honesta.

—A rigor de lógica, no, efectivamente, contestó Bozzi—. Pero, pregunto á usted señora, que ha mostrado en su romance conocer tan profundamente la naturaleza humana: ¿qué tiene que hacer la lógica con la pasión?

—¡Pero, esto es un tiro á boca de jarro!—exclamó la señora riendo, y luego suavemente—: ¿De veras? ... Pero ¿cómo quiere que le crea?

—Póngame usted á prueba, señora—contestó Bozzi en voz baja y con dulzura.

—La prueba la tengo ya—replicó la señora, cambiando de gesto y de voz en un mismo punto—: ¿Cómo puedo creer á un hombre tan maravillosamente experto en el arte de fingir y de mentir?

Bozzi la miró estupefacto.

—Vaya, vaya usted pronto á comprar mi romance que ha quedado ahí—; quién sabe desde cuándo!—en aquel banco.

Por más que Bozzi fuese un hombre aguerrido, quedó como fulminado ante esta salida de la señora Zarri.

—Sí, continuó ésta con una sonrisa amarga y satírica—. He visto ahí mi libro desde esta mañana, cuando mi marido subió por primera vez

á ver al médico, y tuve el placer de reconocer que se hallaba en perfecto estado con todas sus hojas sin cortar. Lo dejé ahí para infligirle luego el castigo que está usted recibiendo . . . porque he sido testigo de su tortura, mientras yo me hacía la que no reparaba en la existencia ahí de ese volumen, y no por cierto, por consideración hacia usted que no la merece, sino porque no supiera nada mi marido. Pero el castigo no ha terminado aún.

Bozzi, rojo de vergüenza hasta los ojos, pretendió balbucir su justificación. Un error, el libro confundido entre otros por falta de orden en sus papeles, un caso desgraciado por el cual se sentía desesperado. . . pero, no habiendo encontrado el libro en casa, se lo había hecho prestar por aquel mismo amigo que acababa de presentarle. . . pero lo había leído: los elogios al menos eran sinceros . . . y la miró en actitud suplicante. •

La señora Zarri le lanzó una mirada que le hizo el efecto de un zarpazo, y le dijo con los dientes apretados:

—¡Ah! ¡Sí! En aquel volumen de la *Is-pi-ra-zione*—que le prestó su amigo—encontró usted, indudablemente, á aquella marquesa Coiraghi, á aquel viejo párroco, á aquel incendio de la fábrica que en los demás ejemplares no existen.

—¡Fué el golpe de gracia!

—¡No había ni una sílaba que responder!

Bozzi inclinó la cabeza y quedó inmóvil como la estatua de la humillación.

La señora continuó.

—Vaya usted ahora mismo á tomar el libro. Quiero ver desde aquí la figura que usted hará atravesando la plaza con mi libro en la mano.

Será este su paso bajo las horcas caudinas. Vaya usted.

Y quedó ahí mirándolo con una sonrisa irónica, mientras Bozzi volvía con el libro, caminando á tropezones, con el rostro contraído como por el dolor de un reumatismo agudo.

—¿Cuánto ha pagado por él?—le pregunto la señora.

—¿Por qué me lo pregunta usted?—preguntó á su vez con aire de implorar piedad.

—Tengo el derecho de saber—respondió,— hasta qué punto, por su culpa, ha sido rebajada mi obra. Dígalo usted. Será su último castigo.

—Dos liras—murmuró Bozzi.

—Miente usted todavía. No ha pagado usted por él sino veinte centésimos. Ese fué el precio que me pidió el revendedor esta mañana. ¡Figúrese usted! ¡Yo, reducida á veinte centésimos!...

—¡Señora! ¡por piedad!—exclamó Bozzi, sintiéndose desfallecer—.No me defiende más. La he ofendido. Lo reconozco. Inclino la cabeza bajo la vergüenza merecida.—Pero quiero reparar la ofensa de cualquier manera. Impóngame usted la reparación, señora. Estoy dispuesto á todo.

—Pues bien—dijo ésta—acepto su ofrecimiento. Usted deberá leer mi romance y escribir un artículo.

—¡Lo haré con inmenso placer!

—¡No mienta usted todavía! No lo hará usted con placer: lo hará mordiéndose los puños. Y en esto consistirá la reparación. Pero oiga usted y téngalo bien presente—y dijo esto con una sonrisa en la que él no reparó—usted debe decir que pocos romances de mujer—bien pocos, ¿entiende usted?



—han salido á luz en estos últimos años, no tan sólo en Italia, sino en toda Europa, que puedan compararse con el mío. Recuerde usted esto bien. Se lo repito, y ahora, póngase usted en el bolsillo el libro, porque viene mi marido.

Zarri venía de muy buen humor. Había obtenido del médico un parecer muy propicio, y puesto que en el régimen curativo entraba la prescripción de caminar mucho, propuso á su amigo un paseíto hasta el Valentino.

—No—dijo la señora—.El señor Bozzi debe ir á su casa ahora mismo para escribir un artículo muy urgente. Vendrá á saludarnos al partir.

\*  
\*\*

Bozzi volvió á su casa furioso. Puso de oro y azul al portero, estrelló contra la pared la *Spiazione*, y comió su almuerzo sin darse cuenta, maldiciendo á los romancistas, á los revendedores de libros, á la marquesa Coiraghi y á su nefasto destino. Luego, fué á la estación con aquella espina todavía en la garganta.

Allí le pareció que la señora se demostrara un poco arrepentida de haber extremado tanto su venganza, y esto vertió un consuelo en su espíritu.

Era así, en efecto. Mientras Zarri ponía en su lugar las valijas dentro del coche, ella, asomada al ventanillo y mirando á Bozzi con ojos pidosos, hizo un movimiento con los labios como si esbozara en ellos una palabra, que Bozzi pensó significaba indudablemente el perdón.

El le dijo vivamente:—«Gracias»—con la esperanza de una absolución completa, pero en el momento de partir el tren ella le hizo una señal imperativa con el índice, murmurando en voz baja:

—¡No se olvide usted!

¡Ay! tratándose del artículo la autora aquella no transigía.

Bozzi le contestó con un gesto de triste resignación.

\*  
\*\*

Pocos días después encontró bajo los pórticos de la plaza de San Carlos al amigo de la *Ispirazione*.

Este vino á su encuentro y le dijo:

—Pero, explícame un poco la historia aquella de la semana pasada en la plaza *Vittorio Emanuele*. Aquella presentación misteriosa me abrió la curiosidad de leer el romance. Lo he comprado y lo he leído. ¿Cómo diablos has podido escribir un artículo apologético sobre aquella infusión de amapolas que me ha hecho dormir con los ojos abiertos?—y añadió con una sonrisa maliciosa—:vamos. Habrá sido ése el pago de alguna deuda de gratitud.

Bozzi rugió:

—¿De gratitud? ¡Un diablo!... Escucha, te voy á referir todo. Mira hasta qué punto las mujeres...

Se detuvo de pronto como presa de un malestar profundo, con el gesto inquieto de quien siente á su espalda abrirse una ventana. Se volvió rápidamente y vió á aquel banco de revendedor de libros que se adosa allá en la última arcada de los pórticos desde tiempo inmemorial.

—¡Ah! ¡Lo sentía!—exclamó retrocediendo—. Vámonos de aquí. Me es imposible permanecer delante de uno de estos infames *bric-á-brac*.

Y tomando por un brazo á su amigo, lo condujo hacia la plaza, en donde reanudó el discurso:

—Oye. Oye qué partida me ha jugado ese castigo de Dios de la señora Coiraghi...

—¡Cómo! ¿No se llamaba Zarri?

Bozzi se dió un puñetazo en la frente, exclamando:

—Se ha vuelto para mí una terrible obsesión... Bueno... Sí... Zarri... Escucha. Escucha, qué partida serrana me ha jugado aquella serpiente de cascabel de la señora Coiraghi.

---

## Una visita oportuna

---

(Cuento infantil)

---

Diciembre, el mes de los sustos y las congojas, había llegado para el mundo estudiantil.

En las aulas de las Facultades no se veían ya esos grupos de entusiastas estudiantes, con sus manifestaciones juveniles, sus vehementes y chacotonas frases, sus risas expansivas.

Ahora escaseaban los tertulianos, y si al acaso alguno merodeaba por los corredores, andaba compungido y con el semblante demudado.

En las tétricas salas de los hospitales ocurría lo mismo. Ya no eran frecuentadas por los asiduos de la ciencia práctica. Los pobres enfermos extrañaban más que nadie ese alejamiento, porque ya no tenían quienes los alentaran con promesas de mejoría y aun de retornos á la más completa y triunfante salud.

No parecía sino que habían huído para siempre de aquellos lugares como si les infundieran pavor.

Y en verdad que así era. Toda la turba de bulliciosos estudiantes temblaba ahora ante aquellos sitios en que deberían someter sus pruebas de fin de curso al severo juicio de los examinadores.

Se habían encerrado entre las cuatro paredes de sus cuartos, sin preocuparse de otra cosa que de darse desde que amanecía fenomenales atracciones de lecturas y repasos, consumiendo incesantemente uno y otro paquete de cigarrillos, como pretendiendo evaporar en el humo la nerviosidad que los dominaba.

¡Diciembre es terrible! Hasta las pobres novias sufren en ese mes las consecuencias universitarias; pues sabido es que en esa época, sus amados no asoman siquiera las narices, y entonces, temorasas de un abandono total, tras una carta les envían otra y otra, llenas de quejas y reproches, cartas que, generalmente, van cerradas al canasto, por no perder tiempo en cosas ajenas á su dominante preocupación.

Pero, abandonemos á los estudiantes en sus aulas universitarias, con sustos, apuros y zozobras, para descender á las escuelas primarias, en las que más atractivos hallarán mis infantiles lectores.

Las maestras y maestros están de parabienes en estos días, pues—como en ninguna otra época—pueden engalanar abundantemente sus salas con hermosos ramilletes, ó proveerse de una serie de diversos presentes con que les obsequian sus alumnos, entre cariñosas sonrisas, que no son más que el disfraz de un calculado propósito: el de conquistarles la voluntad.

Las mamás también se encuentran atareadas más que nunca, pues piensan—y no sin razón—que cuanto más primorosamente vestidos vayan sus hijos más infundirán con su señoril presencia, en el día de la prueba, consideración y respeto en el ánimo de los examinadores.

Hoy que á través de los años rememoro aquellos días en que—como todos—yo también experimenté los mismos afanes y las mismas preocupaciones, me distraigo evocando su recuerdo, y á medida que se me presentan á la imaginación en orden sucesivo esas imágenes, va invadiéndome la nostalgia del dulce pasado de la vida, que desaparece cuando nuevas y desconocidas impresiones van conduciéndonos á nuevas tendencias y emociones, al parecer más halagüeñas, pero que pronto nos hacen reconocer que la razón y la edad sólo sirven para ahuyentar del alma los puros é insubstituíbles candores de la inocencia.

Pero volvamos al motivo de mi cuento.

—Cursaba—por aquel entonces—el quinto grado. Llegaron los exámenes.

Mi inasistencia al colegio en todo el año sólo había sido de ocho días, y éstos, obligados por una enfermedad pasajera.

Me sabía íntegro el programa; de modo que no tenía la menor duda de salir victoriosa en el día de los exámenes.

Sólo un punto de historia, que se había estudiado durante mi ausencia, lo había descuidado, siempre con la intención de darle en cualquier momento una lectura.

¡Cuál no sería mi sorpresa y mi confusión cuando al sacar la bolilla correspondiente me toca cabalmente la del descuidado punto!

Naturalmente, me asaltó de improviso una tremenda angustia, ante la impotencia de poder desarrollar el tema que acababa de tocarme, y ésta se acrecentaba en mi espíritu hostigado por el amor propio que me infundía la idea de que

en todo el año no había obtenido una sola nota baja, merced—no sé si á mi buena disposición natural, ó á mi gran aplicación y constancia—recordando que á consecuencia de esto, sucedíame con frecuencia observar en mi maestra cierta prevención al ver que no la permitía ser tan maestra como lo pretendía ella misma, porque—por lo general—me sabía yo de antemano lo que ella luego explicaba en clase con toda prosopopeya. Es muy natural ese celo, esa emulación, que se establece entre maestra y discípula cuando ésta quiere rivalizarla ó superarla quizá.

A propósito de esto—y haciendo aquí un breve paréntesis—referiré un caso que días antes del examen me ocurriera y que contribuía á aumentar más mi desesperación en aquel momento crítico. Por una viaraza de esas que suelen perturbar los caracteres más reposados y que son tan comunes en las escuelas, me impuso la maestra que por penitencia hiciera una copia de un libro de lectura, mientras mis compañeras escribían al dictado un nuevo punto—algo largo y difícil—el cual debía darse al otro día.

Cacé al vuelo la negra intención de ésta, que no era otra que la de regalarme con un buen cero, cuando al día siguiente, llamada á dilucidar sobre él no supiera pronunciar una sola palabra, y más astuta y perspicaz que ella hacía mi copia con los ojos en el papel, pero con el oído en lo que dictaba. Cuando al otro día, una por una, mis compañeras pasaron á repetir la lección oral de la víspera, la que mejor nota sacó fué un 2.

De pronto pronunció la maestra con toda solemnidad mi nombre. Reinaba en el grado gran expectativa.

Me levanté tranquilamente y comencé con voz reposada y tranquila mi discurso. La maestra me miró con grandes ojos é interrumpiéndome al cabo de un rato me dijo:

— ¿Ha copiado usted este punto?

— No, señorita, le respondí.

— ¿Cómo lo sabe usted entonces?

— Porque se lo he oído ayer á usted mientras lo dictaba.

Y así, con gran sorpresa de ella, tuvo que ponerme la más alta nota de aquél día. Un 8 de dos oiales, como le llamábamos en clase.

Con todo esto—como se comprenderá—más obligada me sentía para las pruebas de fin de año.

Afortunadamente, sabía las cuatro primeras palabras del tema y temblorosa y exaltada, empecé maquinalmente á pronunciarlas; pero, ¡oh Providencia! había terminado ya de decir la cuarta, en que forzosamente debía de quedarme atascada, cuando entre una algazara jubilosa penetraron en el salón tres señoritas y un caballero, que, dirigiéndose á los examinadores, prorrumpieron en manifestaciones de sorpresa y de cariño.

Súbitamente y con gran asombro de todas mis compañeras, comencé á repetir como un loro las célebres cuatro palabras que eran mi solo haber en el punto insaculado, y como un gramófono cuyo disco ha sufrido un desgarré, proseguí repitiéndolas sin parar y vertiginosamente.

¡Qué jolgorio en el grado! . . .

Mis condiscípulas se desternillaban de risa. ¡Cada una de ellas me soplabá los más ridículos disparates!



¡Los examinadores, grandemente entretenidos con aquella visita inesperada, no oían siquiera que hablaba su examinanda! Y yo proseguía como una máquina, ya dueña de mí misma, y con la mayor audacia, y era el grado entero una sola carcajada!

De pronto, uno de los examinadores, como al acaso, se da cuenta de que alguien hablaba, y dirigiéndose á mí, me dice sonriendo amablemente y como con acento de disculpa:

—¡Muy bien! ¡Muy bien, señorita! Es suficiente.

¿Queréis creer que me pusieron la nota extra de la jornada?

¡Ya veis, queridos niños, qué gran cosa es saber afrontar con valor las circunstancias, pero á pesar de mi cuento, os aconsejo que siempre os preparéis con aplicación y conciencia para la prueba solemne de los exámenes, que chasquear á los maestros es chasquearse á sí mismo, y muy rara vez el azar suele socorrernos con el milagro de una visita tan oportuna!

## Las planchadoras

---

Atravesé la calle y llamé á la puerta, en la que se ostentaba un pequeño letrero que decía: «Gran taller de planchado». Esta estaba entreabierta, y penetré en el patio.

Dos grandes y robustos perros que echados en el suelo, el uno junto al otro como dos buenos amigos, parecían descansar tranquilamente, al oír mi llamado alzaron sus anchas cabezas, y sacudiendo su modorra, se precipitaron hacia mí, ladrando fuertemente.

Una jovencita oficiala, revestida de un largo y aseado delantal que realzaba con su blancura su rostro sonrosado por el calor de la plancha, asomó al momento por una de las puertas del taller, y dirigiéndose hacia mí, impuso silencio á los perros que, acallando los ladridos comenzaron á sacudir el profuso plumero de sus colas, dando saltos en derredor mío:

—¡Caramba! ¡Qué buenos guardianes tienen ustedes! dije á la oficiala acariciando la cabeza de uno de ellos que ya se me mostraba adicto.

—Es cierto—respondió ésta, sonriéndose y ordenándoles retirarse.—Ladran hasta á su propia sombra. ¿Qué se le ofrecía á usted, señorita?

—¿Me permite usted hablar unos momentos por teléfono?

—¡Cómo no! ... Pase usted, señorita.

Precedida de la oficiala entré en el taller. Un grupo como de unas treinta planchadoras me retribuye casi al unísono mi saludo.

En uno de los rincones del vasto salón, y cerca de una gran máquina de rizar, se hallaba colocado en la pared el aparato telefónico. Me acerqué á él y después de llamar repetidas veces, logré ser respondida por la telefonista á la que le pedí comunicación.

—Siéntese usted, señorita—me dijo una aprendiz ofreciéndome amablemente una silla—pues no dude usted, de que se verá obligada á esperar un buen rato antes de lograr hablar.

Le di las gracias y me senté.

¡Qué hermoso aspecto ofrecía aquel conjunto de diversas muchachas, con sus delantales blancos y á cual más afanada!

Las miraba detenidamente una á una con igual curiosidad, encantada de ver cuán hábilmente y con qué ligereza daban cumplimiento á su cometido.

La patrona—bastante bien parecida—con las mangas arremangadas y el vestido recogido, andaba de un lado á otro, toda sudorosa y en completa agitación, vigilando el trabajo de grupo en grupo.

Me causó gracia ver á una muchacha fortachona y coloradota, cómo sentaba con fuerza y seguridad la plancha en la ropa, en tanto que una delicada rubia, al parecer enfermiza, manejaba débilmente las tenacillas de plegar. Otra, negruzca y ordinaria, daba de cuando en cuando un vistazo á los braseros, soplando el fuego con

una pantalla á fin de mantenerlo en actividad, y en uno de los grupos, varias de ellas, se deshacían en risa haciendo comentarios acerca del dueño de una sábana que parecía haber servido de bandera en alguna batalla, por los múltiples agujeros y roturas que tenía, y á la cual más y mejor criticaba el aspecto veterano de aquel lienzo, diciendo maliciosamente que pertenecía á uno de esos tipos tan comunes en nuestras calles concurridas, que por la tarde, endosan los trapitos de cristianar y poniéndose un cuellito y unos puños planchados, tal vez con ausencia total del resto de la camisa, se estacionan en las esquinas con aire de conquistadores, repartiendo miraditas y sonrisas amarteladas á cuantas muchachas pasan.

Ordenadamente estaban repartidas las oficiales y aprendizas en varias mesas. Veíanse al redor del taller y junto á la pared, numerosas máquinas de rizar que manejaban con actividad varias obreras. En seguida, y colocada á lo largo del taller, se ubicaba una mesa como de cinco metros de longitud, en la que mientras las de un lado surcían la ropa, las del otro disolvían en el agua hirviendo una cierta cantidad de bórax, para mezclarlo una vez diluído con el agua de almidón en que remojaban la ropa.

A continuación, seguía otra larga mesa sobre la que operaban las que planchaban ropa de señora, y en otra más allá, las de ropa de hombre. Estas lo hacían por medio de un procedimiento que me llamó la atención: Una gruesa franela era colocada primeramente debajo de las pecheras, puños y cuellos de las camisas, así como también de toda parte destinada á ser planchada de una

manera consistente y con lustre. Una vez colocada ésta, pasábanle por encima otra franela humedecida. La franela de abajo, absorbe la humedad del almidón y la de arriba alisa la faz visible del planchado.

Terminado éste y ya lista la ropa para el lustre, era pasada á la de la mesa contigua, donde las de un lado, disolviendo un pan de jabón de coco en medio litro de agua caliente, y pasando una vez fría, un trapo empapado de esta solución á la ropa, le iban dando lustre—colocando previamente debajo de la parte á bruñir una tabla lisa—con el borde posterior redondeado con la plancha marca «Guitarra», mientras las del otro lado, doblaban la ropa y la ordenaban para la entrega, colocándole antes su correspondiente número.

Contiguo al taller, y comunicando con éste por una ancha portada que permanecía abierta de par en par, se veían otras dos largas mesas sobre las que se alineaba un sinnúmero de canastos llenos de ropa doblada, y dispuesta á ser llevada á sus respectivos dueños. Más acá y próximos á la portada, estaban los braseros y estufas en los que se calentaban á fuego vivo las planchas y hierros de las máquinas de rizar. Las obreras que plegaban la ropa, una vez que los cilindros estaban ya bien rojos, los tomaban con largas tenacillas é iban introduciéndolos en el hueco de los plegadores, por los que luego pasaba la ropa destinada al efecto, que apretaban con la prensa, mientras con la otra mano daban vuelta la manivela que hacía girar dichos plegadores.

Observaba con marcado interés la ejecución

de esta industria femenina que me causaba verdadera recreación, cuando la campanilla del teléfono vibró fuertemente en el salón.

—¡Hola!... exclamé, tomando el tubo y acercándome al receptor telefónico. ¿Con quién hablo? —interrogué—. Nadie me respondió.

—¡Hola!... volví á repetir.—¡Hola!... —y nada! Resonaba solamente el murmullo de la corriente eléctrica, y el rumor de un tráfico lejano, intercalado de varias voces confusas que vertían en el oído palabras incoherentes y pasajeras.

Empezaba á fastidiarme ese silencio, cuando una graciosa oficiala, aproximándose me dijo gentilmente:

—Permítame usted, señorita. Tentaré de llamar nuevamente.

Puse el tubo en las manos de ésta, quien después de hacer sonar repetidas veces la campanilla, volvió á colgarlo boca abajo en la horquilla, y dándose vuelta hacia mí, exclamó, acompañando sus palabras con un gracioso mohín.

—Me dicen como siempre: ¡que está ocupado!

—No importa—exclamé riendo—el teléfono entre nosotros, no servirá para hablar con quien se necesite, pero más de una vez proporciona inopinadamente un momento de curiosa observación como el que acaba de ofrecerme en este instante.

Nunca olvidaré, en efecto, el espectáculo del taller de planchado, no obstante la aparente vulgaridad de esas casas de trabajo, ante las cuales se suele pasar, no considerándolas dignas de nuestra observación.

---



## El polluelo porfiado

(Cuento infantil)

Hacía tres días ya que el tiempo se presentaba amenazante y que el horizonte veíase atravesado por negros nubarrones; la atmósfera era pesada y reinaba ese calor sofocante que suele generalmente preceder á toda tormenta. Todo anunciaba, pues, que ésta no tardaría en llegar. En efecto, la concentrada electricidad atmosférica estalló, y en tanto que precediendo á los rayos retumbaban los truenos en el espacio, semejantes á las descargas de una potente batería, se desató una lluvia torrencial. Hallábame ese día en casa de mi hermana, recientemente casada.

Celosa y curiosa ésta en el cumplimiento de sus deberes, le gustaba dedicarse con empeño á mantener inalterablemente las comodidades de su hogar. Así, pues, no era de extrañar el que tuviera un bien surtido gallinero sobre la azotea de la casa, en el que—es justo reconocer—hubiera podido satisfacer sus gustos el más exigente coleccionista de aves domésticas, pues allí las había de todas clases en espléndido conjunto.

Pero lo que determinaba la nota saliente y alegraba más aquel profuso gallinero, era una



bandada de rubios polluelos que sólo contaban quince días de existencia.

Mi hermana les rendía el tributo de su admiración. Estaba encantada de ellos; ese día habíala sorprendido la lluvia ante el gallinero, extasiada contemplándoles y sonriendo al ver cómo iba y venía, dando vueltas y revueltas y esponjándose y amonestando con su grave *cló cló*, á sus indisciplinados chicos, la maternal gallina, orgullosa de su prolífica hazaña.

Cuando las primeras gotas comenzaron á caer, ésta, alzando sus alas como invitando á sus hijos á seguirla, atinó á refugiarse debajo del cobertizo que le servía de hogar, y era de ver cuán desesperadamente trataba de cubrir á los polluelos, que aún seguían picoteando los granitos de alpiste que al acaso desparramados en el suelo se encontraban, en tanto que mi hermana se apresuraba á espantarlos hacia la jaula.

En un momento, todos estuvieron reunidos junto á la amante gallina que se deshacía en el afán de prodigarles el calor de su plumaje; mas, uno de ellos, con cierto aire de orgullo y de capricho, cual pretendiendo desafiar á la tormenta, haciendo caso omiso de ella, obstinóse empecinadamente en no entrar bajo techo y mucho menos bajo las alas de su madre, y corría arduosamente de un lado á otro, indiferente al anhelo de mi hermana por hacerlo obedecer y á la voz de su madre que afligida, seguía con su reiterado y afanoso ¡clooó!... ¡clooó!... ¡clooó!...

Como empezara á caer granizo y ya no era posible permanecer por más tiempo á merced de los rigores de la tormenta, abandonó mi hermana

el polluelo al azar de su capricho, y corrió á refugiarse en un cuarto cuya puerta daba á la misma azotea.

Temerosa por la suerte del pequeño animalito, levantaba de cuando en cuando la cortina, mirando á través de los cristales empañados y fuertemente azotados por la lluvia, hacia el gallinero; pero, como ya no lo divisara exclamó: « ¡Bah! Es innato en el animal como en el hombre el instinto de la conservación. Y ya se habrá refugiado en la jaula. » Esperanzada y confiada en la lógica de esta reflexión, no se preocupó más por el polluelo.

Al rudo vendabal que amenazaba desbaratarlo y asolarlo todo, sucedió la calma. El cielo empezó á despejarse, y ¡sublime, majestuoso en sus radiantes colores, asomó en el firmamento el grandioso símbolo de la paz: el arco iris! Ya bandadas de alegres golondrinas pasaban en ligero vuelo, y parejas de cándidas palomas revolteaban en torno al palomar.

Eran las cuatro y media de la tarde, hora en que nos reuníamos en el comedor á tomar el té. En esto nos hallábamos, cuando entra Manolo—un galleguito sirviente—que con aire contristado traía en sus manos un polluelo, al parecer sin vida.

Miren ustedes, miren ustedes—decía—*lus estrajus* de las tormentas.

—¡Ay!—exclamó mi hermana, reconociendo en él al polluelo caprichoso. El mismo que no quiso reunirse á los demás.

—¡Pobre animalito!—dije yo—. ¡Reanimémoslo! aún vive; es probable que se salve.

—¡Qué! ¡Bah! . . . respondía mi cuñado.—Si ya está en los estertores de la agonía.

—¡No! ¡No! vamos á reanimarlo—insistimos á un tiempo mi hermana y yo—y ella presa de gran aflicción, pues ya he dicho que sentía por su familia emplumada tal cariño, que yo la solía bromear, diciéndole que al tener en la casa un campanario nadie hubiera extrañado que ordenara echar á vuelo lúgubrementemente la campana en señal de duelo, cada vez que se le moría algun pollo ó gallina.

Es de suponer que hicimos lo humanamente posible—recurriendo á todos los medios—para salvar al polluelo; después de solícito y tenaz empeño, pudimos conseguirlo.

Estaba, pues, el pollo ya fuera de peligro; pero como no está de más ser siempre prevenido, decidimos también, precausalmente, que éste permaneciera unos instantes más cerca del calorífero, á favor de cuya tibia irradiación había su cuerpo entrado en franca reacción.

Mas ¡ay! la dura lección que acababa de recibir, no había bastado para intimidarlo y corregir los inconvenientes de su presuntuoso mal carácter, y hé aquí que al reaccionar de su ligera parálisis, se rebela y no queriendo someterse á ser dócil con quienes habíanle vuelto la vida, da un salto y cae al suelo, pero . . . con tan mala suerte que se quiebra una patita!

Y ¡ahí anda el polluelo—hoy ya grande—arrastrando entre el profuso gallinero su eterna renguera! . . .

¡Cuántos seres porfiados de chicuelos no arrastran de grandes, la cólera moral de su espíritu rebelde!

## Una venganza argelina

---

Reinaba un calor sofocante. Nos dirigimos á Palermo, á fin de encontrar allí momentos de bienestar.

Detúvose el carruaje junto al Pabellón de los Lagos; descendimos de él y, atravesando la terraza profusamente iluminada y concurrida, bajamos al jardín, donde—después de dar una vueltas—nos sentamos junto á una mesita que se hallaba casi solitaria debajo de una alta palmera.

Instalados allí, podíamos observar cómodamente las vistas cinematográficas que constituyen uno de los entretenimientos de aquel concurrido sitio.

Las cadencias melodiosas del vals «Bleu», ejecutado por la orquesta, resonaban en el ambiente, y luego, después de éste, vagamente llegaban desde lejos los sentimentales versos de Alfredo de Musset, entrelazados á las notas de la romanza «Ninón» por un grafófono.

Una dama y un caballero que traían de la mano á dos hermosos niños, se instalaron—después que hubieron mirado unos momentos de pie á la concurrencia—al rededor de una mesa cercana á la nuestra.

Aquellos niños eran encantadores; particularmente uno de ellos, que parecía más vivaracho y travieso y que poseía un hechizo que subyugaba.

Los observaba encantada de su infantil precocidad, pues contarían á lo sumo, el menor cinco años de edad y el mayor seis, siendo ese—como se sabe—el período de la infancia que más cautiva y atrae, por cuanto comienza entonces á desarrollarse en él la inteligencia, y admiraba la gracia ingenua con que manifestaban y transmitían sus primeras impresiones.

De pronto se anuncia con letras grandes en el telón cinematográfico:

*Una venganza argelina*

Pasados unos momentos en que la concurrencia permanece en expectativa, comienza el drama, el que tiene lugar en la costa norte del Africa, en Argel.

La escena se desarrolla en el jardín secreto de un caíd, que se encuentra impartiendo órdenes á varios de sus súbditos, en tanto que afligida y silenciosa, yace sentada en un banco de mármol blanco una encantadora joven, que ha sido secuestrada por el moro que se halla locamente apasionado de ella.

—¿Te gusta eso?—interroga la madre de pronto, envolviendo entre las caricias de un beso, al más pequeñito.

—¡Oh! responde éste: Todavía no veo que aparezca ningún chico, ¿por qué?

—¡Bah!... ¡Zonzo!... exclama algo fastidiado e mayorcito—.¿Acaso creés que todos han de ser pebetes como tú?

—¡Mira el pavo! ¡Como si él fuera tan grande!

—¡Bueno! ¡Bueno!—murmura el padre adoptando cierto aire de imperio—.Silencio y atención.

—Yo no me divierto si no veo chicos jugando —exclama protestando el menorcito.

—¡Ya vendrán los niños: ya vendrán...—con-  
testa el padre sonriendo ante aquel infantil afán.

Prosiguen las vistas del drama:

Se alejan los súbditos del caíd, y éste, viéndose á solas con la joven, le manifiesta sus pretensiones; pero, irguiéndose ella enérgicamente, lo rechaza con dignidad. Sonríe desdeñosamente el moro ante esa vana resistencia, pues abriga plena convicción de su poder irresistible, y alejándose con cierto aire de ironía—semejante al león que tiene asegurada la presa—la deja sumida en la mayor desesperación.

En tales circunstancias, Alí, uno de los más adictos y principales moros que sirven al caíd, hondamente conmovido por tanta belleza y juventud, se conduele de ella, y rindiéndose á sus pies le ofrece franca y decidida protección.

Duda la joven al principio de él, pero su actitud respetuosa y leal le infunde al fin confianza.

Alí le promete salvarla y ella con la mayor ingenuidad, le hace confidencia de una pasión que llena su alma y le implora para velozmente á comunicar á su amante—un oficial francés—el peligro en que se encuentra.

Fiel á su palabra empeñada, parte el moro con el mayor misterio, y en tanto que el caíd intenta nuevamente vencer la resistencia de la joven, llega éste—tras penoso viaje—al cuartel militar donde—siendo capitán de «spahis»—se encuentra Claudio al mando de un pequeño escuadrón que vigila la frontera.

Ante la fatal noticia se pone éste en camino,

desesperado, guiado por el moro, después de pasar parte de enfermo al cuartel.

Antiguo conocedor, Alí, de las costumbres del castillo, introduce sin ser visto—á media noche—á Claudio en el secuestro de su amada, quien angustiada y desesperada, vela...

Aquí protestó nuevamente Raúl de que todos los personajes eran grandes y con enérgica voz, púsose á gritar:

¡Qué salga un niño! ¡Qué salga un niño! Porque sino me voy á jugar á casa con mi caballito.

Yo, que casi había echado en olvido á mi lindo muchacho, volví hacia él la cabeza y no pude menos de sonreír en connivencia con la dichosa madre, de la graciosa protesta.

La señora impuso silencio al niño dándole unas suaves palmaditas en una de las manos, y sonriendo con esa afabilidad que caracteriza á las madres dichosas, me dijo:

Es un diablo este chico. ¡Quiere dominarlo todo!

—¡Qué diablo ni qué diablo!—respondió el niño con tanto aplomo que me causó una gracia extraordinaria—. Yo quiero ver jugar á los niños como yo. ¿Qué me importa de esos hombres tapados como mascaritas? Yo quiero un chico que salga con un caballito y con su látigo le pegue, y lo haga galopar, y le grite, y lo haga correr como yo á mi peticito.

—¿Tienes un peticito?—pregunté al niño, dando á mi voz un acento de cómico asombro, pues ya suponía que el tal caballo no habría sido adquirido en ningún «tattersall» sino en un bazar ó juguetería.

—¿Y entonces?—contestó mi intrépido jinete.

—¡Y más lindo! Como no lo tiene igual este teatro zonzo ¿verdad, papá?

Y el padre feliz sonreía sintiendo agitarse vivamente allá en lo recóndito de su alma las olas de esa ternura paternal que tanto ennoblece y dignifica al hombre.

—¡Bueno! ¡Bueno!—le repetía acariciándole los cabellos—¡Atiende! ¡Atiende! ¡Ahora verás cómo sale á la escena un chiquilín como tú, con un caballo grande, grande. . . ¡Ya verás! ¡Ya verás!

—¿De veras papacito? ¡Ay! ¡qué lindo! ¡Cómo lo voy á aplaudir si lo hace galopar y no se cae!

Continúa el drama: En una conmovedora entrevista deciden los enamorados huír, y en tanto que Claudio alienta con frases de cariño y de valor á su prometida, el caíd, apareciendo entre la obscuridad, espía sin ser visto la escena, y enterado de todo, va colérico, cruel y vengativo á distribuir órdenes á sus súbditos para llevar á cabo su venganza.

Pero, siempre leal y firme en sus propósitos el noble Alí, facilita por una puerta secreta del castillo la fuga de los amantes, proveyéndoles antes de todo lo necesario para el viaje; se despide de ellos conmovido y les ve huír hacia el desierto para llegar muy luego al cuartel.

—¡Pero! ¿Cómo es eso, papá, que todavía no aparecen el caballo y el chico?—decía Raulito grandemente contrariado, pensando sólo en sus predilecciones infantiles y sin importársele un bledo de las dolorosas escenas del drama.

—No te impacientes, Raulito. Ya aparecerán. ¡Mira allí! ¡Mira allí! Ahora viene lo lindo—respondióle el padre interesado más que el chico con las peripecias románticas del espectáculo.



Tras penosas jornadas y ya exhaustos por la fatiga de la angustiosa travesía del desierto, solamente endulzada por el mutuo afecto de sus corazones, llegan al cuartel, donde—imponiendo Claudio á sus subalternos de la situación en que se encuentran y del inminente peligro que corren—encierra en una habitación á la prófuga, hasta tanto el regimiento pueda emprender la marcha para salir al encuentro de la cabila que muy pronto vendrá por el desquite

Aquí, Raulito abrió grandemente sus ojos mirando con avidez hacia la escena, y al ver tantos apuestos militares que con sus espadas desnudas y en línea recta, juraban á su capitán defender á su adorada, prorrumpió en grandes aplausos, exclamando con frenesí:

—¡Eso sí está lindo! ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Cómo me gustan á mí los militares! ¡Así voy á ser yo cuando sea grande y mande muchos soldados como ese capitán! ¡Bravo! ¡Bravo! ...

Algunas personas de la concurrencia que al acaso pasaban por allí y otras que se hallaban sentadas en las cercanías, volvieron sus miradas hacia aquel entusiasta niño que aplaudía con ardor aquel bélico espectáculo, en tanto que sus padres, participando de esa alegría, le decían:

—¿No te decíamos que ahora venía lo mejor?

—¡Ah! ¡Esto es más lindo! ¡Bravo! ¡Bravo! Yo también seré capitán ¿no es verdad, papá?

Estaba, pues, salva ya la joven y alzaba agradecida sus preces al Creador reiterando sus juramentos de fidelidad y amor al gallardo capitán que había expuesto valerosamente su vida por correr á libertarla, así como su gratitud

eterna para el noble moro que tan desinteresadamente se había puesto á su servicio en aquel triste y doloroso episodio de su existencia.

Pero, ardiendo el caíd en la sed de su venganza—cual si corriera por sus venas todo el fuego del sol de su patria—reune á sus súbditos y les ordena un feroz ataque al cuartel para rescatar á la joven.

En consecuencia, al despuntar el alba de la siguiente mañana, en tanto que en el cuartel resonaba el marcial toque de la diana, avistó el centinela, en lontananza, una cabila que—precedida por su jefe y formidablemente armada—se aproximaba.

Cundió la noticia con sin igual presteza en el cuartel, y, fieles los soldados á su capitán y hondamente cautivados los ánimos de todos por la dolorosa situación de la joven, juran solemnemente por sus armas dar la vida antes que entregarla.

Aterrada ésta, más que por ella, por el riesgo que corre la vida de su amado, se arrodilla, alzando fervorosas súplicas á Dios, con esa fe que muchas veces suele amortiguarse en los períodos de bienestar para resurgir siempre en los del dolor. En tanto, los soldados responden valerosamente al ataque de los feroces moros; pero tras breve y sangrienta lucha son vencidos por éstos, que les llevan en número gran ventaja, y mientras Claudio es tomado priisonero y el suelo queda sembrado de muertos y de heridos, ordena el vengativo caíd se apoderen de la joven.

Aquí Raulito interrumpió el profundo silencio que reinaba entre la concurrencia—que miraba atenta y conmovida sucederse una á una las trá-

gicas escenas de aquel tenebroso drama—diciendo con voz temblorosa:

—¡Qué bárbaros, papá! ¡Qué suerte que no haya habido niños!

Dando cumplimiento á las órdenes del caíd, se precipita bruscamente sobre la infeliz joven uno de los moros, y á pesar de las dolorosas súplicas que ésta le dirige, se apodera de ella; pero, apareciendo de improviso el noble Alí, la arrebató violentamente de aquellos salvajes brazos clavando con ciega ira su yatagán en el pecho, del moro, en tanto que lanzando un grito al reconocer á su salvador, se arroja la joven en sus brazos. Dominándose Alí—que la ama locamente—en silencio le hace señas de que simule adversión y resistencia, porque pueden descubrirle y entonces no le será fácil salvarla. Pero la joven se resiste á huír, prefiriendo morir junto á su amante. En este momento, viendo el caíd que Alí—á quien cree siempre uno de sus más adictos—ha prendido á la joven, le ordena conducirla nuevamente al castillo, impasible á las dolorosas súplicas que á sus pies hincada le hace la infeliz víctima, pidiéndole gracia por la vida de su amante.

Y entonces Alí, aparentando dar cumplimiento á las órdenes de su jefe, toma á la joven murmurándole al oído breves palabras que dejan translucir una nueva promesa de salvación.

Parte la joven con el noble moro.

Ardiendo en su sed de venganza, el feroz caíd condena á Claudio á la más horrible de las muertes, y haciéndolo atar en el tronco de una palmera que se alza solitaria en un estéril lugar, ordena se le aplique allí toda clase de tormentos; pero,

sabedor, Alí, de la suerte que corre el infeliz capitán y nuevamente conmovido por la trágica desesperación de su protegida—á quien siente que ama con singular pasión—se dispone á sacrificar en holocausto de su felicidad, su vida y su amor y la conduce—vestida con uno de sus trajes, á fin de que sea tomada por un individuo de la tribu—al lugar del suplicio, donde el mismo caíd presencia junto á su víctima el cruel tormento que el verdugo le aplica.

Entonces, la desolada joven, siempre protegida y resguardada por el noble moro, arranca á éste su puñal y en el paroxismo del dolor se lo clava por la espalda al caíd, que tambaleando cae exánime en tierra junto á Claudio, que al reconocer á Alí y á su amada, bajo el jaique del moro, da un grito de inmensa alegría y en tanto que ayudada por Alí desata la joven las ligaduras de su amado, huye el verdugo despavorido.

La Luna asomando majestuosamente en el horizonte, ilumina con su solemne y dulce luz un cuadro de amor y reconocimiento, en el sitio antes siniestro de la venganza y el dolor.

\*  
\* \*

El más grande de los niños se había dormido.

Raulito está mustio y descontento, murmurando como á guisa de protesta:

—¡Todo es mentira!

—¿Cómo es mentira?—exclaman los padres.

—Sí. Me dijeron que iba á salir un niño y no ha salido nada. ¿Dónde está el niño? . . .

Los padres se miraron sonriendo y el genitor —más gracioso ó más atrevido—exclamó alegremente:

—¿El niño?—ya te traeremos á ver al niño dentro de algunos meses.

## El pájaro arisco

(Cuento infantil)

Contaba Julio tan sólo diez años cuando su pobre madre, tras una larga enfermedad que la tuvo mucho tiempo postrada, dejó de existir.

Su padre era un buen hombre, honrado y trabajador, y á pesar de que padecía de un incurable mal, que le aniquilaba cada vez más, jamás flaqueó ante el cumplimiento de su deber. Sintió gran dolor por la muerte de su mujer y al quedar solo con Julio, refundió en él todos sus cariños, considerándole su único consuelo.

Era jornalero; percibía un mísero salario, que muy escasamente le permitía sufragar los gastos estrictamente necesarios de él y de su hijo.

Todos los días, al caer la tarde, cuando ya el vecino campanario dejaba tristemente oír el melancólico tañido del último toque de oración, poníase su chaqueta azul y se encaminaba lentamente—cual si se sintiera exhausto por su penosa tarea—hacia su humilde casa, en la que muy rara vez Julio salía á recibirle con un tierno abrazo, pues frecuentemente pasábaselo callejeando en compañía de maleducados niños de esos lugares.

Entonces, el infeliz padre, contrariado, iba á buscarle, y constantemente sucedía que, sentándolo

sobre las rodillas, trataba con dulzura fraternal de infundir en su alma buenos sentimientos, y con marcada inteligencia tentaba de templar su espíritu infantil, preparándolo para la noble idea del trabajo.

—«¡Hijo mío!—le decía, besándolo en la frente. El trabajo ennoblece al hombre y es el más honorable guía que nos conduce siempre por la senda del bien. Quiero que repercuta en tu corazón el eco de estas palabras, pues de este modo llegarás á ser un hombre feliz. Es menester que rehuses en lo sucesivo la mala compañía de esos niños callejeros que á pesar de tener á sus madres, (cual no la tienes tú), consentidos por éstas, que equivocan de tal manera su cariño, vagan al albedrío de sus irreflexivas inclinaciones, pervirtiéndose cada vez más.»

Estos puros y sanos consejos eran diariamente repetidos por el amante padre; pero, Julio, aunque parecía ponerlos en práctica los primeros momentos, pronto los olvidaba. Así se fueron pasando muchos meses. Julio había cumplido ya once años y sentía poca inclinación, mejor dicho, ninguna, por la escuela y el trabajo.

Cierta día entró, furtivamente, junto con sus amigos, en ausencia del hortelano, al jardín de una hermosa quinta que por aquel entonces se hallaba al cuidado de unos viejos caseros, y, mientras arrancaban de sus tallos las mejores flores que bordeaban el camino, creyeron oír un clamor de voces, pareciéndole á Julio que resonaba su nombre á la distancia.

Salieron azorados, destrozando al pasar, en su fuga, las plantas que encontraban á su paso.

Corrían, agitados, y al doblar un recodo, vieron un tumulto de gente que rodeaba contristada, una camilla, sobre la cual traían á un obrero cruelmente mutilado y cubierto de sangre.

Julio lanzó un grito de horror... ¡Era su padre!

Y al intentar correr á él, que en ese momento espiraba, cayó sin sentido al suelo, sosteniendo aún entre sus manos las flores que robara, y que por un misterioso designio habrían de ser redimidas de su falta de procedencia, cubriendo el cadáver de su padre.

Julio fué recogido en homenaje al malogrado autor de sus días, por el dueño de la cantera en la que demoliendo biena perdiera él infelizmente la vida, y éste tratóla con toda consideración al niño con quien habíase propuesto hacer las veces de padre.

Por otro lado, la esposa de este buen hombre, amaba ya á Julio cual á un hijo, pues hacía algunos años había perdido el único que tuviera, y toda ternura tristemente amortiguada por la acción del tiempo y del olvido, resurgió de pronto en favor suyo.

Inmediatamente fueron contratados los profesores á cuyo cargo estaría confiada la educación del niño, y ese hogar que por espacio de tantos años permaneciera sombrío, cual un día otoñal privado de sol, era ya todo luz y alegría con su infantil presencia.

Pero, una fría tarde de invierno, al regresar la buena señora de la iglesia, echó de menos á Julio en la casa; creyendo que hubiera salido con su esposo, se tranquilizó muy luego.

Mas, ¡cual no sería su aflicción, cuando, al



volver éste, por la noche, vió que regresaba solo!

¡Es de imaginarse cuán grande fué la confusión de ambos por esa ausencia inexplicable!

De pronto—semejante al fulgurante rayo que ilumina las tinieblas—una luz pareció esclarecer aquel misterio en la mente del buen hombre, y como si se volviera loco corrió febrilmente hacia el escritorio. ¡Oh, desilusión! ¡El *secreter* cuyas llaves dejara olvidadas, estaba abierto!... ¡Julio había desaparecido con un billete de quinientos pesos, y el billete era falso!

Dos meses después, unos pobres campesinos encontraron al despuntar el alba de una mañana de invierno en que soplaba un aire tan frío que parecía que arrastraba hielo, tendido sobre el umbral de una puerta, el cuerpo inanimado de Julio, agrupado sobre sí mismo en esa horrible contracción de los que mueren bajo la influencia del frío!

¡Murió entre la escarcha de la noche, como muere el ingrato pájaro que abandona el nido que le dió calor!

---

•

## De Amicis traicionado

---

El gran hombre acababa de tener suspenso de su acción, de su palabra, de su voz, al numeroso público que lleno de avidez acudiera á escucharle.

De Amicis se retiraba del teatro Solís, de Montevideo, en el que había interesado, enternecido, admirado, á una enorme muchedumbre, que le aclamaba entusiastamente al final de una de sus más sentidas y elocuentes confidencias.

Acompañado de uno de sus predilectos amigos (un conocido escritor nuestro) al despedirse, llana y afablemente, en el pórtico del teatro, de un grupo numeroso de calurosos admiradores, tomó á éste del brazo, y le dijo:

—Vamos á caminar algunas cuadras. Necesito desopilarme de este atracón de convencionalismo con que he tenido que contener las expansiones naturales de mi carácter. Hé aquí uno de los más grandes inconvenientes que para mí tienen estas conferencias públicas.

—¡Por fin libres!—exclamó luego sonriendo y recordando el lema del popular cuadro.—Es muy satisfactorio verse así aclamado por un público benévolo y sincero, pero, á pesar de todo, me son violentas siempre estas aparatosas y desbordantes manifestaciones en que uno forzosamente debe

expresar muchas veces hasta lo que no siente, para agradar é impresionar al auditorio.

Mi carácter se aviene más á la sencillez; me gustaría pasar de incógnito sin ser jamás advertido. Mis afecciones, mis amores son para todos, pero me veo feliz cuando se me hace en el hogar, en el seno de los míos, una manifestación de íntimo cariño, mucho más que cuando me lo hace el público, á quien, sin embargo, quiero y agradezco.

¡Es tan hermosa la libertad!

¡Es tan halagüeño el verse rodeado de los suyos, experimentando las sensaciones de ese dichoso «home» de los ingleses!

¡Y, sin embargo!...—murmuró y sonrió bajo sus grandes bigotes militares, con aquella sonrisa de niño grande que era su característica.—Escucha—continuó, estrechando más el brazo de su amigo—escucha cómo fuí víctima días pasados de una emboscada imprevista.

Me encontraba tan bien sentado en la cabecera de la mesa entre mis parientes de Buenos Aires, que parecíame que de mi Italia querida no me separaba la inmensidad del océano, sino tan sólo pocas millas, pues oía y podía hablar mi mismo dialecto, actuar dentro de mis mismas costumbres, comer mis platos favoritos, beber mi vino, guardador del perfume de mi caro terruño.

En el semblante de todos los míos se reflejaba esa alegría grande que experimentamos á la llegada del querido viajero que viene de tierras lejanas.

Los niños me miraban como al abuelo á quien se ha conocido en el retrato, y que se espera ver

aparecer de un momento á otro. En los demás semblantes cabrilleaba una infinita felicidad. ¡Yo me sentía plenamente halagado! ¡Había comido esa noche con verdadero amor, con verdadero bienestar!

Me había visto libre de toda simulación, de toda etiqueta, de todo cumplimento, y cuando llegamos á los postres no pude menos que exclamar:

—¡Qué grata ha sido para mí esta comida, que me recuerda á aquellas de mi suspirada casa, en realidad á esta hora tan distante, pero, que la he visto aquí, con los ojos del alma, evocándola toda entera, en el pensamiento!

¡Qué dulce es tomar el último sorbo de nuestro buen moscato, sin que se lo amargue la traición del discurso apologético!

No bien hube dicho esto, cuando se pone de pie el gran bribón...

—¿Quién?—exclamó el amigo.

—El novio de una de las muchachas, y sacando un tremendo rollo del bolsillo, me dice tímidamente.

—Pero usted me va á permitir, señor De Amicis, que le lea...

¡Aquel traidor me tenía preparado un discurso de doscientas carillas!



## Purificada

---

Armando pasaba una vida de mártir.

Su primera pregunta al entrar en su casa era por su mujer. Estaba ya tan habituado á saber que raros eran los momentos en que ésta se presentaba ante él, que no esperaba jamás oír de boca de su mucamo que la Señora se hallaba en casa.

No obstante, el infeliz esposo, aguardaba día á día que el cansancio, que al fin creía debería causarle tan agitada vida, fuera el feliz motivo que decidiera á su consorte á acostumbrarse al dulce retraimiento del hogar; de ese hogar que le hacía sentir frío, intenso frío, al verlo así, entregado al despilfarro de inconsiderados sirvientes que echaban la casa por la ventana, derrochando á su antojo, en tanto que las largas cuentas iban cayendo diariamente con abrumador apremio sobre su cada vez más esquilmada hacienda; empero, lo más desesperante, lo más triste de los espectáculos de aquel hogar desvencijado, era el que ofrecían sus dos hijitos criándose en el abandono, sin más cuidados que los pocos é insignificantes que podían prodigarle sus adocenadas niñeras.

—Papá—decíanle los niños, abrazándolo á su llegada ó colgándosele de las rodillas—: ¿Y mamá?

¿No viene contigo? Salió hoy tan pronto como se levantó, con otras señoras que vinieron á llevarla...

— ¡Ay! ¡Papacito!—añadía el más pequeño—. Yo estaba deseando que llegaran las seis para que vinieras... porque estábamos solitos... y de noche como es ya... teníamos miedo...

Armando no tenía más consuelo que estrechar contra su corazón á esos dos inocentes en los que refundía todas las expansiones de su alma, y los que, sin saberlo, ahondaban más y más en su desventura, con aquellos inconscientes reproches hacia esa madre... esa madre... que lo era tan sólo por la razón fisiológica de haberles dado el sér.

— Ya vendrá... ya vendrá... dentro de un ratito debe llegar... les respondía acariciándoles sus cabecitas y mordiéndose en espasmo angustioso los labios.

¡Cuántas veces no pensaba Armando, como sintiendo el dejo de un remordimiento, en sus errores del pasado, en su indiferencia con respecto á alguien que lo había verdaderamente comprendido y amado!

Ahora, «aquella mujer» habíase también unido á otro sér llevando el triste peso de sus ilusiones perdidas, buscando, tal vez en vano, suplantárlas con nuevos cariños ó nuevos aturdimientos.

Y él, como un hambriento de afectos, husmeaba febriciente la dicha perdida y hallada por aquél mortal más previsor y más afortunado que él, en quien imaginaba algo así como un ladrón de un bien que debió pertenecerle, y que él desechó en momentos de ligereza, de irreflexión, y tal vez, de cruel deslealtad... Entonces, como un demente,

hundía su cabeza entre las manos y de su pecho escapaba un sollozo hondo y profundo como el rujido doloroso de una fiera acosada...

Un día, en uno de estos momentos de tristes añoranzas, un campanillazo sacóle de sus sueños dolorosos. Era Clotilde, su mujer, que regresaba de su acostumbrado paseo por la calle Florida acompañada de otras amigas.

Aquella mujer no tenía otras manifestaciones de bienvenida para el esposo, que las de su apresuramiento para cambiar la lujosa *toilette* por otra más ostentosa, digna de la minuciosa observación de los anteojos asestados sobre ella de todos los palcos de la Ópera.

Armando tenía la debilidad de dejarse dominar por su vanidosa mujer hasta el extremo de verse obligado, aun cuando no se encontraba bien á acompañarla noche á noche á las funciones de su turno.

Pero, no había más. Debía hacerlo por su honor; pues su mujer—enriellada frenéticamente en el tren de sus caprichos—era capaz de presentarse sola en la Ópera y hacerle pasar bochornos que hubieran ido menoscabando su buena reputación.

No hacía aún una quincena que regresaron de la temporada balnearia de Mar del Plata, el cual, en la actualidad, ya no posee el dulce encanto de antaño, cuando verdaderamente se iba allí á disfrutar de días de bienestar y de reposo.

Desgraciadamente, el Mar del Plata actual, se ha convertido en un centro de ostentosas reuniones, en torneo de lujo, en infierno de juego, donde análogamente—aunque no con el mismo aspec-



to de riqueza y brillo—se ha instalado bajo ingenioso pseudónimo, una ruleta como en Monte Carlo, en la que hombres de fortuna ó simplemente de coraje exponen sus capitales ó sus atrevidos albures de suerte.

Allí se pasa durante la temporada una vida tan azarosa ó más que la de la ciudad.

Ahora, ya no eran las tertulias del Bristol, el curso de la Rambla, los *five o'clock tea* en el Torreón, las correrías sugestivamente insinuantes de la playa, con sus medio desnudos balnearios, las excursiones arriesgadas al faro, decoración forzosa de las *poses* románticas para los retratos de los indiscretos y cargantes *amateurs* fotográficos lo que la alejaban cada vez más del hogar; ahora eran las invitaciones á las delicadas comidas sahumadas por las violetas y alegradas por el *champagne*, las *sauteries* bulliciosas, las sesiones—más de vanidad que de amor—de las ostentosas asambleas de caridad, en las que se habla más de fiestas, modas y escándalos íntimos que de los pobres y sus miserias, el teatro—gran escaparate de trajes, tocados y esmaltes humanos... —las noches nerviosas, los días sobresaltados...

Armando comparaba la vida de su mujer al trajín incesante de una fiera enjaulada. No dejaba, en medio de todo, de admirar en ella la voluntad inalterable para cumplir con los deberes sociales.

—¡Cuán distinto habría crecido aquel hogar si Clotilde con el mismo ardor hubiérase dedicado á él, concentrando allí todas sus energías, todas sus preocupaciones, todos sus sentimientos de mujer correcta, noble, buena y hasta hermosa... que

la hermosura dignamente ostentada llega á ser una virtud doméstica; si hubiera en fin, pensado como Cicerón, que la primera sociedad está en el matrimonio, en el hogar, en la familia.

Restaba tan sólo una esperanza para serenar aquella vida turbulenta.

La gota de ácido reactivo que disgrega y precipita los cuerpos en suspensión dejando claro, brillante, transparente el líquido antes turbado por sus partículas.

Esta gota amarga pero fuerte, enérgica, imprescindible, era el dolor.

Una noche, Clotilde entró tarde, aburrida de una *soirée* frívola en un teatro lírico, á su casa abandonada por casi todo el día.

Al entrar notó iluminación insólita y trajín desusado.

Armando fué el primero que se lanzó hacia las piezas interiores, pues el portero acababa de deslizarle una palabra furtiva en el oído.

El niño mayor estaba malo.

Un ronquido seco y anhelante se escapaba de su débil pechito. Clamaba por su mamá en medio de su fatiga, rechazando á los mercenarios cuidadores.

Clotilde recibió por primera vez en ese momento un golpe seco y rudo en el corazón.

Arrancándose el rico tapado, destrozándose los guantes, sembrando el suelo con sus valiosas joyas, se echó sollozante, despavorida sobre el cuerpecito quemado por la fiebre de su hasta entonces descuidado bebé.

—¿Qué tienes?... ¿Qué tienes alma mía?... —decía con voz angustiada y bañando en lágrimas al hijo de sus entañas.

—¡Mamá! ¡Mamá! balbuceaba el niño besándola con sus labiecitos de fuego.

—¡Armando! gritó entonces desesperada aquella ligera mujer—¡Se nos muere! ¡Se nos muere!... ¡Yo!... ¡Yo tengo la culpa!—y cayó en un espasmo nervioso á los pies de la cama de su hijo. En ese momento entraba el médico.

El niño salvó milagrosamente, pero, además, salvó á su hogar; salvó la paz doméstica, esa augusta y santa ficción del amor jurado, que la honradez y el deber transforma de pasión en ley y constituye el código íntimo de la familia.

Entre los brazos del niño moribundo la ligera Clotilde había hecho renuncia en cambio de la vida del sér querido de sus vanidades de mujer á la moda, y en prenda de esa radiante súplica, de ese profundo anhelo, sus joyas vendidas en el día de la resurrección de su hijo, produjeron el santo óbolo de su propia redención, que piadosamente fué á llevar pan y esperanzas á los niños pobres y menesterosos.

---

## El abanico de mi abuela

---

Cuando cumplí 15 años, mi abuela me regaló un abanico que de puro antiguo constituía una prenda «de alta novedad» como decimos nosotras.

—No te puedo hacer un regalo más oportuno para tu edad, ni más valioso para mis recuerdos—me dijo—. Este abanico fué mi piedra de toque, cuando yo era muchacha como tú, para aquilatar á los hombres galantes. Con él puse á prueba á tu abuelo, y puede decirse que por él me casé.—¿De veras abuelita?—dije yo saboreando de antemano una de esas breves anécdotas de la madre de mi madre que tanto me divertían.—Cuéntame cómo fué eso.

—Pues nada mas sencillo—replicó la anciana, tomando cariñosamente de mis manos la sugestiva prenda, y abriéndola y cerrándola con un ruido de persianas en sus varillas, se abanicó rápidamente y continuó—:En mis tiempos, los hombres eran mucho más galantes y educados que en los actuales.

Ahora se emperifollan, se perfuman y se contonean tal vez más que entonces; pero, cuando yo era joven, los mozos atraían é imponían á la vez por su continente bizarro, su aspecto de

verdaderos caballeros, su fina observancia de los deberes sociales para con las damas... en fin, eran: ¡una monada!

— Hoy también—me aventuré á decir yo.

¡Cállate!—exclamó con vehemencia mi abuela—. Los mozos de hoy pertenecen más á los *boxs* á los *garages* y á los naipes que á los salones.

Bien está que ustedes no se quedan atrás. Todas son por lo menos jugadoras.

Cuando veo citadas á algunas de mis mismas contemporáneas preparando las mesas de esa tinba que se llama *bridge*, no puedo menos de persignarme pensando en cómo la locura de la moda hombruna ha echado á perder hasta los cerebros que yo creía mejor equilibrados.

—Bueno, pero vengamos al abanico—dije yo.

—¡Ah! Es verdad.

Mi abuela desplegó suavemente el ala sutilmente recamada del abanico, y después de mirarlo con ternura y suspirar hondamente, dijo sonriendo:

—Son dos palabras que se refieren á una malicia muy común en las mujeres de todas las épocas; solamente que yo no ponía en ella puramente coquetería sino observación.

Iba á un baile, y como á decir verdad no era de las destinadas á la ominosa plancha, me rodeaba en el acto, una turba de obsecuentes galanes.

Flores, piropos, declaraciones embozadas, compromisos de bailes, pretensiones de temporada.

Era aquello un remate de galanterías á que yo contestaba con sonrisas, miraditas y monosílabos, que generalmente sofocaba el ruido de mi abanico.

Cuando la cosa había llegado á su período culminante, dejaba caer como al descuido esta prenda y ése era el momento de mi triunfo y de mi observación. Todos se inclinaban presurosos á mis pies para recoger el precioso objeto; pero, en esa demostración galante había distintas gradaciones de voluntad y de entusiasmo.

Unos se tiraban verdaderamente de rodillas en el suelo, comprometiendo generosamente sus flamantes pantalones; otros hacían piruetas con los pies y las manos, como Tonny en el circo cuando hace como que ayuda á los sirvientes á recoger un artículo.

Ante estas demostraciones yo seleccionaba.

—¡Muy bien!—dije yo alegremente—pero, ¿y mi abuelito?

—¡Ah! Pues una noche, en el Club del Progreso, de la calle Victoria, repetí mi juego, encontrándose en el grupo el futuro ó presunto padre de tu mamá.

Dejé caer el abanico; el mismo movimiento de siempre. Pero tu abuelo que se había echado sobre él como un tigre sobre una gacela, se encontró conque por la otra punta le tenía sujeto otro joven—mi asiduo festejante—á quien él odiaba de muerte por esta circunstancia.

No sé cómo fué, pero con la mano libre le apretó el puño con tal fuerza que el otro lanzó un grito y soltó la prenda que mi futuro esposo me presentó triunfalmente.

Naturalmente, un duelo. Tu abuelo, buen espadachín, le perdonó la vida á su rival á costa de una rebanada en la nariz, que aún ostenta mi

añejo pretendiente, que ganó á mi esposo en la vida lo que aquel había ganado en el amor.

Naturalmente, yo, reina de aquel combate, premié al vencedor con mi blanca mano y... «colorín colorado ahí está el cuento acabado».

Guardé el abanico histórico con verdadero cariño y ¿por qué no decirlo? con supersticioso interés.

Al primer baile á que me llevaron mis padres llevé también el simbólico abanico. Tuve la fortuna de que á poco de encontrarme en los salones del sarao me rodearan unos cuantos jóvenes, con ansias de irresistibles conquistadores.

Me pedían polcas, valeses y cuadrillas apuntándolas en mi *carnet* como se piden artículos en un almacén, apuntándolos en la libreta.

De repente dejé caer mi abanico. En ese momento la orquesta tocaba el *ritornello* de una cuadrilla.

—¡Vamos! ¡Vamos! dijo mi compañero, tomándome lisa y llanamente por la mano al mismo tiempo que plantaba su fornido pie sobre el abanico de mi abuela que, al ser despedazado, lanzaba desde sus varillas desechas algo así como una carcajada de nácar.

---

## Los pequeños luchadores

---

Uno de los exponentes más notables de la civilización en todo pueblo grande, es el que presentan esos pequeños luchadores de la vida, que se dispersan por sus calles y avenidas como bandadas de gorriones, alegres y bulliciosos con la dicha del vivir en lo ojos y la vivacidad de la fuerza embrionaria en sus pequeños músculos.

Buenos Aires es una de las pocas ciudades que presentan como ninguna esta característica de su progreso.

Fijamos nuestra atención en esos niños vendedores de diarios, y nos preguntamos: ¿de dónde surge ese cardumen de pequeños seres, combatientes casi desde el nacer, en la lucha de la vida?

—Son mis hijos, dice la civilización.

Los pueblos en que ésta se ha olvidado, ó que simplemente no la han experimentado jamás en su forma grande y efectiva, no presentan ese espectáculo alegre al mismo tiempo que conmovedor.

Esos innumerables pequeños vendedores de diarios son la vanguardia, los *eclaireurs* de nuestra vida de trabajo. Ellos son en sí un fruto de nuestras necesidades engendradas en la actividad de nuestra existencia especulativa. Son un estímulo del bien, y hasta de la cultura nacional.



Cuando el sol no calienta todavía, cuando todo el mundo duerme en sus hogares, cuando sólo el agente de facción se ve en las calles, aterido por el viento glacial de la pasada noche, esta innumerable bandada de pequeños luchadores corre apresuradamente hacia las imprentas á esperar el tiraje de los diarios matinales, para repartirlos y venderlos por todos los ámbitos de la ciudad.

Hay muchas bellas cosas que pasan con bastante frecuencia inadvertidas á nuestros ojos, y que si alguna vez pensamos en ellas no lo hacemos con la profundidad de conciencia que merecen.

Por eso, he creído que la nota de observación que hoy ofrezco al hablar de nuestros pequeños vendedores de diarios, despertará el interés cariñoso hacia ellos en todas las almas buenas y fundamentalmente caritativas.

Me he imaginado muchas veces y hasta he visto á esos niños frente á las imprentas en las madrugadas crudas de invierno y me he dicho: estos niños, que aún deberían dormir al amparo del calor materno, y que á pesar de eso están aquí indiferentes al parecer, á las inclemencias del tiempo, á las incertidumbres de su buena ó mala suerte en el trabajo, á las sevicias y explotaciones de sus capataces, son verdaderamente dignos de una atención mayor por parte de los que rigen los destinos morales de este pueblo.

Ellos llevan á sus hogares, con el fruto de su pequeño comercio, tal vez el pan y la leche para nutrir á sus más tiernos hermanitos, y quizá también, á sus padres enfermos ó inutilizados por los años para el trabajo.

Sus voces alegres y sus figuras casi siempre

graciosas en medio de su indigencia, se sienten y se ven caracterizando desde bien temprano el aspecto activo de la ciudad.

Ellos son las primicias de una vida que empieza á despertarse.

¿A qué horas comen y á qué horas duermen? No lo sabemos. Su aparición es tan efímera como la impresión que producen en el ánimo las hojas que pregonan y venden. Como esas miriadas de bichitos que aletean alrededor de los grandes focos, apenas resplandece la gran luz del sol, desaparecen hasta la tarde, en que se agrupan de nuevo, esperando la salida de los diarios nocturnos, volviendo á su actividad gritona, ofreciendo sus impresos al público, subiéndose á los coches, á los tranvías en marcha, exteriorizando su afán por la lucha en todas partes con vehemencia, con porfía, con entusiasmo.

Lo repetimos con dolor: Estos niños ni duermen las horas necesarias para todo pequeñuelo, máxime cuando trabaja, y, por lo tanto, necesita reponer sus fuerzas.

Al verlos así entregados á su febriciente actividad, posesionados por completo por ese grandioso regenerador del hombre, el trabajo, no puede uno menos que pensar que tal vez de ahí surgirán mañana ¡quién sabe qué grandes factores para el porvenir de la patria! porque en esos cerebros pequeños, pero ya conscientes de sus deberes, la idea de la solidaridad humana germina, nace y medra lózana y provechosamente.

Nadie piensa, no obstante, en ellos con la seriedad que su actitud interesante y conmovedora promueve.

Con la pequeña moneda que les damos en cambio del diario que solícitos nos ofrecen, del empeñoso servicio que nos rinden, llamándonos el carruaje ó llevándonos hasta él el paquete de nuestras compras, creemos saldada la deuda de mutualidad, que en nuestra calidad de prójimos más fuertes, más afortunados, y más felices que ellos, tenemos.

Posiblemente llevarán á sus casas, algo que pueda alimentar el cuerpo... pero ¿y el alma?

La gente que muchas veces por vanidad asume el carácter de directora de los destinos espirituales del pueblo, debería pensar en que hay que salvar del vicio, de la abyección, tal vez del crimen, á estos pequeños seres en cuyas almitas, germina, indudablemente, un alto sentimiento de moral cristiana—pues el trabajo es primer capítulo de su ley—pero que abandonados á sí mismos y entregados al monstruo feroz de la necesidad, puede prontamente aniquilarse, destruirse, convirtiendo el embrión de un hombre útil en un sér pernicioso para la sociedad.

---

## Los fósiles del Jura

---

Los hombres cansados de sí mismos y de su historia, cada vez más monótona, pues se trata de idénticos ejemplares con muy parecidas costumbres, y las mismas pasiones, se dedican ahora á escarbar la tierra, pidiendo á sus misterios seculares el secreto de una vida al parecer muy anterior á la suya propia.

Nosotros también damos de vez en cuando nuestra nota—que podría ser mucho más transcendental é interesante—en el terreno de los fósiles antediluvianos, y en estos mismos días, bajo el subsuelo de nuestra populosa metrópoli, la casualidad—á la que tantos momentos buenos debemos—nos ha puesto de manifiesto ejemplares fósiles de una fauna desconocida, que yacían como tantos otros, olvidados en el hermetismo á que los condena nuestra desidia y nuestro poco amor oficial por la ciencia.

En Europa no sucede así, y para demostrar este acerto, ofrezco esta referencia de los descubrimientos recientes hechos entre los pintorescos montes del Jura, importante almacén prehistórico en el viejo continente, de los más raros ejemplares de animales casi fabulosos de que nos habla un geólogo experto, y que merece á la vez un lugar preferente en las columnas dedicadas á tales crónicas.

Quien haya tenido ocasión de internarse en los montes del Jura hacia la pendiente escocesa entre aquellas bellezas naturales, habrá descubierto de cuando en cuando, castillos, ruinas, tumbas de héroes, construcciones antiguas, en torno á las cuales se agitan las más extrañas leyendas ó se reanudan hechos históricos; y se habrá sentido transportado con la fantasía á aquellos tiempos pasados.

Pero, el pensamiento del geólogo se extiende aún más allá, se abisma en épocas desmesuradamente lejanas y lo asalta el deseo de conocer aquellos tiempos y busca, escarba en las vísceras de la tierra hasta que su trabajo sea coronado por el descubrimiento de cualquier sér, desaparecido hoy, pero viviente en un tiempo lejano, y que retorna á la luz bajo la forma de fósil.

Quizá ninguna zona se adapta tanto para una excursión geológica como la de estos montes. Subiendo hacia su cima es fácil observar en las grietas y zanjas formadas por las aguas, algunas interesantes petrificaciones.

La calidad de la roca, así como la de las petrificaciones cambia; pero, siempre en un modo determinado, ó sea, en diversos estratos, los cuales para el geólogo, representan otras tantas épocas de la tierra y de la evolución progresiva de los seres vivientes.

Todas las rocas que forman aquellos montes, pertenecen á un único período de la tierra, llamado: «La formación del Jura».

La época de esta formación es ciertamente muy lejana: de miles, quizá de millones de años tiempo que ni es dado siquiera calcular.

Lo que sabemos ciertamente, es que en un tiempo la superficie de la tierra era muy distinta de lo que es ahora; reinaban otros animales y otras plantas. En aquel período de tiempo la Europa no existía en el sitio que ocupa, pero fluctuaban las ondas de los mares.

Parece ser que aquellos mares no tuvieron límites, pero está probado que sobre esos mares abiertos fué que surgieron las cimas de los montes en forma de islotes. También en aquellos tiempos sobre las costas de los mares se depositaban las arenas, y millares de animales marinos contribuían á la elaboración de las substancias amasadas en el agua.

De la profundidad salían en forma de montes las esponjas y los corales, y un innumerable cardumen de moluscos, zoófitos, conchillas y caracoles, que habitaban el fondo del mar.

Sucesivamente el fango, las arenas y la cal endurecida se transformaron en pizarras, en piedras areniscas y calcáreas, y fué en estas mismas piedras en las que los animales marinos sufrieron la fosilización.

Si sentimos el vivo deseo de conocer la profundidad de nuestros mares para saber por qué plantas y por qué animales son habitados, tanto más interesante sería el poder investigar el fondo de los mares desaparecidos. No es fácil, ciertamente, lograrlo, aun cuando existen conocimientos seguros, trabajos y estudios continuados para poder descubrir los restos de los animales desaparecidos, volverlos—diremos así—á la existencia á esos seres fosilizados, reconocer su aspecto y su vida.

Pero, la tierra cultivada y los bosques son un

gran obstáculo para el geólogo, porque la masa rocallosa está cubierta como de un velo impenetrable; le son, en cambio, de una gran ayuda las cavidades, tanto más cuanto que los propietarios de aquella región rica en fósiles conocen su valor y su significado y trabajan en ellas con toda clase de precauciones.

El grupo del *Sehwarzen Jura ó Lias*, es muy importante para los geólogos porque en él se encuentran en abundancia conchillas muy raras, llamadas *posidonias*, y muchos otros espléndidos fósiles.

Es muy importante observar las cavidades de pizarras—en las vecindades de Hoeszmaden—durante el trabajo.

Vese sobre las paredes de la cavidad, de arriba á abajo, primero el yacimiento de tierra de cerca de dos metros de espesor, después la roca esquistosa de seis ó siete metros. Todo el rodaje que está allí en giro demuestra cómo no toda la pizarra es usable; al contrario, es menester excavar de 60 á 80 centímetros antes de poder lograr extraer las buenas lozas, que se aplican después á los variados usos del comercio.

Cada hoja de pizarra interesa sobremanera al geólogo, porque casi siempre, puede allí hallar los vestigios de seres vivientes en muy lejanas épocas.

No obstante, no debemos alucinarnos ciertamente al encontrar esos seres cual eran en sus tiempos; los vemos, como si hubieran estado comprimidos entre las páginas de un libro gigantesco. Hé ahí que aparecen entre el pedregullo en masa, la impresión de pequeñísimas con-

chillas, fósiles de la familia de los jibias, escamas lucientes de peces, restos de huesos de muchas especies de saurios; graciosos cálices de ninfas, como existen aún hoy en las profundidades del mar del Japón y de la Florida; restos de peces en los que se reconocen perfectamente las escamas y las espinas. En un pedregullo de pizarra encontré el cráneo de un ictiosauro del largo de quince metros, y en otro bloque vecino cuatro vértebras del mismo animal.

En las cercanías de estas cavidades el naturalista y geólogo Bernardo Hauff, trabaja y estudia asiduamente desde hace veinte años, y ha descubierto con sus trabajos, muchas de las maravillosas petrificaciones que figuran actualmente en los más grandes museos. El cuenta que cada año se encuentran en aquel lugar muchos restos de ictiosauros, pero solamente un pequeño número de ellos, en estado perfecto ó al menos digno de merecer una prolija restauración.

El largo de estos animales varía de 0.70 á 15 metros; la mayor parte tienen de 1.80 á 2 metros de longitud.

En número menor existen esqueletos de cocodrilos que se asemejan en su aspecto, por su grandeza, á aquellos del Ganges y se llaman «teleosauros». Aún mucho más raros son los «esocetos» y los «plesiosauros».

De éstos últimos se ha descubierto hasta ahora un solo ejemplar perfecto, el cual, hoy se encuentra en el museo de historia natural de Berlín.

Quien haya tenido la fortuna de visitar el laboratorio del célebre geólogo Hauff, habrá comprendido cuánto paciente trabajo requieren estos



descubrimientos antes de poder ser enviados á los museos.

Sobre la mesa preparada está el pedregullo que contiene el esqueleto del «ictiosauro» en que se debe trabajar.

A la seguridad de la mano del que opera, va unido un perfecto conocimiento de la anatomía de los animales, para no echar á perder con el escalpelo ó con el buril la delicada estructura del hueso.

Es menester proceder cautelosamente, y tan presto como se advierte la presencia de un hueso, raspar la piedra con delicadeza para poder descubrir todas las otras partes.

Sepáranse las duras capas superficiales de pizarra con el escalpelo y se señalan rudimentalmente los contornos; después se procede á raspar las demás capas observando continuamente el trabajo con lentes de aumento, trabajando no sólo con tacto fino y seguro, sino también con el mejor buen sentido á fin de distinguir los huesos endurecidos de la piedra que los contiene.

Se procede de este modo, hasta que el fósil completo se manifieste á la luz.

Es ciertamente un trabajo largo y paciente; muchas veces de semanas y de meses; empero, grande es también la satisfacción del descubrimiento. Cada día aparece una nueva parte hasta que se presenta la complejión armónica del animal.

Transportémonos por un instante á los museos—especialmente al importantísimo de Stoccarda—y quedaremos sorprendidos de la gran abundancia de fósiles provistos por las montañas del Jura, de los cuales, el «ictiosauro»—que por la

grandeza y sinnúmero de sus restos descubiertos, era indudablemente el rey de los animales desaparecidos—es de los que se han adquirido mayores conocimientos.

Entre los más notables museos del mundo se han repartido centenares de ejemplares provenientes de las cavidades de Holzmaden.

Además del esqueleto y la estructura se han alcanzado noticias exactas acerca de su nutrición, de su propagación, de las propiedades de su piel y de sus músculos; de modo que la reconstrucción de este animal no ha sido hecha por inducción fantástica, sino por base fundamental y segura.

En el museo que he citado existe un hermoso cráneo de «ictiosauro», el cual no fué encontrado en las rocas de pizarras, sino incrustado en las duras rocas calcáreas.

A primera vista se reconoce el largo y fuerte hocico dentado; en el cráneo resaltan los grandes ojos en forma de estrellas protegidos por la esclerótica.

En el mismo museo, vese á la vez el cuerpo entero del animal, uno de los más espléndidos ejemplares de Holzmaden. En él distínguese claramente el cráneo con el largo hocico, unido al cuerpo por un cuello corto. El cuerpo está formado por una larga columna vertebral, que va gradualmente adelgazando hacia la cola; sus vértebras pueden llegar hasta el número de 200 en un animal adulto, mientras en los ejemplares pequeños tiene un menor número.

De las vértebras parten las costillas que forman un tronco cilíndrico con el tórax y la cavidad abdominal.

Interesantes son sus extremidades. No son pies para caminar, pero sí aletas para nadar, en las cuales nos es fácil poder reconocer las manos y los pies transformados en órganos aptos para la natación.

La aleta de adelante es mucho más grande que la de atrás, y entrambas están recubiertas por una piel semejante á la de la ballena y del delfín. Sobre el lomo tiene una gran aleta que va á terminar en la cola.

El «ictiosauro» vivía exclusivamente en el agua y esto se comprende evidentemente si se observa la forma de sus extremidades. No podía caminar sobre la tierra, y mucho menos depositar sus huevos. De lo que se deduce que el desarrollo de los hijos no procedía normalmente; se formaban en el seno materno; al contrario de los reptiles el pequeño animal nacía vivo como sucede en los mamíferos.

Es por esto que el «ictiosauro» hacía parte de pez y de mamífero, como la ballena y el delfín. Todo su cuerpo sin embargo, era adaptado al movimiento; el tronco liso y cilíndrico haciendo punta hacia adelante y hacia atrás como un torpedo, y la gruesa aleta de la cola que le servía de timón.

Las observaciones que al respecto de estos fósiles se han hecho no es una quimera, sino una pura verdad comprensible por todos.

No se necesita más que observar minuciosamente las rocas que le sirven de hermético sepulcro, y reclamar á la vida los esqueletos petrificados.

## El arte y la ostentación

---

Parece algo que tiende cada vez más á confirmarse que el arte no encontrará jamás en nuestro país, como religión del espíritu, otro lugar para ubicarse que una ermita.

La verdad es que las grandes compañías líricas y dramáticas no hallan entre nosotros, fuera de su éxito comercial, que indudablemente es grande, una atmósfera propicia para su ambiente de arte.

Las más prominentes estrellas de la escena, que después de abandonar por temporadas intermitentes el vasto escenario de la Europa, pasan los mares para venir á ofrecer á nuestro teatro las sublimes interpretaciones de los grandes genios de la música y de la dramaturgia, están muy lejos de verse estimuladas por nuestro pueblo, como debería ser y como sucede en el viejo continente, en donde se las sabe comprender y apreciar.

Convendremos en que, por excepción, nuestro público discierne sus aplausos á los más notables y descollantes artistas, coronados ya por méritos universalmente reconocidos, pero esto es más un sentimiento de vanidad que de conciencia.

Nuestro pueblo jamás acude apasionado, entusiasta, á concentrar todos sus sentidos en un es-

pasmo de embeleso, á dejarse subyugar, á extasiarse con atención nobilísima y sincera en las grandes interpretaciones teatrales.

En los teatros pequeños, donde concurre generalmente la gente modesta é ilustrada, suele ponerse de manifiesto mayor entusiasmo é interés.

Empero, en los grandes recintos teatrales de nuestro país, en esos verdaderos templos en que se congrega la gente aristocrática, se advierte con respecto al arte una impasibilidad tal que causa la sensación de un verdadero ventisquero humano.

¿Cuál es—solemos preguntarnos—la verdadera causa de que no vague en este ambiente, como en el de Europa, el estro sagrado del sentimiento artístico?... Profundizando la cuestión, diremos que son varias las causas; pero uno de los principales orígenes de esta malhadada distracción de los sentidos se debe á la gran vanidad de ostentación que reina en el espíritu poco reposado de nuestros compatriotas.

Esta reflexión atañe muy particularmente á nuestra mujer, ó si se quiere, y ahondando más profundamente, á las erróneas y características particularidades de nuestra educación social.

Una de estas particularidades, la más lamentable tal vez y que más contraria resulta á la sutileza que requiere todo ambiente artístico, es la pretenciosa costumbre, tan constantemente en boga entre nosotros, de exhibir desde bien niña á nuestra mujer.

Debido á esto, es que el principal elemento que compone el auditorio de las aristocráticas y suntuosas salas de nuestros grandes teatros, sea casi totalmente el elemento juvenil femenino.

En Europa, en las más grandes capitales, donde la consecución de los siglos ha llevado con su acción modificadora el progreso, la civilización y la cultura á su período más refinado, la mujer no se siente, como la de aquí, acosada desde niña por ese afán de imprescindible exhibición.

La niña europea es resguardada de los ojos de la curiosidad pública hasta sus veinte años, más ó menos, como una prenda sagrada.

Rarísimo sería ver en los grandes teatros de la aristocracia europea á la niña, todavía casi colegiala, expuesta por sus padres á las miradas del público. Muy escasas veces, mejor dicho, casi nunca esto sucede, y si en alguna ocasión se permite el lujo de presentarla, lo hacen con toda modestia y desde localidades discretas á la par que poco ostentosas.

La niña europea se forma y cría al calor del hogar, al abrigo protector de toda malicia, de toda idea banal, de toda preocupación ridícula é insustancial.

Quizá sea una consecuencia de ese régimen exento de trivialidades en que se educa y desarrolla la compleción moral y física de la niña que, cuando llega á ser mujer, hora en que se muestra recién á la admiración del mundo, aparece con todos los prestigios del pudor inmaculado, de la belleza ideal y llena de naturales gracias.

En cambio, parece ser un achaque crónico entre nosotros eso de exhibir noche á noche á la niña inexperta é inocente, arrancándola del medio infantil y sano en que debería siempre deslizarse su existencia.

En nuestros teatros se ve á la niña despoja-

da de sus hábitos de sencillo pudor por las deschavetadas imposiciones de la moda, lucir provocativamente la desnudez de sus bien torneados brazos, sus blancos escotes, su esbelta garganta de diosa y sus nítidos hombros, copiando servilmente á esas figuras consteladas de joyas, llamativamente engalanadas, que se exhiben en las vidriaras de las casas especialistas de *coiffeurs y toilettes*; se instalan en sus palcos, en una exposición viviente de encantadores y sugestivos bustos.

El *flirt* constante de los anteojos, su minuciosa y atrevida observación, las miraditas procaces de tál ó cuál conquistador irresistible, los saludos familiares y hasta sugerentes de cualquier fulanito indiciero, el acercamiento llano y sin delicadezas galantes del visitante aburrido y displiciente, el infaltable novio oficial en actitud de futuro marido resignado y poco solícito; todo esto y un sinnúmero de cosas análogas es el espectáculo diario que ofrecen las salas de nuestros suntuosos coliseos, en los que de seguro está ausente, ó á veces hace apariciones momentáneas, la atención apasionada que requiere la maravillosa y embelesante interpretación de las grandes inspiraciones del arte.

Escuchan la música como se siente un rumor que pasa y cuya causa no se discierne; miran la escena por casualidad, y como el drama plástico que en ella se desarrolla no tiene hilación con su espíritu, les parece que aquélla es una fugaz extravagancia de un sueño ó una página ilustrada de un cuento de niños.

Por otro lado, ¿como pueden espíritus inexpertos que no han sido aún templados en las aza-

rosas vicisitudes de la vida, experimentar, comprender, concentrarse en esa sublime sensación? Un auditorio sin mayores conocimientos y sobre todo sin haber, como he dicho antes, vivido la vida, formado por un elemento que debemos reputar generalmente ingenuo é inocente, no puede tributar su aprobación ó su aplauso á lo que es profundamente pasional, y á veces ardientemente carnal, impetuosamente erótico.

Es esta una de las razones más evidentes de por qué en Europa, donde generalmente tan sólo concurren á los teatros espectadores veteranos de la existencia, capaces de valorizar la verdad de una acción drámatica ó de traducir con el alma la música del dolor, de la pasión, el juicio crítico de las obras artísticas que se ejecutan ó la emoción que produce el éxito que alcanzan, es justo y razonado, y el triunfo de los grandes maestros y de sus geniales intérpretes es legítimo y verdadero, pues el público que se los ha discernido no ha concurrido á la sala del espectáculo á exhibirse; las niñas no han llenado las localidades del privilegio como maniqués vivientes, distrayendo la atención del los que hacen del dragoneo un nuevo sport nocturno, y, por lo tanto, la obra sublime del intelecto ha podido imponerse, triunfar, subyugar sentidos y corazones, elevándose de la mágica escena, en alas de los vítores, á la radio-sa esfera de la inmortalidad.

---





## Sobre un concurso que fué muy singular

---

Hace tiempo don Jerónimo Podestá tuvo la peregrina idea de iniciar un gran concurso dramático, requiriendo para llevarlo á cabo la protección del gobierno nacional.

Aunque los concursos anteriores habían dejado en el ánimo de los autores y aun del público una impresión de duda y tal vez de decepción, á mi entender perfectamente fundada, una verdadera legión de dramaturgos entró decididamente en liza, tal vez más atrevida por la sabrosa carnada de los succulentos premios que por la honra de un triunfo que, posiblemente no había estimulado la romántica rosa «natural» de los juegos florales.

Cuando ya la montaña de las «obritas,» se convertía en un verdadero Himalaya de papel borronado, como modestamente llaman á sus elucubraciones los literatos vergonzosos, cata aquí que se levanta un cisma en el Teatro Nacional, al que se le declara impotente para llevar á cabo el magno concurso, surgiendo respectivamente un nuevo «sindicato» en letras, que carga con la montaña, desgrana los más populares actores y actrices de la compañía criolla, y nombra una comisión de censura, abre y bautiza de fresco un nuevo teatro al que subtitula «expresamente creado para representar las obras del concurso dramático.»

El jurado, después de pasar por el suplicio de la lectura de casi doscientas obras, cuya mayor parte recibe, el hospitalario tacho, elige quince (tal vez en honor de la edad selecta) y (para abreviar) se ponen éstas á estudio, se ensayan, y se principia ... por una desechada por inconveniente.

En seguida se representan cuatro comedias entre gallos y media noche (no las comedias, sino la forma del espectáculo).

Jóvenes críticos «*soit dissant*,» rentados por la misma institución, y aun periódicos que se dicen también atingentes al negocio, se ocupan en descalificar los teatros elegidos.

El asunto va mal.

Es necesario transfundirle sangre nueva, so pena de echarle candado al concurso.

Entonces vienen «Las de Barranco,» «*Salvation Army*» del ya casi desbarrancado proyecto teatral.

El Moderno se llena, la sala aplaude, la gente ríe... y, sobre todo, la empresa paga.

Por allí pasa toda la «*creme*» social, la intelectual y la de los talegos, hombres políticos y hasta el presidente de la República.

Uno de los empresarios muere.

Pero «Las de Barranco» es una yedra que se ha prendido á las ruinas del ya vetusto pensamiento, y lo invade, y lo cubre todo, hasta el recuerdo del objeto para el que se creó el teatro aquél con subtítulo.

Mme. Moreno alterna con «Las de Barranco,» hablándonos de Víctor Hugo, Rostand, Sardou, ó cualquier otro autor francés «encantando con su voz divina y su dicción purísima», según la frase consagrada para la reclame periodística de todas las

«matinéas». De vez en cuando hay algo de cinematógrafo.

Al concurso en tanto, le salen hongos.

El señor Lafarrere logra su centésima representación sin resollar (muy merecida por cierto).

Algunos dicen: «Después del centenario seguirá el concurso». Hay autor «quincenal» que se desmaya, suponiendo que se trata del centenario de la independencia, cuyo programa de fiestas hacía «*pendent*» á ese quiste indurado.

Pero no; la referencia es á «Las de Barranco».

No obstante, la referencia sale fallida.

Se representa la centésima; se celebra el banquete de reglamento, seguido de las cartas infaltables de los señores que hablan en todos los cementerios, en todos los parlamentos, en todas las plazas, en todas las conferencias, en todas las antesalas y redacciones...

¿Y el concurso?

Echando, no ya hongos, sino trufas.

«Las de Barranco» no salen ni á palos de la la escena del Moderno.

Al concurso, que se le nombre síndico y, sobre todo liquidador para que tase, venda y prorratee las obras.

Se oye murmurar:

Cuando estas salgan del frigorífico en que yacen, los autores habrán desaparecido, ó tendrán que hacerse llevar en sillas de mano para presenciar la ejecución.

Da gana de veras, de escribir para el célebre teatro nacional, obras de pensamiento, de ideas, de tesis y otras cosas, como aconsejan y proclaman los críticos, fotógrafos de la intelectualidad europea.

Yo creo que el concurso era demasiado pretencioso para nuestro país, que en pocos años ha corrido frenético «*steeple chase*» sobre las cosas de arte y de imaginación.

Hemos saltado ya por sobre las cosas clásicas ó románticas que llenaron la vida espiritual del siglo pasado.

Ahora estamos en plena caricatura.

## La moda y sus intérpretes

---

Algo interesante para algún espíritu observador, resulta la interpretación tan variada como fantástica que, dentro de una exquisita y á veces rara originalidad, presta á la moda la imaginación femenina.

Sabido es que nuestra mujer tiene ya consagrada su fama mundial de elegancia, de belleza y de gracia, y que después de la inimitable parisiense, cuyas creaciones y refinamiento en sus incomparables modelos llevan la palma en el certamen de la moda, la mujer argentina ha sido y es proclamada como una de las más descollantes en las lides del buen gusto y de la exquisita distinción.

En París, en el *Bois de Boulogne*, hace poco tiempo un grupo de críticos del *fashion*, entre los que se veían hombres de letras y hasta un duque de la aristocracia londinense, comentaba cabalmente esto mismo, á propósito de una dama argentina, asidua concurrente al tradicional paseo, cuyo *chic* de indumentaria y nobilísima apostura, producían una verdadera admiración.

En estos últimos tiempos, en las fiestas y reuniones al aire libre que se han venido sucediendo, fiestas á que tanto han favorecido el tiempo

verdaderamente alegre y primaveral, incitando de nuevo la congregación de las elegantes bajo las dulces sombras de Palermo, hemos podido percibir las muy hermosas interpretaciones que en un variado conjunto hacen de la moda nuestras mujeres.

En la tribuna oficial del reciente Concurso Hípico, por ejemplo, el traje que vestía una niña que se hallaba cercana al palco de la Comisión, merece un sincero elogio y hasta una prolija descripción.

El color amarillo ha parecido siempre chocante por su estruendosa vivacidad y lo difícil de armonizar con otros colores, siendo esto causa para que cayera en desuso; los colores celeste, púrpura, rosa pálido, azul turquí, gris perla, violáceo, azul marino, *bordeix*, *beige* y tantos otros vulgarmente en uso, han merecido siempre una asidua preferencia; empero, continuando mi referencia al traje amarillo de la niña aludida, diré que no pude menos que cerciorarme de las muchas veces que habrá declarado la autoridad de Mr. Paquin y otros soberanos de la moda: «que la que usa *chic* hábilmente empleado, puede desvanecer lo charro de un colorido y presentarlo bajo faces de atrayente originalidad».

A vuelo de pluma daré á mis lectores una descripción del bonito traje que á mi parecer ha sido el más original de estos días: Una larga falda que evocaba aquellas tan amadas de la emperatriz María Luisa, caía desde el pecho hasta perderse con sus pliegues en el suelo; sobre élla se ceñía otra en forma de caprichosa túnica griega, con una quilla en el lado izquierdo.

Encajes de Irlanda, rodeados de tenues pliegucitos de gasa color oro, pendían de los hombros, estéticamente ajustados al talle para terminar luego en un lazo con largos y sedosos flecos que sutilmente caía sobre la cadera izquierda.

Las mangas, también de estilo antiguo, iban á sujetar sus pliegues arriba del codo hasta el que llegaba el guante de piel armonizando con el color del traje.

El sombrero era delicado y original. La copa bien alta y grande, de donde arrancaba un ala ancha que se doblaba un poco hacia abajo por el lado izquierdo y se alzaba por el derecho; estaba rodeada de múltiples manojos de semillas secas y sutiles color pajizo.

Como se ve, no podía haber una más fina inspiración suntuaria que la que se desprende de este traje, el cual, por otra parte, realzaba indeciblemente por el acierto de su elección la original belleza de su dueña, una rubia ideal de cabellos de oro, y de cuya persona parecía emanar un efluvio de las idílicas fantasías de antaño.

---





## Plagas callejeras

---

El tiempo con su andar progresista, nos va engrandeciendo en población, civilización y costumbres, pero nos va también exponiendo á los inconvenientes que comporta el refinamiento social.

Una verdadera plaga de gentes de mal vivir va paulatinamente invadiendo nuestra metrópoli, con sus peligrosas y hasta criminales artimañas.

Podemos evidenciar, que en el medio de nuestra tan decantada libertad, nos vemos día á día acosados, por faz ó por nefaz, de ignominiosos asaltos por toda una legión de consumados ladrones que operan á diario con nuevos é ingeniosos procedimientos.

Si uno sube al tranvía, se ve en el caso de ajustarse el sobretodo ó abotonarse el saco, so pena de quedar cuando menos se lo piense sin poder saber la hora ó sin tener con que pagar el boleto.

Las señoras tienen muchas veces que guardarse las joyas en la cartera y ésta, quien sabe donde.

Las orejas están en constante peligro de ser desgarradas para arrancar de ellas los aros más ó menos valiosos que las adornan.

Entre poco no se va á poder viajar, con orejas pues un olvido involuntario las pone en peligro de ser maltratadas por los audaces *pick-pockets*.

Y no son los hombres solos los que se dedican á esta audaz y fructuosa industria. Un sinnúmero de aventureras han invadido también la ciudad, cometiendo, bajo hábil y sugestiva calidad de «adivinas de la suerte» sus inenarrables y hasta criminales proezas.

La inocencia de las señoras les da propicio pábulo á sus procedimientos

Estos tipos verdaderamente exóticos y raros, originarios generalmente de tierras asiáticas, traen en sí los elementos fundamentales para ejercer en el ánimo de las gentes ingenuas y creyentes, una misteriosa atracción que las induce á creer á veces con ciega fe, en la potencialidad de sus medios ignotos y misteriosos, atingentes á la revelación de este tan enigmático y hasta temido porvenir.

Parece ser, que estas aventureras, antes de introducirse en las casas ya han averiguado la vida íntima que en ellas se hace, tomando á la vez conocimientos acerca de las personas que las habitan, así como los datos más necesarios de la topografía del edificio en que van á operar.

Se hacen anunciar; su tipo—como ya he dicho—produce por sí solo una sensación extraña que no se sabe discernir si es de atracción ó de repugnancia; su conversación misteriosa y á veces interesante, dentro de la forma grosera que les es propia, va poco á poco despertando en el ánimo de las jóvenes, sobre todo, una curiosidad que concluye por una irremisible necesidad de penetrar en el misterio.

Tientan el espíritu de la niña que encuentran más propicia á sus artimañas, sondean hábilmente las condiciones del momento actual; las personas que se encuentran en ella, si hay ó no hombres (elemento casi siempre adverso y fatal á sus propósitos;) todo lo ejecutan con asombrosa perspicacia y maña.

En pleno y favorable campo de acción, la niña, cada vez más seducida por los extraños discursos de la *strega*, se presta á todas las increíbles prácticas y manipulaciones á que la someten, respondiendo dócilmente á sus curiosos interrogatorios; la sugestión forma bien pronto como un ambiente mágico en torno de ésta; aprovechando su estado, la aventurera va pidiendo suma tras suma de dinero para «aclarar el misterio,» hasta que llegando á un punto previamente preconcebido y con las palabras cabalísticas que son de práctica, da por terminada su misión.

Esto no es una fantasía; ha ocurrido, más ó menos en forma auténtica, recientemente, en uno de nuestros hogares más conocidos á inmediaciones de la plaza de San Martín, en el que una señorita, embaucada por dos aventureras, estuvo á punto de ser víctima del más ignominioso de los robos, á no haber acudido en su defensa personas del servicio de la casa, que amenazaran á éstas con entregarlas á la policía, si no hacían en el acto devolución del dinero, que decían haberse evaporado por voluntad de las secretas divinidades invocadas.

Esto demuestra palpablemente el peligro que comporta la cada vez más entretenida plaga de los estafadores aventureros, sobre la cual debía fi-

jar con mayor interés y sin tanta parsimonia, su atención la policía, no estando demás por si ésta no tiene uñas para guitarrero, como en otros casos muy conocidos, que las niñas se precavan del peligro á que evidentemente se exponen con su demasiada premura para conocer de antemano el porvenir, que felizmente, nunca revelará á los humanos sus sorpresas de dolor ó de alegría.

---

## El Corso de Florida

« Su supresión »

---

A propósito de la supresión del corso de la calle Florida se han hecho muchos y variados comentarios, y hasta uno de los principales diarios de la capital encomiaba esta medida que vino de una manera inesperada á privar lamentablemente á la juventud de buen gusto, y aun á los viejos que no se doblan al chocherío de ese dulce é ingenuo placer.

Yo me permito pensar de una manera radicalmente opuesta á dicha opinión.

Se ha abolido con esto, una de las más características costumbres de nuestra sociedad, que databa de mucho tiempo atrás y que constituía toda una tradición en los anales de nuestras gentes elegantes.

Era una verdadera ilusión para nuestras damas poder, merced á esa típica usanza criolla, exhibir su gracia, su elegancia, su belleza, congregándose allí tarde á tarde, y contribuyendo — diremos así — con todo el esplendor de su lujo y su hermosura á la exposición de la riqueza, del progreso y hasta de la espiritualidad de nuestro pueblo.

Aquello encerraba además toda una grata

sorpresa para la enorme masa cosmopolita, que acude cada vez más hacia nosotros, al encontrarse inopinadamente con ese agradable espectáculo donde podía extasiar su vista en el derroche de gracia femenina, de juventud, de animación, y hasta de una gentil hospitalidad que se desprendía de aquella exhibición casi familiar y comunicativa.

Esta impresión era más enérgica tratándose de aquellos viajeros que provenían de ciertas ciudades de Europa, en donde á pesar de su fama de expansibilidad de costumbres, el elemento femenino suele muy escasamente animar las calles. No hablaré aquí del efecto que causaría á las gentes de procedencia oriental ó asiática; pues en Grecia, en la Turquía asiática así como en tantos otros pueblos de origen Oriental, donde las leyes y las costumbres excluyen á la mujer de la vida ostensible carecen fundamentalmente del atractivo que ofrece ésta al espectáculo de la vida pública.

En cambio, en aquellos como Italia, ese país del encanto, donde bajo su cielo azul y terso la seductora mujer italiana se congrega riente y comunicativa, ya sea en la galería de «Victtorio Emmanuele» ó en el corso de Roma, en el del Arno de Florencia, en el de Nápoles, mostrando el refinamiento de su tipo meridional, se siente la sensación del calor, de la vida, de la belleza, que Platón definía como « el esplendor de lo verdadero ».

Lo mismo puede decirse de Madrid en su carrera de San Jerónimo; en Sevilla, en la calle de la Sierpe; en Barcelona, en la Rambla de las Flores; y tantas otras ciudades típicas y de fama

universal, gracias á la gala de la exhibición de sus hermosas mujeres.

Nuestra Intendencia destruyó de un solo golpe esa bella y original costumbre adoptada desde tiempo atrás en nuestra metrópoli.

La tradición recuerda, en efecto, que esa calle de la Florida, fué siempre el salón ostensible y al aire libre de la sociedad porteña.

Nuestros viejos nos dicen que desde la época colonial ya esa calle era el *rendez-vous*, social, elegante y suntuario de este pueblo. Cuentan, que después de la caída de Rosas, se estableció en aquella calle un corso á pié desde la Catedral hasta la «Plaza del Retiro» (hoy de San Martín) en donde se constituía el punto de reunión terminal, sirviendo de atractivo ó de pretexto una banda de música que tocaba en ella todas las tardes de los jueves y los domingos.

Después de la misa de una, se establecía por una y otra acera un paseo nutrido de bellísimas mujeres, lujosamente ataviadas, que lucían su hermosura, su distinción, su lujo y su elegancia, al pasito procesional de la época.

Los jóvenes (y los viejos también) formaban corrillos en las esquinas y puertas de calle, siguiendo muchos grupos por el mal empedrado de canaleta central, el curso de aquel delicioso torrente.

En las ventanas de rejas á la española de aquellos tiempos, se veían á las tradicionales familias de Elizalde, Huergo, Peña, Irigoyen, Gazcón, Albarracín, Ocampo, Zabaleta, Soriano, Saenz Valiente, Reyes, Del Sar, Escribener, Yániz, Castellanos, Chas, Mandeville, Lezica, Giménez, Leal, Landívar, Arning, Baudrix, Muños, Pico, Harilaos,



Elortondo, Van Praet, Díaz, y tantas otras, en que la costumbre galante é íntimamente familiar, deslizaba su encantadora corriente.

Poco á poco, y á medida que nuestra capital fué creciendo en población, riqueza, y por consiguiente, en ostentaciones suntuarias; que los carruajes de lujo fueron multiplicándose, y los de plaza constituyendo legión, el curso iniciado á pie, en los tiempos coloniales, acentuando en los dictatoriales y erigido en una verdadera institución desde los de nuestra resurrección á la libertad, tomó la forma en que ha perdurado hasta el momento, en que un moderno Horellanos criollo (y de lo más criollo y tradicionalmente porteño que puede haber) le dá el golpe de gracia.

Don Torcuato no se animó á hacerlo.

Es que en aquel espíritu práctico al par que romántico, coexistían la tendencia de la evolución novedosa moderna, y el respeto religioso, podría decir poético, de nuestras antiguas y nobilísimas costumbres.

El habría abierto la ciudad en una avenida de palacios, para que atravesaran entre ellos románticamente, un grupo de mujeres lindas de fina raza patricia, ostentando la nativa é inenarrable elegancia porteña.

Ese sueño no ha podido lograrse.

La piqueta que echó abajo, sin necesidad el antiguo fuerte, el Arco de la Recoba Nueva, el viejo Cabildo y tantas otras reliquias que debieron conservarse y aún ostentarse, como joyas añejas prendidas á un flamante tocado, hoy se esgrime en las cosas inmateriales, á falta tal vez de otra ocupación más práctica y benéfica.

La supresión del corso de Florida fué tema que mucho preocupó á nuestra juventud aristocrática, cuyo espíritu se encontraba consternado ante la enérgica actitud que parecía observar la edilidad con respecto á las cosas de su mayor predilección y cariñosa usanza.

Y, en verdad que las niñas de nuestra sociedad tienen derecho á quejarse con justa razón de sus últimas resoluciones, que promueven entre ellas una verdadera alarma, pues piensan «si se habrá para siempre proscrito á su respecto la galantería de que siempre tuvo fama el caballero porteño, y excluído por completo la deferencia que al fin y al cabo, deberían merecerle, para tratarlas militarmente bajo los rigores de la disciplina usada con subordinados poco dóciles y demasiado burdos...

Estas son las reconvenciones de que secreta y públicamente fué objeto el señor ex Intendente. En la intimidad de las reuniones familiares, en las confidencias de los *five o'clock*, en los bullicios intermedios de la cazuela, en las charlas de las reuniones de caridad, y en todos los círculos en que se congregan nuestras damas, se comentaban largamente las últimas disposiciones de nuestro ex Lord Mayor, el cual parecía atender á asumir una actitud cada vez más rigurosa á su respecto, haciéndolas el blanco de una serie de imposiciones que no son compatibles, no diré ya con su tradición y sus costumbres, pero ni aun con su carácter delicado, suave y sumiso.

La supresión del sombrero en el teatro, así como la del corso, les parece en la forma en que se han llevado á cabo, demasiado violentas y radicales.

Ni una ni otra cosa merecían los *úkases* moscovitas que se han dictado. El señor ex Intendente ha debido, según opinión general, proceder con mayor parsimonia y mesura, pues no se trataba de abrir avenidas sino de reformar costumbres sociales; pero puesto que ya se han hecho, no sería de suma habilidad volver sobre ello, pero sí, «pasteurizar» en un tanto esas decisiones dictatoriales, atenuando en el ánimo de nuestras damas el efecto de sus severas ordenanzas.

Nada sería tan sencillo para complacerlas, como reglamentar más temperadamente sus pragmáticas. Por ejemplo: para los teatros familiares, un gorro pequeño que no pudiera de ningún modo impedir al espectador la vista del escenario. Esto sería, vuelvo á repetirlo, para aquellos teatros cuya categoría no exige una *toilette* de gran gala, porque en éstos como es sabido, el sombrero está demás, y aún conspira contra su estética suntuosa.

En cuanto al curso de la calle Florida, debería fijarse dos ó tres días de la semana para que nuestra *crème* pudiera congregarse en él nuevamente y reconstruir así una de las características costumbres, tan bellas como las gavio-tas del escudo municipal, que seguramente nuestro Lord Mayor no se hubiera atrevido á cambiar por aves de paraíso á título de que son más útiles y prácticas.

De este modo el célebre comerciante de las seis de la tarde de que habla algún diario, no sería fastidiado en sus faenas respectivas, por esa compacta y doble fila de carruajes, que sería para él, como para todos los demás, un verdade-

ro y delicioso «aperital», y nuestras damas quedarían complacidas en su inocente y generoso deseo de dar una limosna de belleza á los ávidos y necesitados mirones.

---



## Poesía y Verdura

---

Allí estaba como siempre... quemando sus pestañas, divagando, soñando, y en su sueño profundo entre acordes decadentes, siente un hábito de algo que se acerca... una visión... la visión de la gloria... de los laureles de Petrarca, de Dante, de Goethe... y con la esperanza de una regeneración completa, en la «juventud pálida» (como él dice) sigue adelante, haciendo correr la pluma, y se olvida de que vive entre la miseria y el llanto; produce flores y aspira su aroma de la que se siente como embriagado, cayendo en el letargo intenso que le hace ver las cosas de distinto color y forma, convirtiendo lo macabro en risueña y esplendente vida juvenil.

Su mesa, la que él llama «de trabajo» vese cubierta de textos y de papeles borroneados Kant, Voltaire, Rousseau, Goethe, Newton, Secchi, Helmholtz, Darwin, Lyell, Kepler, Lamarch, Hachel, Lamartine, Smiler, ~~Stewart~~, y tantos otros están allí; todos al alcance de su mano afiebrada.

Los genios de la antigüedad como los intelectuales del presente le eran familiares.

En el modernismo—decía él—no hay genios; se han extinguido; ¡pero, vendrán, si, vendrá un nuevo renacimiento!

En el primer estante de su «etage», descoloridos, cubiertos de polvo, de ese polvo que imprime en las cosas algo como un *memento* de la nada, abiertos unos, cerrados los otros, se veían unos cuantos volúmenes de todos tamaños y colores.

Eran los diccionarios.

—¡Ah!—exclama—¡Ahí está concentrado el extracto de la ciencia; de ahí emana en el día la razón suprema de la sabiduría humana!

«El Poeta», á manera de un general que fía el triunfo en sus soldados, los contempla, los admira, los ama... y sobre todo los acaricia en la consulta.

Así está siempre, y así lo encontré esta mañana, alzándose su romántica media melena, como pidiendo ayuda á su *númen poético* para exteriorizar algo de su ideal grandioso, tan grandioso—según él—que dará á su texto forma y vida napoleónicas.

—¡Ah!—exclama—la quimera se esfuma ya... La realidad se acerca, se acerca inmortal... la veo... la veo que me conduce, que me ensalza...

Callé. No sé si por conmiseración ó por temor ante aquel cerebro exaltado.

—Si, me ensalza!... ¡me ensalza!...

—Salsa?... ma... la salsa si paga—entra diciendo el verdulero con cara de resignado y de hastiado, único constante hasta aquel momento con respecto á aquel luchador fanático lleno de obsesiones «napoleónicas».

«El Poeta» se da vuelta, como sacado bruscamente de su abstracción empírea, y mostrándole lleno de fe y entusiasmo sus carillas borroneas é incomprensibles, exclama:

—Espere, espere. Mañana sale mi soneto «Al Sol», y después el poema «A la Luna», y después... ¡Oh! después, ya verá mi obra, mi gran obra en donde canto á nuestra tierra fecunda y amorosa! Verá Vd. . cuando en ella hablo del premio... del gran premio que recibe la mano que rindiéndole adoración abre sus entrañas y arroja en ella la feraz semilla...

El italiano, como si viera que su cuentita se esfumaba en aquel vaho de poesía dice melancólicamente:—¡Eh! sí... é la tierras... buono, buonissimo... ma, però... il fruto... il fruto... non si paga con la canzonetta é la poesía...

---





## Anomalía psicológica

---

De aquel adventicio acontecimiento, que indudablemente es el más original de cuantos me hayan acaecido, han transcurrido ya seis años.

No sería de extrañar pues, que dada su originalidad, fuera uno de los que se destacaran más claramente en el profuso tapiz de los recuerdos, que va tejiendo el paso de la vida á través del tiempo y de su acción, y cuya mayoría á medida que ésta se desliza dejando hacia atrás el pasado, van cobrando en nuestra imaginación una cierta analogía con esas estrellas fijas de luz muy escasa, que por eso difícilmente se perciben como menores de sexta magnitud.

Pero este recuerdo, como todo lo nefando, me resulta indigno, torpe, triste y no puedo hablar de él sin alguna repugnancia.

Podría compararlo á esa especie poncil de limones, limas ó cidras agrias, cuyo líquido nos causa un estremecimiento en la garganta apenas nos la toca; y no obstante tiene en mi ánimo la misma estabilidad, la misma vida, que esas excrescencias carnosas y fofas que se crían en las membranas mucosas, más comunmente en la pituitaria de las ventanas de las narices, que cortadas y no extirpadas de raíz se reproducen como el pulpo.

Es evidente, y harto se ha probado, que la fealdad en cualquiera de sus manifestaciones tiene generalmente á producirnos un sentimiento adversivo, el cual haciéndose impelente nos incita á apartarnos de ella, tanto más cuanto la belleza nos atrae de cerca.

Este recuerdo entraña en sí una fealdad horrible, pero en contradicción con dicha lógica, no me sucede con él lo mismo, porque él me es repelente y accesible á la vez; trato de rodearlo de obscuridad y aprensión en determinados momentos, y en otros le ilumino y hasta virtualizo.

Aún más, he filosofado profundamente abstraído muchas veces sobre él, y algo así como un malestar inquietante he experimentado cuando he concentrado todos mis sentidos en él mismo.

¿Malestar? ¿Por qué? Quiero deducir la causa, y generalmente no la preciso con la seguridad que lo deseara.

¿Es que esa voz mala y traidora que constantemente pugna en nosotros con la buena, por la —podría decir— connotación que la une á todo lo detestable, herida en su amor propio, me reprochã el haber intervenido en aquella ocasión en que mi acción eficaz y generosa, debidamente á tiempo contrarrestó á ciertas ocultas y artificiosas maquinaciones siniestras?...

¿O es que el despecho nace de mi mismo, por no haber podido *in-sólidum* ejercer el poder de la justicia y la equidad venciendo la insuficiencia y la impotencia de aquellas circunstancias especiales?...

Comunicándome cierto día á este respecto con un amigo, me decía entre sincero y burlón: «¿O no

será que te sientes humillado y arrepentido de haberte mezclado—mejor dicho—interpuesto sin ningún derecho en un hecho que no tenía contigo ninguna atingencia?

Esta presunción—le contesté—sería plenamente falsa, sin fundamento alguno en el caso que me ocupa, porque cuando uno al entrometerse en un suceso extraño, ha realizado tal vez la acción más airosa y noble de su vida, evitando como yo lo hice, la consumación de un acto espantosamente malvado, nada tiene que reprocharse en ese sentido, y la razón y clarovidencia mismas no pueden sino aceptar plausible y abiertamente, sea cual fuere el móvil que la haya impulsado, un proceder semejante.

¿Que derecho tiene uno de mezclarse en lo ajeno? El derecho grande, honesto, incomparable, que se acredita auténtico ante toda ley que emane virtualmente de la providencia y de la conciencia humana, de concurrir á auxiliar con su auspicio en cualquier trance desgraciado al ser débil que lo clamorea, tal vez sin esperanza.

Este fué el caso:

—Veraneaba en Mar del Plata.

A consecuencia de un asunto que tenía pendiente en aquella localidad prolongaba por más tiempo que el acostumbrado mi estadía en ella.

El otoño había entrado de lleno con su cohorte de días grises y destemplados, sus lluviecitas finas, consecuentes, su naturaleza marchita y llorosa, sus fríos vientos, barredores de hojas desprendidas del árbol que les diera vida, como tantas virtudes de amor y castidad del seno de la inocencia, llevados por los soplos despiadados del

destino á morir al estanque de la vergüenza y la ignominia.

La temporada balnearia terminaba. El éxodo de las familias se había iniciado ligeramente.

La playa tornaba á su soledad antigua.

Los arrogantes ejemplares de nuestras mujeres hermosas, no se dispersaban ahora por ella, como tantas sílfides emergidas de las ondas marinas, como relámpagos magnéticos, como alucinaciones sublimes, como floescencias y apoteósis. . .

Ya esas vocecitas dulces que llegaban al oído cual lejanas y perdidas melodías; esas miradas hábiles, ardientes, amorosas, de las negras pupilas penetradoras; esa suave, muy suave y acariciadora expresión de ojos azules, escaseaban.

Ahora reinaba una sin igual monotonía.

La alegría, la dicha, la ilusión, habían volado tras ellas como satélites de su inspiración.

Mi espíritu, que tiene algo de la rareza de un extravagante afilosofado, se sentía inquieto aquel día. Una vaga aflicción, cuya causa no discernía me turbaba é incomodaba.

Solemos adolecer con demasiada frecuencia en la vida, sobre todo, los que somos idealistas, de esta especie de perturbación del ánimo sin una verdadera causa que la motive, y eso mismo experimentaba yo en momentos en que solo y como hambriento de un no se qué, me dirigía playa arriba siendo ya casi al morir de la tarde.

Una quietud y un silencio profundo embargaba á la naturaleza entera. Si era debido á la sugestión que me dominaba, no lo se, pero lo cierto es que aquella tarde me parecía la más infinitamente melancólica de cuantas había vivido,

y no obstante, me deleitaba como un romántico dentro de esa misma soledad y tristeza, y teniendo que regresar al Bristol donde todo era luz, entusiasmo, alegría, me resistía.

Algo me incitaba á permanecer allí donde ya á nadie se veía.

Pero. ¡Oh Sabiduría Eterna! Dime: ¿qué es lo que origina en nosotros ese fenómeno psicológico que nos hace responder á un reclamo misterioso y potente?

La rara inquietud que poco antes me inmutaba acababa de disiparse en mí. Me sentía libre de esa opresión. Una alegría y una reacción favorable me invadió de pronto. Al mismo instante miro á lo lejos. Al fulgor pálido de la luz vespertina divisó con el consiguiente estupor un cuerpo de mujer que se agitaba mar adentro y que parecía luchar preternaturalmente como en una convulsión, y más allá en dirección opuesta el de un hombre, que diríase pensaba sólo en sí abandonando en tan doloroso trance, sin duda dominado por el innato instinto de salvación, á la infeliz mujer cuya muerte era inminente, siendo tal vez la compañera de sus días.

El estremecimiento brusco que experimenté ejerció en mí el mismo efecto que esas corrientes eléctricas de demasiada presión cuya fuerza motriz excede de lo necesario.

*Ipsa facto*, me encontré al lado de aquella presa, que el mar con su inmensa boca abierta tragaría dentro de breves momentos para sepultarla en lo profundo de sus entrañas silenciosas.

Intrépido, impetuoso, impígero, verdaderamente atregrado con la angustia de la víctima

que parecía querer asirse desesperadamente á mis nerviosos brazos unas veces, y otras afondarse concentrando todas mis energías en aquel combate supremo, cual si me hubiera obligado por algún pacto al cumplimiento del mismo, tras sobre-humanos esfuerzos, conseguí salvar á aquella criatura de tan desgraciada muerte.

Entre tanto el hombre aquél, ileso también, había ganado la playa al parecer tan tranquilamente como si nada le hubiera sucedido.

Cuando me vió llegar conduciendo en mis brazos á su compañera se inmutó de tal manera que no le fué posible disimularlo, causándole un efecto tan extraordinario que por un momento su expresión llegó á asustarme figurándoseme la más horrible de las metamorfosis.

¡Monstruosidad inaudita! Fué suficiente verlo para adivinar y compenetrarme de la verdad del caso.

La luz de una sola mirada desprevenida y sinceramente vertida, basta muchas veces, al observador ansioso é inteligente para iluminarlo en el más recóndito de los misterios del corazón humano.

De aquella boca repugnante no brotó una sola palabra de congratulación; de aquella fisonomía contrahecha y mal agestada, una sola expresión de reconocimiento.

Por el contrario, me clavó una mirada tan hondamente feral y fatídica que sólo podía entrañar un afruento siniestro.

Aquel miserable, que era todo un afilligranado, no había tratado antes que nada de ponerse en salvo por mera cobardía como yo lo creyera en el primer momento, sino por efectuar entre el

misterio de los inaveriguables abismos del mar, la consumación de un premeditado criminal intento.

Y ahora como un apóstol victorioso yo presentaba radiante al victimario la ofrenda viva arrancada y rescatada al ara de entre las angustias del sacrificio, y éste verraqueaba y se retorció en los internos furoros de sus ansias frustradas como un energúmeno en las cavernas del infierno.

Pero más bien que la de un apóstol, mi presentación debe haberle causado el mismo efecto que la de un brujo que haya conjurado y puesto en juego todas las artimañas de su mágica y fantasmagoría para jugarle una partida maléfica.

No contaba, de veras, que á la evocación de sus espíritus malignos, respondería esta vez el *amuletum* del bien, pronto á coartar el aflato de su voluntad terrible.

El sitio, la soledad, la hora, el sordo murmullo del oleaje del mar que diríase exteriorizaba la derrota en bramidos de protesta, contribuían prepotentemente á dar á aquella escena un viso de diabólica alucinación.

Algo como una nube sangrienta y sugestionante pareció envolverlo todo, y una bandada de mensajeros alados vinieron á lanzar su rabiosa imprecación, mientras en torno revoloteaban genios malignos y aves negras de graves ojos echando al aire sus silbidos estridentes de mal agüero; ya mi voluntad no dependía sino de un vértigo irresistible... y ante la vista vacilante y á través de una horrible catarata se agrandaba, cada vez más satánico, el monstruo victimario...

Que me arrojé sobre él, que estuve á punto



de sofocarlo... qué mis manos y mi cuerpo se impregnaron de una humedad hedionda, que alguien acudió y gritó, que el maleficio como en cobarde fuga corrió á esconderse en los antros infernales... que desperté á media noche por el aullido lúgubre de un perro, solo y con fiebre intensa en la cama, lo recuerdo todo como una iracunda pesadilla.

¡Ah! ¡Pero no puedo negarlo! La asquerosa impresión que me causara aquel ser abominable que olía á azufre, cuya memoria debería repudiar cada vez más mi retentiva, según las leyes de la psicología humana, unido al despecho de no haberle hecho expiar su conato de crimen que quedara impune, constituye en mi vida el más angustioso y bellaco de los recuerdos, y basta que sienta la aspereza de cualquier momento desagradable, para que se me insinúe sobre el espejismo de la imaginación con su figura inalterablemente abyecta y repugnante.

Ya la obsesión, encarnada crónicamente en mi ánimo, me ha convertido en un anómalo psicológico. Más aún me cabe esta pregunta de la que arranco como un girón de satisfacción: ¿ á cuál de los dos atormenta mayormente el despecho de no haber llegado hasta el fin?...

Yo había «descubierto la veta» de aquel viborezco miserable, pero no era suficiente á su expiación; él á su vez hubiera querido poner el veto á mi proeza, introduciéndome, al mordirme con esos dientecitos huecos que armaban su mandíbula superior, su humor venenoso y mortífero y ni siquiera me habría administrado el *viaticum* en el momento agónico.

---

## El Poder de la Ilusión

(Cuento Infantil)

---

Extinguíanse ya los últimos reflejos del sol que se ausentaba hacia el oriente, cuando precedido por desarmónico y furioso silbido penetra veloz el tren en la estación de un pequeño cual pintoresco pueblo de veraneo de los alrededores de Londres, y, al punto de detenerse en el andén, bajó de uno de sus coches un hombre de gentil porte, que no era viejo, mas estaba envejecido, y en cuya mirada se translucía la melancolía de la resignación que tras larga crisis de dolor, imprime á el alma la pérdida del bien querido!

Las escudriñadoras miradas de los antiguos vecinos de la localidad que se hallaban á espera del tren, posáronse bien curiosamente en este sujeto desconocido y de aspecto entristecido que veían llegar al pueblo por primera vez.

Pocos días después adquiría un hermoso «chalet» que se alzaba solitario entre frondosos jardines, á fin de instalarse en él, y bien pronto cundió la noticia de que el nuevo huésped iba á pasar allí una larga temporada siguiendo médica prescripción, para restaurar su debilitada salud.

Bastaba verle para deducir que un profundo pesar había prematuramente marchitado la lozanía

de su existencia; frecuentemente se le veía vagar cabizbajo y pensativo por los jardines, y más que la sombra que proyectaba el tupido follaje de los árboles, parecía obscurecer á su semblante la de una negra historia.

En efecto, rudos golpes habían anonadado cruelmente su vida!

Después de largos y penosos esfuerzos logró labrarse una buena posición que le permitió realizar el único ideal tras el cual corriera los años de su juventud: unirse á la mujer que amaba para formar en su compañía dichoso hogar.

Pasaron cinco años y nada alteró la felicidad que reinara en él, pero fugaz y transitoria es ésta y exclamando como el Dante:

« ¡Un día inesperado vino á dejarlo la muerte solo y triste en mitad de su camino! »

Perdió de pronto á la noble compañera que adoraba, y como complaciéndose en ensañarse el destino con su amargo duelo, un año después murió el hijo de su alma!

Así pues, semejante al furioso vendabal que desbarata y asuela en sus impetuosos torbellinos los frutos del florido campo, dejando al pobre sembrador en la mayor indigencia, quedó del mismo modo este buen hombre, sumergido en las ruínas de su dicha, tras la feroz avalancha del soplo helado de la muerte.

Sus fuerzas morales y físicas que habían valerosamente resistido al cruel embate de tan duras pruebas, decaían ya, abandonándole paulatinamente.

Ahora se veía solo en ese vasto «chalet» exento de ternura, exento de cariños, y esa soledad grandemente le abrumaba.

\*  
\* \*

Cierta mañana se paseaba lentamente y no menos contristado que los demás días, por uno de los senderos del jardín que más allegado se hallaba á la espléndida verja que le circundaba, y en tanto que vagamente iba contemplando el hermoso manto de animado colorido que formaban las infinitas florecillas que crecían al descuido, mezclándose las unas con las otras en la mayor libertad, iba surgiendo en su cansada mente una dulce fantasía, que distrayéndole, le alejaba de sí esa amargura suprema.

Parecíale que veía correr alegremente, jugueteando á su albedrío, por entre esos jardines, á su tierno hijito, y que con el infantil afán de sus inocentes juegos le gritaba con risas y entusiasmos, ¡papá! ¡papá!

De pronto, en medio de esa casta evocación, fiel rememoración de su pasado, el eco de una voz infantil resonó en su oído y sacudiendo tristemente la cabeza por creerse presa de un delirio, vió junto á la puerta de reja que daba acceso á la calle, á un hermoso niño que descalzo y casi desnudito le tendía la mano en actitud suplicante.

Bajo el poder de esa ilusión que le dominaba, aquel niño se presentó á su vista como la verdadera aparición de su hijo, y alborazado, conmovido, emocionado, sin saber lo que pasaba, corre á él y alzándole en sus brazos febrilmente cual si volviera loco:

—¡Oh fiel imagen de mi amado hijo!—le grita frenéticamente—¿Quién te envía á mí?

El pobre niño parecía querer desasirse de esos brazos que tan fuertemente lo estrechaban por primera vez, y con el innato temor de ese período de la vida, comenzó tristemente á lloriquear, pero resurgiendo éste de su impresionante sorpresa, bajó dulcemente de sus brazos al niño y llevándolo suavemente de la mano, hacia el cercano banco, lo sentó á su lado y en tanto que le enjugaba con su pañuelo las lágrimas que desprendiéndose de sus ojos, corrían por sus tierneccitas mejillas como perlas de cristal y que le decía: —¡No llores! ¿Por qué lloras?—comenzó á interrogarle con respecto á él.

¡Soy solito en el mundo! respondió con apenado acento el niño, cual si comprendiera el amargor de esas palabras.

—¿Solito?...

—¡Si; Mi madre ha muerto hace ya ocho días; unos vecinos me recogieron, pero como soy tan chiquitito y no puedo trabajar, les hago peso y mucho me maltratan.

—¡Pobrecito!

\*  
\* \*

Entonces, en los labios de este noble hombre vagó una feliz sonrisa y besando la tierna frentecita del hermoso niño, exclamó con emocionada voz:

—Ven. Tu serás el motivo de mis días. ¡Mi hijo vuelve en tí á traerme un consuelo en mi vida solitaria!

## ¿Por qué escribía Smiles?

---

### ¿POR QUÉ DEBEMOS ESCRIBIR TODOS?—SATISFACCIONES Y ESTÍMULOS DE LA VIDA LITERARIA

Smiles, el famoso y tan querido escritor inglés, cuyas obras considera Esquiros como el esplendor del buen sentido, no escribía nunca por escribir.

Escribía para dejar en el ánimo de cuantos le leyeran la luz de la verdad, la sabiduría de sus creencias.

Palabra por palabra iba difundiendo por doquier su inspiración para ver después ante sí elevarse elocuente y majestuosa su gran acción.

Al publicar *El Deber*, su último libro de esa serie que en tantos habrá ejercido su poderosa influencia, decía lleno de fe y de alegría: «Espero que será tan útil como los predecesores. En todo evento, he hecho lo mejor que he podido, conforme con las facultades que quedan en mí.»

Porque en aquel luminoso talento, en aquel gran semillero—como podríamos llamarlo—no podía concebirse la idea de que alguna semilla resultase infecunda, y así le vemos decir: «Cualquier acción por más mínima que sea tiene siempre sus consecuencias.»

Smiles no incurrió en el error, ni cayó tampoco en el vacío al ofrecer con esa estimulante frase su preciosa obra, porque todos aquellos que le hemos leído, le hemos escuchado también para no olvidarle jamás, y como á veces lo he hecho, y lo habrán hecho tantos, le he recordado al escribir, é imitando su ejemplo he escrito por ver si lograba realizar algún bien que creía necesario.

Acabo de decir «como á veces lo he hecho», porque en efecto ha sido así.

Inspirada por Smiles, á quien con tanto cariño desde muy niña he leído y releído, y dedicándome como él (aunque bien lejos de poder igualarle) á lo que constituyó su mayor cariño y constancia «la pluma», *la noble pluma*, como se ha dado en llamarla, y por la cual abandonara el ejercicio de su profesión de medicina y cirujía en que tanto se distinguía, no he querido jamás escribir nada sin que alguna idea de utilidad y de provecho pudiera sugerir á mi lector, y al menos, sino siempre lo he logrado no deja de regocijarme la buena intención que he tenido.

Empero, en medio de todo, guardo en mis recuerdos como una compensación grata, la dulce impresión que me causara en el alma el éxito obtenido, principalmente, con dos de mis producciones literarias por las que alcancé el noble fin que anhelaba, que no era otro que el de emprender con suerte una campaña en pro de cierta desventura inadvertida hasta entonces por los ojos de esas dos autoridades que en muchos casos deja tanto que desear: la de la justicia cuyas deficiencias se deben siempre lamentar, y la que rige el espíritu del pueblo, tantas veces impasible, que se llama sociedad.

De estas dos afortunadas producciones, no sabría decirnos cual me llenó de mayor alegría: la una estará casi olvidada ya seguramente en la memoria de cuantos se compenetraron de ella, pues á pesar de que no han transcurrido sino tres años escasos, es tal el cúmulo de acontecimientos que, á diario se suceden en la vida ordinaria, que no es posible á todos acaparar en el recuerdo cuánto se oye, se mira, ó se lee: la otra es más reciente como muy reciente también su benéfica consecuencia.

Se trataba primeramente de una infeliz mujer, muy popular, horrorosamente popular, «María la loca», como todas los chiquillos callejeros al correrla y apedrearla la llamaban.

¡Ah! Aún su recuerdo adolorido me conmueve! «María la loca» significaba para el alma que sufre y se tortura ante el infortunio ajeno, el martirio llevado hasta el espanto. Su espectáculo era tan raro, se me figuraba tan exótico, tan ajeno á nuestros días en que se hace tanto alarde de engrandecimiento y civilización, que tenía el poder de remontarme á esa edad de barbarie y sacrificios que ya ha desaparecido, y que sólo la historia guarda en sus páginas detestables.

«María la loca», en sus momentos más tristes era el espectro del sarcasmo y del terror presentado ante la cuna del inocente que empieza á comprender. Como tal podía comparársela; y no había una sola alma que la compadeciera! No había para ella un solo afecto en este mundo!

Al despuntar el alba, cuando el silencio reinaba en la ciudad aún dormida, cuando no habían empezado á brotar los inarmónicos ruidos



del tráfico diario, solía oírse en las veredas solitarias el agitado paso de la desventurada y su ronca voz que incesantemente murmuraba desatinadas frases ó dolientes exclamaciones.

En las horas del mayor bullicio, se la encontraba en las céntricas avenidas, seguida y apedreada por alborotadora escolta de chicuelos, y cuando las brumas del crupúsculo descendían á las calles y cambiábase el aspecto de la ciudad, anunciándose en unos lados el comienzo del reposo, y en otros iniciándose los momentos de placer, cuando, poco á poco, se extinguían los fulgores de los escaparates, cuando la calma iba enseñoreándose de la ciudad, aparecía en cualquier encrucijada la afanosa silueta de la demente, semejante á una ironía, y como si fuera el último resto de una actividad que comienza á dormitar.

Iba profiriendo incoherentes palabras y disparatados improperios, miserables frutos engendrados en su razón enferma.

Caminaba, ó más bien, se arrastraba inclinando el busto, ladeando el cuerpo hacia el costado derecho y arrastrando una pierna, mientras dirigía en torno miradas torvas con fulgores picarescas.

Los chicos le arrojaban cuanto á mano encontraban en el arroyo, y los transeuntes, la miraban unos con expresión de burla, otros con aire de conmiseración, según el sentimiento que palpitaba en cada alma.

Parecía un ambulante esqueleto, mísero armazón de huesos, que apuntaban entre los andrajos con que se envolvían. Su rostro ajado y curtido prematuramente, revelaba una vida que se extinguía devorada por altísima fiebre; los ojos grises

estaban como sepultados en la profunda cuenca de las órbitas hundidas; y el cabello, espesa maraña de crenchas enredadas, secas y lacias, se agitaba á las inclemencias del viento y se retorció quemado por el sol, cayendo raquítrico y escaso sin apenas alcanzar á los hombros.

No tenía esa miserable criatura ni lecho donde reclinar su pobre cuerpo ni un mísero cobertizo que la defendiera de la intemperie. Y, cuando alguna vez el sueño descendía á sus párpados, buscaba refugio en el umbral de una puerta, ó se tendía en un montón de hojas ó de tierra en algún terreno abandonado.

En unos pestilentes harapos llevaba envuelto todo cuanto en el mundo poseía; un jarro sucio para tomar agua, algunos trapos que le servían de almohada, y restos de la comida que la caridad le arrojaba, cuando la imploraba acosada por el hambre. Porque solamente la necesidad vencía la altivez que aún quedaba en ese cuerpo doblegado y en ese espíritu enfermo. No mendigaba ni un rincón donde encontrar algo de calor en las ásperas noches de invierno, ni una guarida donde la lluvia no la alcanzara, cuando empapados bajo el insistente latigazo del agua los trapos que envolvían su cuerpo, las piernas ateridas apenas tenían ya fuerza nerviosa para seguir claudicando y arrastrándose.

Había que conocer el doloroso martirio que cada paso representaba para la miserable enferma, que caminaba sin descanso como si una maldición alimentara su cruel impulso. Solamente una insana podía sobreponerse á los tremendos dolores que sufría ese organismo. Desde la rodilla has-

ta más de la mitad del muslo derecho, los tejidos estaban completamente macerados y deshechos por una horrible infección. Una ulceración gangrenosa allí localizada, reliquia hedionda de un tumor empíricamente operado con toscos instrumentos sin antisepsia ni cuidado alguno, iba poco á poco, minando ese organismo con su trabajo destructor y doloroso.

Buscando alivio á sus sufrimientos punzantes cayó en manos de la desgraciada enferma una jeringuilla de inyecciones hipodérmicas, y tal vez algún misericordioso boticario, le facilitara algunas gotas de morfina con qué mitigar por un rato los tremendos dolores á cada avance de la terrible gangrena.

Y el fantasma doloroso seguía su claudicante paseo por las calles de este municipio, sin tregua ni descanso, sin que á su paso se abriera la puerta de un hospital, ni se extendiera la mano filantrópica de alguna benéfica institución...

Y el corazón, que vivía en ese extenuado cuerpo, arrastraba los recuerdos de dolores morales aun más punzantes que los dolores físicos. Y cuando la vacilante memoria despertaba en lúcidos momentos, aún ese corazón de esposa y de madre, pedía lágrimas á los exhaustos ojos, para refrescar penas que ardían en las entrañas como un infierno perdurable.

Entonces, la intensidad de la pena se extendía por el cerebro y la noche de la locura venía á enterrar la muerte en la oscura sombra de la inconsciencia.

Esta infeliz mujer merodeaba constantemente el barrio de casa.

Muchas veces, al oír desde adentro el griterío de los chiquillos que la corrían, me asomaba llena y transida el alma de dolor al balcón á objeto de tratar de acallar con mis súplicas aquel instinto de salvajismo de esa turba de muchachos, que se me figuraban tantos pequeños cebados leoncitos corriendo tras la presa olorosa.

Tan dolorosa escena que solía repetirse diariamente hasta dos y tres veces, acrecentaba cada vez más mi penosa impresión, y me propuse emprender la campaña de que he hablado.

Escribí un artículo por medio del cual traté de pintar con el colorido más vivo y verdadero, todo el dolor de la situación de ese desgraciado sér, como así mismo, el bochornoso exponente que significaba para nuestro pueblo grande, civilizado, altruísta, un espectáculo tal en sus calles, y lo llevé al «*P. B. T.*» del que era asidua colaboradora.

Don Eustaquio Pellicer, el bueno y viejo director del «*P. B. T.*» me llenó de alegría al acoger plausiblemente y con vivo entusiasmo ese artículo, que para mi entrañaba una esperanza en mi corazón, hondamente impresionado por aquel sér abyecto y afligente. Como lo esperaba, el próximo viernes al aparecer el popular semanario y ser difundido por toda la ciudad, hubo muchos hombres, mujeres y niños, que fijaron su atención en aquella página, porque tal vez en ella creyeron adivinar algo de espeluznante (que es cosa que hoy atrae seguramente, mucho más, que la dulzura de estilo, ó el desarrollo placentero de cualquier argumento) y en la cual con caracteres bastantes

pronunciados leíase el título «*María la loca*», yendo además ilustrado con cinco fotografías de la infeliz protagonista.

El resultado no pudo ser más feliz. Al siguiente día de la publicación del artículo, no me había aún levantado, cuando leyendo el diario «La Argentina» quedé gratísimamente sorprendida al ver que bajo el título: «*En pro de María la loca*» este estimado periódico hacía un llamado al pueblo argentino en favor de la desgraciada mujer; é iniciaba una subscripción, la que excuso decir obtuvo, como lo era de esperar, dado los antecedentes de generosidad del pueblo de Buenos Aires, y los buenos sentimientos que le caracterizan, un óptimo resultado.

Desde ese día, adquirí yo también una cierta popularidad entre los chiquillos y comadres de mi barrio, que al verme pasar solían decir por lo bajo: «*la protectora de María la loca*».

Poco después supe con el consiguiente placer que «*María la loca*» había sido recojida por la Asistencia Pública y asilada en una casa de aislamiento en la que se la curaba á todo régimen.

\*  
\*\*

Transcurrieron muchos meses.

Había comenzado el otoño, esa desapacible estación del año que suele evocarnos junto con las hojas caídas, tristes añoranzas.

Una mañana fría, nublada, gris, me asomé al balcón; en ese instante comenzó á caer una lluvia fina, muy fina... de esas que penetran en la tierra lenta y tenazmente como las dudas en el corazón. Súbitamente me acordé de «*María la loca*». Me

parecía verla vagar todavía, desafiando la lluvia y la inclemencia del tiempo, como impelida por el cruel y abominable mandato de su suerte. ¡Pobre!—exclamé—¡quizá haya muerto! No había vuelto á saber nada de élla.

Esa misma tarde, de regreso á casa me recibió mi hermana con un júbilo inusitado, llenándome de felicitaciones. «*María la loca*» había estado á preguntar por mí, queriendo verme, pero, era ya tan otra mujer que mi hermana no la había reconocido, costándole mucho creerlo cuando dijo ser ella.

Aquel sér miserable había desaparecido por completo ante el esfuerzo poderoso de una anti-sepsia y de un régimen sanitario á toda prueba. La razón y el vigor de la vida habían vuelto á localizarse en la afanosa silueta que pasaba ante los ojos de los vivos como un fantasma sangriento y espantoso . . . .

\*  
\* \*

Tal fué, mis queridos lectores, el resultado alcanzado por aquella pequeña producción literaria que me esforzara en hacer útil.

Más tarde, rebuscando constantemente, en los acontecimientos de la vida ordinaria alguna nota de observación en que poder hallar tela suficiente para espetar, surgió en mi imaginación la idea de iniciar una nueva y aun más tierna propaganda en pro de una rama descuidada hasta entonces por nuestra filantrópica sociedad.

Se trataba de los niños vendedores de diarios: esos pequeños seres que constituyen en sí uno de los exponentes más evidentes de nuestra civilización y nuestro progreso.

¿Para qué repetir aquí lo que entonces dije á su respecto? Traté de arrojar sobre mi artículo publicado también en el semanario «P. B. T.» con el título de «*Los pequeños luchadores*» (del cual una parte he insertado en los capítulos anteriores de este libro: pag. 223) toda la fuerza de persuasión que emanaba de ese mismo exponente, y que me sugería las más nobles y piadosas conjeturas.

Aquí comenzó para mi una nueva expectativa, pero felizmente fué verificándose mi pronóstico, pues si bien es cierto que esta iniciativa no obtuvo como la anterior tan inmediatas consecuencias, no obstante fué abriendo camino entre algunos espíritus altruístas é imponiéndose, aunque paulatinamente, con toda la luz de la verdad.

Mi colega Julio S. Canata, cuyas preciosas producciones todos leemos, publicó á continuación del mío un bien pensado y celebrado artículo en pro también de «*mis pequeños luchadores*», organizando más tarde el festivo diario «*Ultima Hora*» un beneficio en el teatro Nacional de la calle Corrientes de espléndido resultado, y con cuyo producto se repartieron ropas para todos los muchachos vendedores de diarios.

Sabido es ya, que acaba de fundarse recientemente una bien organizada sociedad con el fin de velar por los intereses de este infantil gremio.

¡Con qué íntimo regocijo en el alma recuerdo á este propósito un pequeño acontecimiento que me causó tanta alegría como si me hubiera visto á las puertas de la gloria!

Cierta tarde, al pasar por una confitería de la calle de Callao, recordé que había prometido á mi sobrinita llevarle bombones. Hice detener el coche y entré en ella para comprarlos.

Al salir, viendo en las vidrieras de la esquina unos objetos artísticamente ideados, reparaba en ellos, cuando de entre un grupito de chicuelos vendedores de diarios que había allí estacionados, y que ofrecían con toda la fuerza de sus pulmones los diarios de la tarde á cuanto individuo pasaba, advertí que dos de ellos me miraban con insistencia y que algo se decían al oído, tomando los otros inmediatamente intervención, al par que uno de los primeros, de tez negrita, de ojos lucientes, grandes, vivarachos, pronunció entre dientes mi nombre, y dijo á sus compañeros como en un cuchicheo: «es la que escribió por nosotros en el «*P. B. T.*».

No pude menos que sonreirme y cariñosamente les dije ¡Adios!, pero, cuando ponía mi pie en el estribo del coche para subir á él, las pequeñas almitas de aquellos seres, se desbordaron en un sentimiento de gratitud sincera, y como deseando tributarme un homenaje, exclamaron con la misma voz que al ofrecer esas páginas con que se ganan el sustento de la vida:

¡Viva Isabel Perfilio!

El cochero, en cuya fisonomía se pintaba algo así como el asombro que producen los acontecimientos insólitos, castigó á los caballos, llevándome hacía Callao al Norte, y aquel fresco y cariñoso recuerdo, lo defiende en el alma contra el olvido, con el mismo interés que defendemos de niños el bonito pañuelo en que nuestra mamá nos ha puesto una gota de perfume.

---





## Fiel al destino

---

Perteneciente César á una de las más encumbradas é ilustres familias de su país, y prendado de los dulces candores de Sylvia, humilde joven, modesta y casi ignorada, pero honesta y bella, habíale dado arras de esposo menospreciando de tal suerte la tenaz oposición de su orgullosa familia.

Sylvia se destacaba en sus diez y ocho primaveras como la más excepcional de las bellezas.

Hija única de un pobre pescador de la Bretaña, que, sobreviviente de un naufragio en el que con amargura viera desaparecer bajo las turbulentas olas embravecidas á la inseparable compañera de sus días, sentíase, anciano ya, cual el triste despojo que indiferente y cruel arroja la mar hacia la costa.

¡Su existencia se hundía con melancolía en las últimas brumas del ocaso!

Encorvado bajo el abrumador peso del dolor y de los años, sentía paulatinamente extinguirse sus ya debilitadas fuerzas.

Cerca de la costa que el mar baña constantemente con sus olas, y refresca por el soplo de las brisas marinas, existía la modesta choza en que residían Sylvia y su padre, y donde el pobre vie-

jo había visto deslizar su vida, prematuramente enlutada por el fúnebre velo de la muerte.

Amaba Sylvia entrañablemente á su padre; nada disminuía el inalterable celo con que se dedicaba á endulzar las tristes horas de su vejez y el propósito formado de hacerle llevaderos sus últimos años.

Este, á su vez, veía, semejante al retoño que tras el invierno renace nuevamente en despojado tronco, renacida en su hija su pasada juventud, y la amaba el pobre viejo intensamente con delirio paternal, considerándola como el postrer rayo de sol que al alejarse calentaba aún los invernales y últimos días de su existencia.

Sylvia era el consuelo de su vida. Pero, á medida que, subsiguiéndose los días, fugazmente iban pasando uno tras otro, poníase cada vez más sombrío, y ya no sonreía á las dulces caricias de su hija, que al verle dasalentado se deshacía en el afán de prodigarle el dulce lenitivo de su ternura.

Sucedía que entonces, sentados junto á la puerta de la choza, sosteniendo con sus manos su cabeza encanecida, tendía vaga y tristemente su mirada en lontananza sobre el anchuroso mar, y abstra-yéndose en esa contemplación como pretendiendo penetrar sus misterios, hundía su espíritu en cruel melancolía y engolfaba su imaginación en el caos de sus ideas, permaneciendo largas horas inmóvil é impasible á cuanto le rodeaba.

¡ Indudablemente, era que pensaba en su tierna hija, que tras breve tiempo habría de dejar huérfana y desamparada, cuando el cansado reloj de su destino se detuviera en la postrer hora de su vida !

Así, pues, es de imaginar con cuán intensa satisfacción viera resuelto el arduo problema que le abrumaba y cuando César, tras pasando los umbrales de su humilde choza, presentóse un buen día á solicitar la mano de Sylvia, el semblante del anciano iluminóse súbitamente con el claro resplandor de una suprema felicidad.

\*  
\* \*

Pertenecía César á esa clase de hombres de ideas sensatas y reposadas que con justo criterio y exento de todo sentimiento vano piensan que la verdadera felicidad se encuentra á la dulce sombra del hogar, regido por la modestia y el amor, donde la mujer amada resplandece ante todo por el valor de sus propios méritos.

Y, persuadido cada vez más del amor de Sylvia, que sentía por él esa vehemente pasión, mezcla de cariño y de respeto que se forma del consorcio, de la mujer humilde y el hombre culto y elevado, pensó con Lamartine, cuando hablando del advenimiento al trono de Francia de la condesa de Tebas, dice refiriéndose á Napoleón III: «Realiza el hombre el más dulce de sus ensueños al elevar á un trono á la mujer amada».

En consecuencia, inspirado en esta verdad tan grande, cuyo eco repercutía en lo más recóndito de su corazón, é influenciado por la grandiosidad de su noble sentimiento, en el que se concentraban desde hacía años todos sus afanes, y tras los cuales había corrido constantemente con el mismo ardor que un niño tras el pájaro fugitivo que en su inocente irreflexión aspira alcanzar, decidió unirse á Sylvia.

Las oposiciones violentas han sido siempre las

barreras que las grandes familias han colocado para interceptar el curso de los *soi disant* inconvenientes amores. Pero estas oposiciones no son tan sólo el mayor incentivo para enardecer más y más los ánimos de los enamorados, sino también la mejor piedra de toque de la lealtad de sus sentimientos.

Así, pues, cuando César comunicó á los suyos que iba á unir su destino al de esa joven tan modesta y pobre, fué para él el comienzo de una no interrumpida serie de contrariedades, pues, oponíase rotundamente esta vanidosa familia á acoger en su seno, por no pertenecer á la misma clase social, á la dulce elegida de su corazón, y no queriendo faltar á la fe jurada, ni cometer un acto que fuera en menoscabo de la caballerosidad que le caracterizaba, resolvió huir de su familia para vigorizar más en la soledad su noble y profundo sentimiento.

\*  
\* \*

Era á la hora de la siesta de un hermoso día primaveral. La naturaleza convidaba al reposo; todo estaba en calma y en silencio.

Sólo el murmullo suave de las ondas del mar en su incesante balanceo parecía arrullar el tranquilo sueño del anciano pescador, que, entregado al reposo, restauraba sus perdidas fuerzas, de las que hiciera desgaste durante toda la mañana con una larga y afanosa pesca.

Sylvia, no muy lejos de allí, en el pequeño huerto, bajo la fresca sombra que proyectaba la tupida vid, tendía vagamente su mirada sobre el anchuroso mar y ensimismada en el éxtasis de esa deliciosa contemplación, semejava en su actitud alguna griega é idílica fantasía

En su rostro apacible parecía vagar el dulce reflejo de una felicidad cercana!

Su artística cabellera suelta, con cuyas ondas jugueteaba el viento, caía graciosamente sobre sus bien delineados hombros hasta cubrir sus caderas, y sus bucles sedosos parecían cascadas de oro ó tremulantes rayos de sol nimbeando su fina y deliciosa cabecita.

De pronto, la vista de un bajel que se acerca presuroso en dirección á la costa la hace resurgir de su abstracción y divisando á su amado:

—¡Mi César!—grita y corre hacia la playa.

—¡Querida mía!... —le responde el joven feliz y enamorado.—Vengo á hacerte por fin mi esposa y llevarte conmigo...

—¿Qué?...

—¡Si, mi Sylvia amada. Nos unirá el cura de la vecina aldea!... Pero... ¿Por qué palideces?

¿Y mi padre?... —murmura Sylvia con voz casi imperceptible.

—He pensado en ello.—Le llevaremos con nosotros, pues sería inhumano abandonarlo tan anciano y solo.

.....  
 .....  
 Entretanto, asomaba por la puerta de la choza el padre de Sylvia que acababa de terminar su siesta.

Al advertir á los jóvenes amantes, un suspiro profundo se escapó de su pecho, porque así del mismo modo, en días en que dejaran en su vida surcos de indeleble memoria, le recibía su amante compañera, y el cuadro de su lejana felicidad se presentó á la vista.

En la cansada mente del pobre viejo surgieron de improviso vagas y lejanas memorias, y en profuso tropel se agolparon á su imaginación las imágenes que velara el tenebroso manto del pasado.

Bajo esta melancólica á la vez que dichosa impresión se encaminó hacia ellos.

—¡Padre!—exclama Sylvia corriendo alborozada á su encuentro.—¡Ha llegado el momento de partir! César viene en busca nuestra para hacerme su esposa...

Una intensa palidez cubrió el arrugado rostro del anciano, y mudo como aterrado quedó sin poder proferir una palabra.

Esa tierna hija, único lenitivo que hallara en su vejez; alegría de esas playas que la vieran nacer y en cuya infancia juguetearan con sus pies descalzos por la arena, iba á abandonarle para partir dichosa cual una golondrina que va en busca de su nido.

César que había observado lo que pasaba en el alma del anciano, se le acercó con respeto, y estrechando su arrugada mano, exclamó con tranquilo y cariñoso acento:

—Jamás le faltará á usted el calor del cariño de esta hija. Abandone, pues, estas playas y partiremos juntos.

—¡Nunca!—responde el anciano con firmeza, y accionando en dirección al murmurante mar con cierto aire de misterio, prosigue solemnemente: —¡Estas aguas cubren el cadáver de ella y he jurado que cubrirían el mío!

Luego, posando sobre su hija una triste mirada, prosigue con apagada voz é indicando á César:

—¡Vete tú, hija mía á unirte con tu esposo, y lleva por legado mi eterna bendición! ¡Pero haz que no muera nunca en tu pecho el amor de tus padres, que también tras breve tiempo aquí abajo se han de unir!....

—¡Padre!—grita Sylvia arrojándose en sus brazos al oír estas palabras siniestras.—¡No me coloques en esta cruel disyuntiva! Yo no puedo; ¡No debo abandonarte....pero!....

—¡Sylvia!....—murmura con angustia César.—No hay disyuntiva posible entre tu padre y yo. Sacrifícame si es necesario....

Entonces, deshaciéndose dulcemente el anciano de los brazos de su hija que se encuentra aferrada fuertemente á él, le incita cariñosamente á seguir á su prometido, que pálido y transtornado no sabe que resolución tomar; pero Sylvia exclama entre sollozos estrechando cada vez más á su padre, y dirigiéndose á César:

—Es menester entonces la separación.

¡Adiós!....

. . . . .

## II

El pálido fulgor de la luna que ya asomaba en el firmamento, iluminaba tenuemente á una vieja barquichuela que navegaba lentamente con rumbo opuesto á la costa.

Seis meses habían pasado desde aquella tarde en que se alejara César, y la amante Sylvia no había vuelto á verle.

Encubriendo su acerbo pesar, había soportado



durante mucho tiempo resignadamente, en holocausto al bienestar de su anciano padre, los rigores de tan brusca y dolorosa separación, más vencida al fin su resistencia, cae postrada gravemente enferma.

Entonces el anciano, enternecido ante el dolor de su hija, se decide á consumir el sacrificio, y quebrantando sus juramentos, resuelve abandonar aquellas amadas playas, á las que estaban aferrados sus más sagrados recuerdos.

¡Había sonado ya la hora triste de la partida!

Reclinada en el fondo de la barquichuela, iba Sylvia, en cuyo rostro, pálido y demacrado por los embates de su ruda pena, asomaba ya el reflejo feliz de esa próxima entrevista en que volvería á ver tras larga ausencia al dueño de su corazón.

Y en tanto, al plateado resplandor de la luna que bañaba con su blanca luz la arrugada frente del contristado anciano que débilmente manejaba los remos de la barca, iba diciendo con el murmullo del rezo unidos á ese mar que iba á abandonar tal vez para siempre.

.....

Puesto en conocimiento de César la resolución del anciano, esperábase en el vecino pueblo, donde debían celebrarse los esponsales. En efecto, esos dos seres que sufrieran tanto como se amaran, sellaron su felicidad futura con una santa unión, y al rayar la aurora del día siguiente partieron llevando consigo al anciano que les seguía con la muerte en el alma.

César poseía en los alrededores de Londres

un hermoso *cottage* que se ocultaba bajo la sombra de seculares árboles, y á él fueron á instalarse.

¡La virtuosa Sylvia hizo bien pronto de él un pequeño Edén!

¡Nada alteraba la dulce paz que allí reinaba!

¡Solo el viejo pescador no podía avenirse á tanto bienestar!

Constantemente se le veía vagar cabizbajo y apesadumbrado por entre los jardines, y bastaba verlo para pensar que más que los años, un hondo pesar le encorbaba cada vez más hacia la tierra.

¿Era que entregado á la natural debilidad que en este último período de la existencia embarga las fuerzas del hombre, pensaba que ya no compartiría el sueño eterno junto á la que fué su inseparable compañera? ¡Quién sabe! Pero, al despuntar el alba de un frío amanecer de invierno, abandona resuelto el infeliz anciano la casa de su hija con el firme propósito de tornar á su humilde choza.

¡Salió furtivamente y en el mayor misterio, cual un ladrón que teme le descubran!

Tras largo viaje alcanzó por fin á divisar al lado opuesto su abandonada y solitaria choza. Su barquichuela amarrada junto al muelle, estaba allí, como la dejara al partir.

Subió en ella y empezó lentamente á navegar con rumbo hacia la choza.

El día estaba sombrío y soplabá un viento helado y huracanado. Negros nubarrones encajaban el horizonte y las ondas marinas se agitaban en constante batallar.

El viejo, con la experiencia de un hijo del

mar, presentía que la marea no tardaría en acrecentarse, y se apresuraba á salvar cuanto antes la distancia. Más ¡ay! ¡Era ya tarde! Una horrible tempestad se desencadenaba. El movimiento tumultuoso de las ondas aumentaba cada vez más y el piélago amargo empezaba á embravecerse.

Una densa obscuridad se hizo de pronto, y ya la borrasca confundía mar y cielo en un solo abismo.

El trueno retumbaba furiosamente en el espacio y los rayos vibraban inflamando los pesados nubarrones.

El bramido sordo del mar, unido al silbido del impetuoso huracán, formaban ensordecedor y horrible ruído.

¡Un sudor frío circuló en el cuerpo del anciano y la horrorosa imagen de la muerte penetró en su alma!

Luchaba sobrehumanamente con las violentas olas cada vez más convulsionadas y enfurecidas, ¡pero vanamente!

¡Una oleada impetuosa hundió su frágil barquichuela, que se abismó en las ondas!

. . . . .

La luz del nuevo día alumbró tristemente el cadáver del anciano, que, por el mar arrojado, yacía sobre las arenas de la playa, y no muy lejos de él los despojos de su barca.

¡El destino había recogido fielmente su juramento y se lo hacía cumplir en aquella hora siniestra!

## La sospecha

---

La sociedad entera estaba consternada por un reciente drama cuyo escenario había sido uno de sus hogares más distinguidos.

No se hablaba de otra cosa. En los círculos sociales era este suceso sensacional el tema del día.

La noticia había causado el mismo efecto que el estallido de una bomba en plena paz.

Personas de gran espectabilidad eran sus actores. Carmen Gómez, hermosa y apreciada dama y Augusto Méndez, esposo de ésta y hombre de gran significación y alta gerarquía en el país, habían actuado como protagonistas.

En el mundo intelectual se comentaba doblemente lo acaecido, porque Méndez era un hombre de grande y original talento

Había cometido un error en casarse.

No parece sino que á todo hombre de genio la naturaleza, por un designio incomprensible, le vedara la consumación de este acto tan ordenado por sus propias leyes, pues que frecuentemente sucede que en el matrimonio encuentra inconvenientes y aun sinsabores no comunes en la vulgaridad.

La historia nos refiere que desde las remotas generaciones el matrimomio ha sido casi

siempre la nota desdichada de los más célebres genios, que, hijos extraordinarios de la naturaleza, parecen como exclusivamente designados por su voluntad á dedicar en absoluto su vida al don intelectual de que los ha dotado.

Así, pues, Méndez al casarse no hizo sino sellar el pacto de su futura desgracia.

En repetidas ocasiones había desechado ventajosísimos partidos con novias de alta cuna, fundado en que una de éstas no podría jamás acostumbrarse á dedicar en absoluto sus horas al esposo y á los hijos, puesto que las mismas exigencias de su categoría se lo impedirían.

Además sostenía que una de las más grandes ventajas de la vida conyugal era la de que el hombre fuera siempre superior á la mujer, para que esa superioridad preponderase y rigiera constantemente en el hogar.

Pero lo que con más fuerza afirmaba, sintetizando la cuestión, era que nunca se casaría y que el celibato era el estado más perfecto del hombre.

Desgraciadamente para él, poco había de persistir en esa creencia, pues recordando aquello del poeta español:

*«Iba por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido;  
yo seguía las huellas de esos nobles bribones  
que hablan mal y desprecian sus pasiones  
y que mueren por fin víctima de ellas»*

\*  
\*\*

Un buen día, pues, se enamoró perdidamente de Carmen Gómez, avasalladora hermosura de

las que más brillaban en el mundo aristocrático, y al poco tiempo se casó con ella.

Transcurrieron varios años. Todo el mundo creía que la armonía que reinaba entre los esposos Méndez jamás se alteraría.

Se les veía siempre juntos en todas partes.

A ella, deslumbrante con su espléndida belleza, y á él siempre solícito y afectuoso, á pesar de la fama de instable de que gozaba su nombre.

No obstante, las personas de su confianza sabían que á la felicidad de Méndez un tenue celaje la eclipsaba por momentos.

Era la tristeza de no tener hijos.

Y realmente, tenía razón para entristecerse. Aquel hogar, á pesar de toda su abundancia y su notoriedad, podía asimilarse á un árbol frondoso y de apariencia lozana, pero estéril.

Hay que agregar también que este pesar sólo se translucía en él por un aire de vaga melancolía, que pronto cubría con una explosión de festivo aturdimiento.

Ella, mujer nacida más que para el dulce retraimiento del hogar para las exterioridades veleidosas de la moda y de las fiestas, no sentía por esta circunstancia el más leve sentimiento; por el contrario, se regocijaba, y cuando algunas veces su esposo le confiaba esta queja íntima, le oía impasible y hasta lo acogía con marcadas muestras de fastidio.

Sin embargo, él la amaba profunda y hasta impetuosamente. Nada era suficiente para disminuir la estimación que por ella sentía.

La creía buena, muy buena, aunque advertía en su carácter ciertos cambios raros y ciertos arran-

ques de histerismo que hondamente le preocupaban.

Pero, al fin, hombre culto y elevado, que amante de la completa paz doméstica dominaba sus contrariedades, filosóficamente respetaba aquellas caprichosas viarazas.

Reflexionaba que su mujer pertenecía á un espíritu altivo y que esos arranques geniales son comunes en caracteres de esa índole.

\*  
\* \*

El invierno entraba de lleno con sus fríos intensos.

A pesar de que las gentes preferían muy de buena gana encerrarse en sus casas templadas por el calor de las estufas, se notaba por las calles de la ciudad que reinaba un gran regocijo.

Acababa de resolverse un conflicto que tuviera establecido entre dos naciones amigas una tirantez tal de relaciones, que la más cruel de las guerras se hubiera hecho inevitable.

Los hijos de la patria, fieles siempre á salvaguardar su honra, permanecían á la expectativa de que la guerra estallase de un momento á otro.

Felizmente, un humano y digno arbitraje acababa de zanjar favorablemente para una y otra nación la vidriosa cuestión. Todos los espíritus antes enardecidos y sobreexcitados habíanse entregado ahora á saborear con verdadera alegría los beneficios que esparce la paz sobre los pueblos.

Es de práctica, y así lo dicta la política internacional, que en tales casos cambien los respectivos países, por intermedio de sus delegados diplomáticos, los saludos de protocolo.

Este es el sello con que el derecho de gentes consolida ostensiblemente toda reconciliación.

Estaba, pues, el país de fiestas.

Por todas partes se hacían grandes demostraciones en honor de los delegados de la nación hasta ayer presunta enemiga.

El gobierno y las más encumbradas familias ofrecían á aquéllos banquetes, bailes, y paseos.

Los esposos Méndez también abrieron sus salones.

Lo más granado de la sociedad había sido invitado.

De antemano sabíase que sería un acontecimiento que alcanzaría grandes proporciones y resonancia en el mundo social, pues los esposos Méndez siempre habían hecho honor á su fama de gente de buen gusto.

Al terminar una de las más aristocráticas avenidas se hallaba situada la finca en que residían en el invierno, pues durante el verano se ausentaban indefectiblemente á su residencia de campo.

La finca dominaba las altas barrancas que costean los bordes del gran río, cuyo nombre simboliza una gran región sudamericana.

Méndez, años atrás, siendo aún soltero y dedicado en absoluto á cultivar su inteligencia, había elegido, como su retiro de solaz y de estudio, aquel sitio, y una vez casado, amigo de la paz, del silencio y de la poesía, no quiso abandonarle.

En la noche de la fiesta esa propiedad se hallaba profusamente engalanada.

El derroche de flores, luces y adornos, dábanle aquella noche, en consorcio con su hermosura natural, un aspecto deslumbrador.



Suspendida, por decirlo así, sobre las poéticas barrancas que determinan la primera prominencia de nuestra costa, por el lado del bajo se asemejaba á un castillo encantado, al que las hadas del placer y de la dicha hubieran constelado con un manto de pedrería luminosa.

Por la parte de la avenida, en donde se abría su ancha portada de honor, un torrente de luz se escapaba por sus puertas y balcones, surgiendo en el espacio el rumor de una alegre música que ritmaba los dulces movimientos de la danza.

Los coches se alineaban, luciendo sus encendidos faroles, á lo largo de la avenida hasta perderse de vista, y á cada momento un nuevo brillante equipaje se detenía ante la gran puerta que tapizaba una riquísima alfombra y cubría una protectora *marquise*, descendiendo de ellos mujeres bellísimas, ricamente ataviadas, que al bajar y perderse rápidas en el fulgurante portal, dejaban tras de sí una vaporosa estela de perfumes.

Una muchedumbre compacta curioseaba entre mil comentarios desde la acera opuesta, esta brillante exposición de lujo, de belleza, de buen tono, mientras soldados del escuadrón de seguridad vestidos de gala, y en cuyas corazas y cascos se quebraban las mil luces de la fiesta, ordenaban el movimiento cada vez más creciente de los carruajes y el avance á cada instante más ávido de los curiosos.

Los salones por dentro eran una maravilla.

Lucían los *parquets* pulidos y tersos como espejos.

Las parejas se deslizaban sobre ellos como sobre una superficie de hielo, y las luces de las

girándolas y los lampadarios, repitiéndose en las grandes lunas y haciendo resaltar los profusos dorados, daban al conjunto un esplendente aspecto de ensueño fantástico.

En el fumadero se había formado un pequeño círculo en que tomaban parte algunos de los delegados, hombres de ciencia, altos militares, etcétera.

Hablaban con animación, deleitándose al mismo tiempo con los finos habanos cuya aroma se extendía agradablemente por el ambiente.

Méndez, entre ellos, conversaba expresivamente, con esa placidez que se refleja en el semblante del hombre de mundo feliz y satisfecho.

Al verlo ¿quién habría imaginado que dentro de un instante actuaría en una escena casi teatral, y sería presa de una excitación nerviosa tal, que contrastara con aquella perfecta tranquilidad de su espíritu?

\*  
\* \*

Veamos, entretanto, lo que pasaba en el salón.

Un rumor insólito se había producido; la orquesta habíase detenido y las parejas corrían presurosas como á imponerse de un caso extraño y novedoso.

Un lindo niño acababa de penetrar en el salón prorrumpiendo en sollozos y gritos de espanto.

Junto con él había entrado también un hermoso perro, el cual, jadeante, daba vueltas en su derredor, lamiéndole cariñosamente las pequeñas manecitas.

Cuando al divisar al niño las damas se agruparon en torno de él entre ansiosas y asombradas, el perro comenzó á ladrar fuertemente como

pretendiendo imponer sus ladridos á un inminente peligro.

Esta escena empezó por atemorizar á varias de las damas, que ya por mera coquetería, ó sincera timidez, creyeron de su deber impresionarse hasta el consabido desmayo.

Pero la que más cohibida se hallaba era Carmen, que no podía explicarse el origen de tan extraña aparición.

Y, en verdad... ¿Qué significaba aquello?... ¿Qué mano misteriosa é indudablemente pagada había introducido en aquel recinto de lujo, de entusiasmo y de alegría, aquel niño de traza humilde y mendigante y aquel perro bullicioso y amenazante?

Carmen, aparentando por dignidad una serenidad que mal disimulaba su creciente nerviosidad, se deshacía en preguntas que el pobre niño sólo respondía con quejidos

Algunas de las damas más caritativas y menos impresionables acariciábanle enternecidas la hermosa cabeza que adornaban graciosos y desaliñados rulitos de oro.

Los ojos de aquel niño eran dulces y azules; sus facciones suaves y correctas; su conjunto delataba la poca edad de cinco años, y aunque de apariencia humilde, se advertía en él la distinción hereditaria.

Nadie atinaba á resolver aquel trance.

Por la portada del fumadero se asomaron asombradas varias personas de las que allí se hallaban.

Méndez, inmensamente pálido y entre espasmos de angustias, tartamudeó como hablando consigo mismo, estas palabras.

Ese perro... ¿No es Lear?...

Y sus ojos se abrían grandemente mirando y casi no viendo lo que en torno suyo pasaba.

Carmen, que observaba con aire investigador la actitud de su marido, no se aventuraba, á pesar de su intrepidez de mujer decidida, á interrogarle con la palabra, pero si lo hacía con la mirada, que tenía fija en él, y en la que se traslucía el fulgor de esa rara penetración y clarovidencia que reina en el espíritu de toda mujer inteligente.

Méndez, cada vez más atónito y asombrado no acertaba tampoco en su turbación angustiada á decidir nada sobre aquella escena ya rayana en lo ridículo.

Un impetuoso arranque pareció de pronto empujarlo, y tomándolo por el brazo nerviosamente al niño, á la par que mirándole como si quisiera hipnotizarlo, le preguntó con voz ronca é imperiosa:

Díme... ¿te llamas Raúl?...

Raulito—respondió el niño con inocencia.

Entonces...—exclamó Méndez con voz ahogada por la angustia y la emoción y como si fuera presa de una horrible pesadilla.—No era verdad...

Lear, sacudiendo sus largas orejas y meneando la cola como en señal de regocijo, saltábale en tanto á Méndez festivamente, manifestando con nuevos ladridos una loca alegría.

Le había también reconocido.

\*  
\*\*

*A cet age la vie est un réve* dicen los franceses, y, en consecuencia, no llegaba al alma del

niño la influencia de la horrible tormenta que su vida había desencadenado en la de la mujer de su padre.

Que contraste. En la pieza contigua, Carmen, iba y venía nerviosamente á lo largo de la habitación, semejante al trajín de una fiera enjaulada.

El rumor del roce continuo de su larga falda de seda, al arrastrarse por el suelo se unía á su agitada respiración, que parecía á veces un estertor. La soberbia belleza de aquella mujer estaba como incendiada por un ardor que parecía brotar del fondo de sus entrañas.

Augusto, reclinado sobre la *chaise longue*, observábala con muestras de sorpresa, y más aún, hasta dudando si era aquella, Carmen, su mujer.

No se dirigían la palabra. Reinaba entre los dos ese supremo vacío de dos almas que en compañía experimentan la soledad por ausencia del afecto.

Méndez comprendió que no podía prolongarse tan molesta situación y se incorporó de pronto, resuelto á hablar. Levantóse incierto, como quien hace un tremendo esfuerzo, y pálido, agitado, se dirigió á su mujer.

—¿Eres tú, Carmen... la misma Carmen de ayer?... —dijo tomándola nerviosamente por un brazo.

Ella no se dignó contestar á esta demanda que encerraba un reproche á la par que una justa queja. Se limitó á hacerlo el blanco de una mirada centellante.

Méndez, creyendo que su mujer estaba próxima á una de esas crisis de histerismo, tan frecuentes en su temperamento, la tomó suavemente

por la cintura, condújola hacia el diván, y la sentó frente á él.

—Carmen—le dijo—escúchame. Te lo ruego. No me exasperes con esa actitud, que es indigna de tí. ¿Acaso Dios no ha querido privarte del dulce dón de la maternidad? Tú es posible que no hayas pensado en ello alguna vez con verdadero dolor? Y, entonces... ¿por qué ahora, que si como siempre lo he creído, eres noble y virtuosa, no acojes á ese inocente con cariño cual lo haría toda mujer en tus mismas circunstancias?

Augusto se interrumpió un momento y luego prosiguió:

—Máxime cuando es el hijo de tu esposo.

Carmen clavó en él sus ojos y exclamó con voz dura:

—Me lo habías ocultado....

—Si... es cierto.... Pero, una razón tenía para hacerlo. Abrigaba la creencia de que la muerte había borrado para siempre esa aventura de mis veinteicinco años.

—Ya ves como no ha sido así—respondió Carmen sarcásticamente.—Hoy te reclaman una libertad y un amor que no debistes ni estabas en derecho de ofrecer á otra.

Augusto pensó que necesitaba usar de gran habilidad para con su mujer, á quien creía en ese estado de excitación á causa del mismo cariño que le tenía y del cual nacía á su vez ese celo, hasta cierto punto justificado.

—Tranquilízate—le dijo con acento casi suplicante—Carmen mía. Oyeme. Nada hay ya que pueda interponerse entre los dos. Mi cariño, mi albedrío, mi vida toda te pertenecen como amigo y como esposo... Tú sola...

—Augusto, exclamó— levantándose colérica Carmen,—no profanes tus propios sentimientos. Al reconocer al hijo reconoces también á la madre.

—La madre... La pobre madre... no alcanzó siquiera á besarlo con el beso de la muerte— exclamó Augusto temblando...

—«La pobre madre» dices... Palabra de conmiseración que brota de un sentimiento no extinguido—prorrumpió Carmen entre una irónica sonrisa y pesando perversamente cada una de sus calculadoras palabras.

—Carmen— gritó Augusto exasperado — No seas insensata. No pude jamás sentir cariño alguno por ella, porque este no tuvo tiempo de formarse. Sólo era en aquel tiempo un muchacho alocado que no sabía lo que hacía... Tranquilízate... Te referiré brevemente aquella aventura, de cuyo remordimiento me libra hoy la feliz aparición de mi tierno hijito á quien también creía muerto.

De viaje á Nueva York, conocí en el vapor á una pobre muchacha que era tan hermosa como inocente.

Viajaba en compañía de su padre, un hombre casi anciano ya. Este, que era comunicativo con todo el mundo, pronto me dispensó una confianza de la que locamente abusé. Meses después, un urgente telegrama me sorprendió en mi despacho. Era de élla que anunciándome el próximo nacimiento de Raulito me llamaba á su lado. Dispuesto á cumplir como buen caballero me presenté á su padre, más éste implacable y rencoroso consideróme indigno y á pesar de todo, me prohibió que entrara en su casa, y más aún me privó de que

estrechara la mano de su hija en el instante de su muerte, pues al nacer Raulito falleció la pobre.

Insistí, invocando un derecho que al fin y al cabo, tenía, pero todo fué en vano.

Después cuando quise imponerme como padre, no hubo quien supiera darme noticias de mi hijo. Su abuelo habíaselo llevado lejos.

Poco después en un nuevo despacho fechado en Bruselas, me anunciaba éste la muerte de mi hijo.

Por cierto y como me lo manifiesta en la carta que encontré en los bolsillos de Raulito, se valió de esta estratajema, á fin de hacerme renunciar á la esperanza de recobrar á mi hijo, con quien el indudablemente se habría encariñado, refundiendo en él el amor que sintiera por su hija.

Hoy ya viejo, y próximo á morir me lo envía, y Dios le bendiga por esta acción.

No seas, pues, mala, y como mujer inteligente que eres, piensa y reflexiona que á la edad que me conocistes sería un caso extraordinario encontrar un hombre que al menos no tenga el secreto de una aventura, buena ó mala, máxime si ese hombre es como yo, que sabes que fuí siempre montaraz.

\*  
\* \*

Carmen parecía calmada.

Tentadoramente reclinada á lo largo de la *chaise longue*, diríase que escuchaba, aunque con aire distraído, el relato de su esposo.

Permaneció callada al terminar éste su confidencia. Sólo un hondo suspiro que brotó del pecho de Augusto turbó la pesadez de aquel ambiente angustioso.



El la contemplaba ahora en silencio. Le parecía que había hablado demasiado y no se atrevía á pronunciar una palabra más. Como en trémula caricia, pasó su mano suavemente por los bucles ondulados de los cabellos de Carmen, y así, cual si descansara en ella, permaneció un buen rato en silencio, temeroso de ahondar más aquella situación, por no perderlo todo.

Cruzaba por ese momento en que el hombre se siente, con respeto á su mujer, falto de derechos y hasta extraño á ella.

Al fin se animó. Reposó su cabeza sobre el pecho de la joven, pareciendo buscar un alivio, y con voz insegura susurró:

—¡Carmen! Mi dulce esposa. En tí espero. Pronuncia una sola palabra que me alivie del peso de mi incertidumbre. Dime. . . dime buenamente que serás la madre de mi hijo. . . Es tan inocente. . . tan hermoso. . . , y, sobre todo te querrá tanto. . .

¿Podría mujer alguna escuchar más tierna y humilde súplica?

Carmen no contestó.

—Querida mía. Mi amada compañera! No seas cruel. Que oiga, que oiga de tus labios esa promesa que te honrará á mis ojos.

¿Qué mujer realmente enamorada de su esposo hubiera permanecido impasible á tan noble solicitud?

¿Acaso el verdadero cariño no es aquél que se mantiene inalterable ante las más duras pruebas?

Carmen guardó por unos momentos más igual actitud. De pronto se incorporó, y con duro y flexible acento, dijo levantándose para retirarse á su dormitorio: Está bien. Haré de madre de ese niño.

—No.—exclamó Augusto, deteniéndola.—No me lo digas en esa forma. Dime que verás en Raulito á tu propio hijo. . . que le querrás mucho. . . mucho. . . que será para tí un pedazo de tu propia alma. Prométemelo. . .

La ternura intensa de aquel padre se transfundía toda entera en la avidez de aquella súplica.

Imperceptiblemente, y como arrancando cada palabra con esfuerzo, Carmen pronunció:

—Te lo prometo.

Augusto calló y luego, mirando fijamente á su mujer, murmuró:

—Que desapasionadamente me haces esa promesa—y moviendo tristemente la cabeza, prosiguió: —Quizá exenta de toda sinceridad. . .

—Bah. ¿Cómo quieres entonces que te la haga? —dijo élla con frialdad.

—Además, sabes que nunca fuí rayana en vehemencias.

\*  
\*\*

Después de esta conversación, Méndez parecía haberse librado de un gran peso.

No obstante, aunque intermitentemente, le preocupaban ciertas observaciones que hacía con respecto á élla.

Advertía en sus modos algo de desamor por Raulito, y más que desamor despreciativo despego.

Hombre afecto por natural inclinación á las dulces emociones del hogar, había soñado á su mujer, cuando menos, digna y apta para el compañerismo, para la amistad y para la maternidad.

Ahoro, puesta á prueba, sobre todo en esto último, la realidad desvanecía esa quimérica ilusión.

Raulito no le inspiraba ningún sentimiento de ternura, ninguna consideración.

¿Qué mujer condenada á la esterilidad no se hubiera sentido ávida de una caricia, de una sonrisa infantil?

¿Qué mujer en tales circunstancias no siente emulación, envidia, ante toda madre cuando besa á su hijo?

Pero no. El pobre esposo presenciaba muy á menudo, que cuando Raulito, que era por naturaleza cariñoso y comunicativo, iba á jugar sobre sus faldas con ese dulce encanto que caracteriza siempre las acciones de esa inconsciente época de la vida, jamás ella habíalo alzado en sus brazos, besado en la frente, ó susurrado al oído una palabra, una frase amante, que tan comúnmente brota de toda alma ante la presencia de un hermoso niño.

A pesar de que Augusto tratara de evitar toda rencilla en el hogar, eso no obstaba para que de vez en cuando se atreviera á dirigir á su esposa sus quejas á propósito de Raulito. Entonces sucedía que el espíritu altivo de Carmen se rebelaba más y más, y esto iba como ha de comprenderse, acumulando en su alma un rencor que pronto debía transformarse en odio por el niño á la vez que entre ellos comenzaba á sentirse sierto alejamiento.

\*  
\*\*

El buen padre acostumbraba llevar á Raulito todas las tardes á pasear por las barrancas. Aquel aire era sano y puro y le gustaba que su hijo lo aspirara.

Cuando se veía obligado á permanecer en su

estudio, debido á sus ocupaciones, renunciaba á á esa dulce distracción y entonces solicitábale á su mujer que lo reemplazara. Esta accedía algunas veces y otras simulaba no hallarse bien.

He descripto ya el sitio de las barrancas que costeaban las márgenes del anchuroso río.

Raúl habíase encariñado de aquel lugar y le gustaba grandemente frecuentarlo.

Su mayor entusiasmo era contemplar desde lo alto de las barrancas como jugaban las ondas del río en incesante balanceo.

Su padre en repetidas ocasiones habíalo sorprendido en esa infantil contemplación y estrechándolo contra su corazón, le preguntaba:

—¿ Te gustaría, hijito, aprender á nadar?

--Que lindo papá.—repetía el niño. ¿Cuándo me vas á enseñar? . . . .

--Ah cuando seas más grandecito.

Así Mendez era feliz con su hijito y con sus inocentes pláticas.

\*  
\*\*

Cierta tarde se hallaba trabajando en su estudio cuando un sexto toque del reloj le hizo exclamar:

—¿Las seis ya? ¿qué indica esta demora?

Tocó el timbre y se presentó Gumersindo (uno de sus criados.)

—Gumersindo vete en busca de la señora y el niño. Me extraña que no hayan ya regresado.

No había aún acabado de pronunciar esta orden, ni tampoco el criado salido para cumplirla, cuando oyó resonar en el patio la voz de su mujer que agitadamente lo llamaba.

Por su mente cruzó como un relámpago un siniestro aviso.

Como un loco corrió hacia su mujer, y tomándola con angustia de muerte por un brazo, gritó.

—¿ Raúl ? ¿ Mi hijo ? . . . ¿ Qué ? ¿ Qué pasa ?.

Carmen, presa de gran agitación, con el semblante horriblemente desfigurado no acertaba á hablar.

—Responde por Dios, gritó empujándola nerviosamente en el colmo de la desesperación.

Al mismo tiempo que un gentío enorme aglomerado á la puerta le significó con su presencia, más que con la palabra de su mujer, la horrible catástrofe.

Fuera de sí, corrió como arrastrado por un vértigo hacia las barrancas.

¡Horror! . . . . Lear, el fiel é inseparable compañero de su hijo, ladraba desesperadamente hacia un punto fijo del río. . . . .

El infeliz Raulito había desaparecido para siempre bajo las ondas.

\*  
\* \*

La desgarradora conmoción que experimentara Méndez ante la trágica muerte de su hijito, había sido para su organismo como el golpe aplastador de una enorme maza. Ahora estaba postrado en cama; un delirio violento turbaba su razón, y su médico, el reputado profesor Harry, se esforzaba en combatir un ataque cerebral cuya manifestación aguda era inminente.

¿ Era simulado el mal que postraba también á Carmen? ¿Era acaso un pretexto para eludir febricientes y tal vez rencorosas miradas del en-

fermo, miradas llenas de un no se qué, impregnadas de una extraña expresión que parecía nacer de una secreta causa, de una duda interna y devoradora, de una sospecha ya desesperadamente obsesionante?

Quién sabe. . . . El caso es que desde el día fatal, Carmen, pretextando la necesidad de guardar cama, sólo habiáse visto con su esposo dos ó tres veces. En consecuencia, ¿era acaso tan grave la enfermedad de que se veía atacada para obligar este alejamiento, este retraimiento para con su esposo? . . . . .

El médico le repetía:

—Señora; mi opinión es que debería usted abandonar el lecho; su malestar de usted no es sino debido al efecto de una gran excitación nerviosa no aportará seguramente otras consecuencias.

—Doctor Harry— contéstabale élla.—Francamente me extraña que con el auxilio de su gran pericia no haya usted podido concebir que mi estado requiere seriamente reposo y tranquilidad. ¿Qué quiere? Podría parecerle á usted esta manifestación mía contradictoria á las que su conocimiento sobre el organismo humano le inspira, pero de cualquier manera siento estricta necesidad de proceder en sentido inverso á su prescripción.

Estos diálogos era frecuentemente repetidos, como así mismo esta creencia del Dr. Harry, confiada por él mismo á Méndez en los momentos de su lúcido razonamiento.

¿Qué mayor incentivo que esta confirmación del médico para enardecer más una horrible sospecha que día á día iba tomando mayor incremento en el corazón del enfermo, semejante á la

cancerosa llaga que va destructoramente avanzando en la paulatina maceración de los tejidos?

La justicia había intervenido en la aclaración del accidente. No podía recriminarse á nadie de él. Ninguna prueba existía contra Carmen, única persona que acompañaba al niño en el momento de la tremenda desgracia. No había más sino que, corriendo traviesamente por las barrancas, Raul había dado un paso en falso, cayendo al río inopinadamente.

Era un lamentable é irremediable descuido y nada más. Así lo resolvió la policía, así lo comentó la prensa, y así cundió por el ambiente popular.

¿Lear, el viejo perro, que tristemente languidecía desde la muerte de Raulito y que conmovía sentimentalmente el alma cuando hacía oír su lloro expresado con un largo y prolongado aullido, si hubiera podido hablar hubiera declarado lo mismo?

Cuantas veces se ha pensado, y no sin razón, que si el animal tuviera el dón de la palabra, tantos y tan horrorosos crímenes que ante la impotencia del hombre quedan inpunes, saldrían á relucir.

Estas reflexiones y conjeturas aglomerábanse en la calenturienta mente del infeliz Méndez, hundiéndolo en un verdadero caos, y ese enorme desgaste de las fuerzas físicas y morales que producía en él el cruel combate de sus incertidumbres, dudas, ideas, contradictorias, contribuía á aumentar en ascendente y rápida graduación su tensión nerviosa, que excitaba cada vez más la fiebre que abrasaba sus miembros.

Todo en su imaginación delirante hallaba la prueba de la culpabilidad de Carmen.

¿No lo esquivaba acaso ahora? ¿No le huía? ¿No demostraba temor de acercársele, y cuando esto sucedía no trataba de evitar su mirada penetrante é investigadora, semejante al criminal que teme la vista del juez que ha de juzgarlo?

La sospecha había llegado ya á su apogeo. Méndez no podía, á pesar de las faltas de pruebas, hallar atenuantes en favor de su mujer; él, distintamente á los demás, sólo veía razones y motivos agravantes.

El recuerdo de su mujer le llegaba ahora al alma como una sombra siniestra y ensangrentada; momentos había en que hasta le asustaba.

Recordando á Raulito, reconstruyendo en su desesperada alucinación la escena trágica y fatal no podía reconstruirla sino con la imagen del crimen.

Parecía que su hijo le gritaba desde el fondo del mar; «No fué casual mi muerte. Fuí brutal y cruelmente arrastrado á ella...

¡Ay! El enfermo, ya á punto de perder por completo la razón sentía la impotencia de desprender de sí el fantasma acusador de su hijito.

Se levantó de su lecho como quien se levanta aterrorizado en medio de la noche ante un sueño de sangre, y sintió quemarse en una vehemente sed de profundizar, sondar, aclarar el misterio. Como impelido por un resorte, corrió hacia el cuarto de su mujer.

Carmen dormía. Se detuvo ante la cabecera de ese lecho, que también lo veía rojo. Investigó su rostro. ¿Dormía élla con esa placidez de antes acostumbrada? ¿No se reflejaba ahora en ese semblante siempre fatalmente hermoso, algo así como



un dejo de afligente perturbación que parecía brotar de lo hondo de sus entrañas?

El enfermo, al contemplarla, se exaltaba más y más. Una voz siniestra y dominante le gritaba sin cesar: » Ella... Ella... Si... Ella... »

Los ojos de Méndez, clavados con expresión angustiosa en aquel rostro amado y odiado á la vez, estaban ya inyectados de sangre.

Una ráfaga de ésta lo envolvió... un rugido como de fiera acosada despertó sobresaltada á Carmen.

—Augusto gritó ésta con voz de espanto incorporándose en el lecho ante la actitud de su marido ¿Qué?... ¿Qué hay?... ¿que quieres?...

La voz de la esposa perdía su aliento en el terror y se unía á la jadeante respiración de Méndez que no era ya sino un hipo agónico.

Abrió desmesuradamente sus ojos, se estrujó en espasmo angustioso los brazos hasta sacarse sangre y gritó roncamente arrojándose sobre su mujer.

—Cuéntame... cuéntame como lo matastes...

—Socorro...—articuló Carmen en un estertor—. Augusto... Augusto... Me matas...

Los dedos crispados del infeliz esposo habíanse ya hundido en el cuello de Carmen y en la mirada aterrorizada de ésta leíase, hasta después de muerta, la horrible confesión de su crimen.

# ÍNDICE

## Página

El patriotismo en los niños.....	9
La reconquista ó el enigma del remate.....	17
El arte y la popularidad.....	39
Los esclavos en la libertad.....	53
La flor mensajera.....	61
La mujer griega moderna.....	71
La aerostación.....	77
La acción de la colonización en nuestro país.....	85
Gratitud.....	93
La perrada y la perrera.....	99
Las joyas de Cornelia.....	109
Una visita á la Fragata «Presidente Sarmiento».....	113
Los Dias Santos.....	127
El vicio universal.....	141
Homenaje al Tte. General Donato Alvarez.....	151
En busca de un ananás.....	155
El último boceto de De Amicis «La venganza de una escritora» (Traducción).....	161
Una visita oportuna.....	179
Las planchadoras.....	185
El polluelo porfiado.....	191
Una venganza Argelina.....	195
El pájaro arisco.....	205
De Amicis traicionado.....	209
Parificada.....	213
El abanico de mi abuela.....	219
Los pequeños luchadores.....	223
Los fósiles del Jura.....	227
El arte y la ostentación.....	235
Sobre un concurso que fué muy singular.....	241
La moda y sus intérpretes.....	245
Plagas callejeras.....	249
El curso de Florida.....	253
Poesía y verdura.....	261
Anomalía Psicológica.....	265
El poder de la ilusión.....	273
Por que escribia Smiles.....	277
Fiel al destino.....	289
La sospecha.....	299

---



